PABLO IGLESIAS

ENEMIGOS ÍNTIMOS

Cómo entender la derechización de España a través de sus personajes clave

Edición de Irene Zugasti

Navona



Table of Contents

Pablo Iglesias

Enemigos íntimos

Cómo entender la derechización de España a través de sus personajes clave

Edición de Irene Zugasti

Primera edición

Abril de 2025

Publicado en Barcelona por Editorial Navona SLU

Perú 186, 08020 Barcelona

navonaed.com

Dirección editorial Ernest Folch

Edición Estefanía Martín

Diseño gráfico Alex Velasco

Maquetación y corrección Editec Ediciones

Tipografías Heldane y Studio Feixen Sans

Fotografía de cubierta Raúl Martínez / EFE

Fotografías de faja Creative Commons y Alamy

eISBN 978-84-10180-53-6

A todas las mujeres y hombres que,

militando como Manolo Vital, aprendieron

a conocer el poder de la derecha española y,

a pesar de ello, nunca dejaron de militar.

Índice

Prólogo

Ya, ya lo sé: es extraño que en un libro que reflexiona sobre «la derechización» de España la mitad de los nombres que aparecen en el índice no sean, aparentemente, de personas de derechas. ¿O sí? Tendrán ustedes que leerlo para sacar conclusiones.

Si se animan a hacerlo, permítanme advertirles de antemano de que en estas páginas no van a encontrar al Pablo Iglesias que habla de Goethe o de Freud —aunque haya mucho método mefistofélico en estas conversaciones y no pocos «superyós» paseando en estas páginas—, ni al que recita a Galeano, ni a aquel profesor asociado que me enseñó a querer a Hardt y a Negri a fuerza de leerlos y releerlos cuando hace casi dieciocho años impartía Geografía Política en Somosaguas. Ese Pablo, el que escribe con frases subordinadas y notas al pie como buen doctorado en Políticas, el académico del habla pausada y vehemente, el que atesora una memoria infinita de series y películas que va enhebrando entre sus ideas, le cede aquí el micro y el teclado a uno un poquito más macarra, quizá más mordaz, pero honesto a rabiar y muy divertido. Esto no quiere decir que las conversaciones compiladas en este librito no sean profundamente pedagógicas. De hecho, son muy útiles para poder mirarle a la cara a nuestro país, para aclararnos no pocas incógnitas, para contarnos lo que nos ha pasado como nadie se atrevería a narrarlo. Porque no sé ustedes, pero yo sí que necesitaba respuestas a muchas de las preguntas que nos planteamos escribiendo aquí.

De Pablo me sorprenden ciertas cosas que no creo que le moleste que deje por escrito. La primera, que pese a todo lo que ha pasado en esa década que vivimos peligrosamente, a él todavía le puedan las ganas. Ganas de divertirse, de enredar aquí y allá, de montar una tele, un restaurante o una barbacoa; ganas de emocionarse, ganas de conocer a tal o cual persona, incluso ganas de coger un avión en turista a horas intempestivas y volar doce horas de un tirón si eso va a llevarle a algún sitio al que merezca la pena llegar. Alguien con tantos vapuleos a la espalda podría estar condenado a ser un cínico, un borde o un tipo insoportable, pero Pablo se sienta todos los días a trabajar con una broma, contesta toda la pila de mensajes de Telegram antes de irse a dormir y no tiene nostalgia ni la necesita cuando aún hay tanto por hacer.

También me sigue sorprendiendo de él su capacidad de explicarse. Cuando comparte una idea, incluso desde la discrepancia absoluta, Pablo siempre se toma el tiempo de razonarlo y desembrollarlo, ya estemos hablando sobre aranceles comerciales, teoría descolonial, la receta del provolone o el papel político de Bárbara Rey. En este libro, Iglesias confiesa que ni Aznar ni González han querido nunca charlar con él, y, sinceramente, eso que ellos se han perdido, porque les aseguro que con Pablo no se habrían aburrido y hasta algo habrían podido aprender. Al fin y al cabo, antes que nada, ha sido profesor, y es lo que mejor sabe hacer. Pero no se lo repitamos mucho, que yo creo que él ya lo sabe.

Reconozco también que me ha sorprendido no encontrar en este libro los escombros miserables que una espera de cualquier biografía política. No le he arrancado la costra de una herida mal curada, ni he podido ver asomarse en las cosas que me contaba un veneno profundo, si es que aún carga con ello. Tampoco una palabra mezquina, aunque habláramos de personajes o de personas —suelen ir a la par, diga Errejón lo que diga— que han trabajado en joder cada espacio de su existencia. Siempre, para mi desesperación, terminaba las semblanzas diciendo que saludaría a este o a esta otra si se los encontrara en el ascensor, y que cenaría con casi todos ellos, porque no desea para nadie lo que tuvo para sí. Aunque sonemos punks y algo desordenados a lo largo de estas páginas y aunque hayamos borrado algunas palabrotas, créanme cuando les aseguro que lo que se cuenta aquí es así de crudo, así de honesto, así de verdad.

Este libro, pues, no es una vendetta, ni una sastrería de trajes baratos a unos cuantos personajes aunque bien se lo merecen. Es un paseo junto con Pablo Iglesias en el que una va topándose con los nombres y rostros de la historia política de un país. Es también el paso de esas personas por su vida y por las nuestras en una década en la que, tras un desborde ilusionante, los límites de lo posible se fueron estrechando, y estrechando, y estrechando, como aquellas trampas de las películas de Indiana Jones, hasta hacerse irrespirables. Es la explicación que merecemos ver escrita y contada por quien siempre empujó esas paredes para evitar que cedieran, un tío que llegó a vicepresidente, y que ahora tiene una tele. La otra versión ya la conocen, porque es la que escribieron día a día todos los que movieron nuestros sueños a la derecha de lo posible.

Ahora escribimos nosotros.

Irene Zugasti

Unos mensajes por Telegram. A modo de introducción

«Acabo de ver El 47. Tienes toda la razón: falta lo colectivo, falta el partido… Sin embargo hay una secuencia que me ha hecho llorar: cuando el policía hijo de puta les devuelve a la hija que han detenido por hacer pintadas y Manolo se humilla y da las gracias, frente a la sorpresa de su mujer y su hija. Luego cuenta que a su padre le pegaron cuatro tiros los de Falange y que solo le dejó el reloj que no encuentra. Dice entonces: “No sabéis lo que estos son capaces de hacer con gente como nosotros…”. Es la historia de España, hijo. Es nuestra historia. Sin ese miedo metido en los tuétanos es imposible entender la historia de este desgraciado país. Nos queda el gallo rojo, escrita por un hijo de Sánchez Mazas, poeta de Falange y ministro sin cartera de Franco».

Mi padre me mandó, por Telegram, este mensaje un sábado de enero de 2025. España facha, derechización de España, el poder creciente de la derecha, nuevo trumpismo español, tertulianos ultras, periodistas sin escrúpulos, jueces intocables que prevarican sin pudor alguno, una izquierda política y cultural que se deja comer la tostada en la batalla ideológica… Eso y todo lo que ustedes quieran sobre la derecha española y su poder se sintetiza en la amarga lucidez de mi padre.

Pero, aquel mismo sábado, un rato después, mi padre me reenvió también un mensaje del canal de Telegram de Pablo Echenique, en el que mi querido piloto de combate reivindicaba el espíritu antifascista con la mítica patada voladora de Éric Cantona. Y entonces mi padre escribió: «¡Y nos queda también Pablo Echenique!».

Este libro se mueve entre esos dos estados de ánimo de mi padre aquella tarde de sábado; la lucidez sobre la verdad de nuestra historia y el optimismo de la voluntad y el valor militante.

Créanme que tienen entre las manos un material muy entretenido, de lectura ágil y que seguramente dará que hablar. No es gracias a mí, sino gracias a Irene Zugasti. Mi manera de escribir está muy contaminada por los modos académicos que adquirí en mis tiempos de doctorando y por un estilo que, por querer ser riguroso, a veces resulta simplemente farragoso e incluso pedante. Zugasti ha conseguido lo contrario y logrado hacer aparecer al Pablo de los debates y las

conversaciones en la televisión, en la radio y en los programas en La Base a través de videollamadas en las que me señalaba objetivos, me tendía amablemente un AK-47 y me decía, guiñándome el ojo: «Dispara, Liudmila».

Tenía yo mis dudas respecto a si un libro así, de semblanzas, concebido inicialmente en la cabeza perversa de Ernest Folch y su equipo de Navona, podría funcionar. Recuperé algo de confianza cuando recibí otro mensaje de Telegram, esta vez de Raúl Solís: «Pablo, me ha pasado la Zugasti tres perfiles del libro que estáis preparando para que les eche un ojo y me están encantando. Son buenísimos. El libro lo va a petar. Es un dispositivo ideológico».

No sé yo si el libro lo petará como dice Raúl, pero es verdad que tiene algo interesante: es un intento de explicar la derechización de España a partir de conversaciones sobre mis experiencias y reflexiones con personas muy relevantes en la historia reciente de nuestro país. No he podido —Zugasti no me ha dejado— medir mis palabras sobre ellas y ellos. Como un Mefistófeles —¿ven cómo soy pedante?—, Zugasti me tiraba de la lengua para que la reflexión y el juicio sobre Pablo Motos, Ana Rosa, Ferreras, Nacho Escolar, Pedro Sánchez, Felipe VI, Carmen Calvo o Yolanda Díaz salieran de mi garganta con poco filtro, dejando atado al superyó de la prudencia y el cálculo, al tiempo que liberando al ello de toda mesura.

No voy a ganar amigos con este libro, pero quizá los lectores puedan entender una manera de ver España, su historia, su política y algunos de sus personajes contemporáneos, que no es solo individual, sino el resultado de una experiencia colectiva de reflexión militante en Podemos y en Canal Red. Espero, de corazón, que el libro les sea útil y les entretenga.

Pablo Iglesias

1. Relato de un país. Lo que no nos contó Victoria Prego

«La periodista que no deberíamos ser». Así describió el periodista Raúl Solís a Victoria Prego en un provocador obituario que le dedicó el día de su muerte en el medio que dirige Iglesias, Diario Red. María Victoria Prego de Oliver y Tolívar (Madrid, 1948) era hija de un periodista franquista, Adolfo Prego de Oliver y Domínguez —ya saben que, por higiene democrática, conviene desconfiar de los apellidos cargados de preposiciones, conjunciones y compuestos—, un histórico del periódico ABC cuyos hijos le salieron ejemplares. Si Victoria se marchó a las redacciones, su hermano, Adolfo, llegó a magistrado del Tribunal Supremo y vocal del Consejo General del Poder Judicial. Fue uno de los proponentes para expulsar al juez Baltasar Garzón de la carrera judicial, amén de abogado defensor de unas cuantas causas a favor de la derecha más corrupta y más extrema.

Victoria estudió Ciencias Políticas y Periodismo en la privada y catoliquísima Escuela de Periodismo de la Iglesia que fundaran Gil-Robles y Herrera Oria. Debutó en El Alcázar, para más señas, y pasó por la Agencia EFE antes de ingresar, en 1974, en Televisión Española. Gracias al formato que inauguró, a los cierres de opinión tras el telediario vespertino y a sus entrevistas a las grandes personalidades de la época, ninguna puerta se cerraba en los ochenta para Victoria, ya fuera radio, prensa escrita o televisión. Y ella quiso abrirlas todas. Por su serie documental sobre la Transición —a la que siguieron Así murió Franco y El valor de un rey— recibió el premio Mujer Progresista 1995.

En la década del 2000 Prego se acomodó en la redacción de El Mundo mano a mano con Pedro J. Ramírez como directora adjunta del diario. Diez años después, repetiría cargo en El Independiente, y allí terminaría sus días. No obstante, además de hacer periodismo, Prego también le cogió gustillo a eso de ser dirigente —mediática—: formó parte de la primera junta directiva de la Academia de Televisión, del Consejo Asesor de la Fundación del Español Urgente y, hasta 2019, de la Asociación de la Prensa de Madrid.

Victoria, la «maestra» de la Transición, la cronista de una época, la periodista libre que nos evocaban en la facultad, siempre trabajó a favor de

obra. Pero esa dedicación a tiempo completo la obligaba también a trabajar ahogando la posibilidad de existencia de cualquier otro relato. Sobre todo, si desnudaba con crudeza, como hizo Podemos, su papel de constructora en su Transición autocumplida.

En el año 2016, Prego presidía la Asociación de la Prensa de Madrid, otro agujero de moqueta y caoba por el que había que pasar, nos decían, para ser periodistas de verdad. Algunos renunciamos al carné —y a un buen seguro dental, todo hay que decirlo— cuando Prego decidió atacar con inquina desmedida a Podemos por decir verdades sobre el oficio durante un acto en la universidad. Y, con ella, atacó la prensa en bloque. ¡Quién iba a osar desafiarles, mover la alfombra bajo sus pies!

Cuando murió, como dice Solís, el lawfare comenzaba a estar de moda.

Quien cuenta a las primeras audiencias de televisión el relato sobre la transición española es Victoria Prego. Lo hizo a través de unos documentales que emitía Televisión Española, a menudo inverosímiles en términos historiográficos, pero con una enorme capacidad en lo referente al relato. Un relato para definir la identidad de un país. Durante una entrevista en 1995 con Adolfo Suárez, este le confesó con el micrófono apagado que, si no se celebró un referéndum sobre la jefatura del Estado durante la Transición fue porque las encuestas decían que ganaba la opción republicana. En los brutos de aquella entrevista sin cortar, se oye a Prego afirmar: «Claro, eso era peligrosísimo». Años después, ya muerto Suárez, alguien le mencionó aquel comentario, y ella se rio, recordando qué bien hizo Adolfo con esa decisión.

Los periodistas de derechas han entendido siempre, con mucha astucia, algo que muy poca gente en la izquierda entendió: que los grandes terrenos de intervención política son los terrenos mediáticos. Un actor mediático es un actor político, y eso era Victoria Prego.

Esta verdad la sabe perfectamente Pedro J. Ramírez, como lo sabían perfectamente los jefes de Prisa o la sabía también Adolfo Suárez, que fue director de Televisión Española. Los únicos que se creían esa chorrada liberal de que el periodismo es una fuerza independiente llamada a controlar el poder eran el Partido Comunista, que, de

alguna manera —esto entiéndase desde la ironía—, se creyó eso de que el periodismo podía ser una cosa objetiva. El único comunista que lo entendió de verdad fue Manuel Vázquez Montalbán. El periodismo es el gran terreno de combate político y el que definió, a través de figuras como Prego, el relato de nuestro país, el relato sobre la Transición, el relato sobre la modernidad, sobre la monarquía, sobre todo el devenir de los años ochenta. No es cuestión de historiadores ni de testimonios ni de protagonistas, porque ese relato es, fundamentalmente, un relato periodístico.

En un acto en la Universidad Complutense en 2016, yo planteé esta idea afirmando que buena parte de los periodistas que cubrían la información sobre Podemos estaban obligados profesionalmente a hablar mal del partido. Expliqué básicamente cómo estaban atacándonos con noticias falsas y guerra sucia judicial —entonces no hablábamos aún de lawfare— y cómo esa cloaca mediática era fundamental para que prosperase la ejecución contra Podemos. Casi diez años después creo que el tiempo solo pudo venir a darnos la razón con veinte causas judiciales, todas ellas archivadas. Tras aquellas declaraciones en la universidad, Victoria Prego cargó contra mí con toda la artillería que le daba dirigir la Asociación de la Prensa de Madrid, que es un nido de cronistas del tardofranquismo donde ella hizo escuela. Escribió un comunicado durísimo recordándome, o mejor dicho advirtiéndome, que debía respetar a la profesión periodística, o que me atuviera a las consecuencias. «Con sus declaraciones, Iglesias ha tratado de desautorizar, desacreditar y coaccionar el ejercicio libre del periodismo, una de cuyas funciones básicas es el control independiente de los poderes, entre ellos el político, para denunciar los abusos que pudieran cometerse». Después se paseó por los medios muy airada, porque aquello que yo había hecho según ella era intolerable. Llegó a decir que yo era algo así como «un señor que había transmutado en socialdemócrata, pero que decía cosas brutales como que la información es un derecho que no puede estar en manos privadas». Supongo que ella era bastante más inteligente que lo que demostraba con esa declaración y precisamente por eso me hacía ese traje, porque sabía que habíamos pateado el tablero al hablar claramente del poder mediático en este país, y estábamos haciendo tambalear su línea de flotación, su identidad misma, todo lo que ella simbolizaba.

Gerardo Tecé, que escribió una vez un artículo genial sobre Prego,

Ferreras y el periodismo vip, explicaba muy bien cómo la reacción de Prego con aquella denuncia pública contra Podemos la retrataba como una periodista del Estado, una periodista del poder. Ella fue descaradamente clara dirigiendo la cólera de sus colegas de oficio contra nosotros con la excusa de la libertad de prensa y de información como ariete. Pero antes hubo otras advertencias, como aquel mítico editorial de El País en el que se advertía a Podemos de que si nuestra idea era fiscalizar al poder vigente, estuviéramos preparados para que el poder nos fiscalizase a nosotros. Decía Tecé que era de agradecer la honestidad de El País al describirse a sí mismo como «poder» en aquel editorial que no era sino una amenaza.

En 2022, ese artículo de Tecé era premonitorio y decía de Prego que el día que faltase, los obituarios la recordarían como la periodista fundamental de la Transición, y en ese sentido no sería incierto, lo que pasa es que fue fundamental como gabinete de prensa de los poderosos. El pésame de Sánchez reconociéndola como la persona que le hizo entender la Transición ya lo decía todo.

Cuando dejé el Gobierno en 2021, Prego me dedicó varios titulares, no sé si aliviada por mi marcha o preocupada imaginando qué iba a tramar después. «No sirve para gobernar porque la gestión no es lo suyo. Ni le interesa ni está capacitado ni conoce la mecánica de la alta administración. No sirve para eso, sirve para dar doctrina, para ser profesor, para dar mítines, para provocar y para agitar, pero no para gobernar». Eso dijo de mí. Y en una sola cosa le doy la razón: provocar y agitar es bastante más divertido que gobernar. Pero eso ella ya lo sabía.

2. De Aznar a Ayuso, de Pink Floyd al Little Caracas

¿Cómo se ha derechizado la derecha? El trabalenguas —sin entrar a preguntarnos quién la desderechizará— da para muchos análisis, pero ninguno puede contarse sin trazar un arco entre dos personajes: José María Aznar (Madrid, 1953) e Isabel Díaz Ayuso (Madrid, 1978), y todos los requiebros que caben en ese espacio, Pablo Casado, Soraya Sáenz de Santamaría o aquel Mariano Rajoy derrotado en el Congreso en 2018 que se marchaba, maletín en mano, despidiéndose de su bancada. En esa brillante imagen —no en vano le valió un premio al fotógrafo Dani Gago —, Rajoy sonríe apretando los labios como una enigmática Gioconda mientras dibuja un adiós en el aire: no se sabe si de alivio, de resignación o de pena.

La competencia con Vox, la oposición feroz a Pedro Sánchez, los liderazgos amortizados de Casado o Feijóo, la propia crisis interna y una base electoral cada vez más derechizada por obra y arte de los medios de comunicación también han movido la ventana de Overton conservadora. Mientras, Aznar ha seguido haciéndose rico e imprescindible: en 2022, su sueldo acumulado como consejero internacional —desde que en 2006 empezó a asesorar a Rupert Murdoch— superó los cuatro millones de dólares.

Los años sanchistas —término acuñado desde la propia derecha— han hecho mella en Génova, que hoy se prepara para volver a dirigir el Estado. En el camino, el Partido Popular secuestró el Consejo General del Poder Judicial durante seis años, hasta que el PSOE consintió en pagar el rescate y armó la ofensiva judicial organizada contra las feministas, contra el independentismo catalán y, en último término, contra la familia del propio Pedro Sánchez. Así fue como el PP asumió el «todo vale» y la inevitable entrega del partido a Ayuso y Miguel Ángel Rodríguez, la dupla que mejor ha comprendido dónde se juegan las partidas políticas del presente, lejos del Congreso de los Diputados pero muy cerca de la Puerta del Sol.

Madrid ya no es el rompeolas de todas las Españas, sino el núcleo de una derecha embrutecida, trumpista y dopada de poder —y de fondos de inversión— gracias a la ultraderecha latinoamericana que ha instalado en el Little Caracas madrileño su base de operaciones. Isabel Díaz Ayuso

gobierna con comodidad desde aquellas elecciones de 2021 en las que demostró que era mucho más importante hablar a los tuyos que intentar convencer a los ajenos. «España me debe una —dijo entonces—, hemos sacado a Iglesias de la Moncloa».

Yo a Isabel Díaz Ayuso no la vi venir. Cuando acudía como invitada a los debates de La Tuerka hace diez u once años era encantadora e intentaba no parecer muy de derechas. Parecía una chica educada rodeada de rojos y se esforzaba por no caernos mal, y, de hecho, hasta alguna vez se unió a tomarse las cervezas de después. Cuando he vuelto a encontrármela, siempre he intentado ser educado con ella. Ninguno de los dos imaginaríamos en aquel entonces que terminaríamos teniendo un cara a cara en términos muy duros en un debate electoral de Telemadrid para presidir la Comunidad de Madrid. Pusimos toda la carne en el asador en aquellas autonómicas de 2021, pero las fuerzas de Ayuso ganaron la partida. No en vano, su estrategia de bombear dinero público en forma de publicidad institucional y subvenciones a una red de medios de extrema derecha no ha podido salirle más rentable.

Mucho después de aquello, y pese a que yo lleve todo ese tiempo fuera de todos los cargos políticos, sigo siendo un lugar común al que suele regresar. En 2023 le concedió una entrevista a Eduardo Inda en la que este le preguntaba sobre mí. «Estará haciendo el mal, como siempre», zanjó ella. En realidad, estaba haciendo La Base y preparando el Canal Red. Touché.

¿Qué diferencia a Ayuso de Vox en su proyecto? No sabría decirlo. Nos guste o no, Isabel Díaz Ayuso ha convertido Madrid en el epicentro de la ultraderecha española, y a ella en su máxima y mejor representante. Por eso contiene tan bien a Vox en un lugar en el que la ultraderecha, sin duda, debería arrasar. Y lo hace con un estilo mucho más trumpista que los líderes de Vox, que mantienen ese aire pijo, aristocrático…, pero ella no. Sabe ser macarra, insolente cuando toca, y asume sin cargo de conciencia alguno esa degradación moral que es el considerar que contra el enemigo es legítimo mentir… y disfrutar de una mentira que haga daño a tu adversario. Nada le hace mella: ni los protocolos de la vergüenza que se llevaron por delante a 7.291 personas mayores en la Comunidad de Madrid —de lo que intentaron

responsabilizarme una y otra vez—, ni la corrupción cateta y descarada de su novio, que le chupa la sangre a la sanidad pública para comprarse un Maserati. Es más, han conseguido darle la vuelta a todos los marcos para que González Amador sea quien señala con el dedo acusador al fiscal general del Estado.

Yo hablo con algunas personas del Partido Popular y les comento que preocupa esta deriva sin marcha atrás. Y en petit comité, ellos me reconocen que claro que tenemos razón en lo que decimos, pero se encogen de hombros, porque «el género humano es así». Ellos están aquí, en gran medida, para ganar mucho dinero. Primero se lo hacen ganar a otros cuando están en política, y después pasan la gorra al salir. ¿A qué se dedican los del PP cuando se marchan de las instituciones? Pues a hacer dinero. Por ejemplo, ¿dónde está Pablo Casado? Que conste que el tipo me es muy agradable y tuvimos una relación cercana por circunstancias familiares, y siempre que hablo con él le deseo que le vayan bien las cosas. Pero el hecho es que trabaja en un fondo de inversión para la industria armamentística que ha fundado él junto con un Gómez-Acebo y el sobrino de Ana Botín. Y no creo que haya terminado allí precisamente porque sea un experto en el tema. Ese cinismo contribuye a derechizar lo que supuestamente está a la izquierda de todo eso, y facilita que esas mismas formas de comprender la patrimonialización de la política terminen por asumirse desde otras coordenadas.

Otro ejemplo de ese cinismo es Rajoy, un tipo con el que, por cierto, era muy agradable tener una conversación y además creo que yo le caía bien. Pero al mismo tiempo que era amable conmigo y me daba un apretón de manos, gobernaba el país cuyo Ministerio del Interior orquestó la Policía patriótica, y enviaba a policías corruptos a Estados Unidos y a Venezuela para ver si podían venderles alguna información que pudiera hacerle daño a Podemos.

¿Que por qué separo el trato personal del político cuando hablo de ellos? Bueno, creo que todo esto tiene su parte psicológica o psicoanalítica. Si me dejase llevar por el rencor o por el odio, no viviría. E intento vivirlo desde la generosidad, porque lo que me sirve es comprender que esta gente ha llegado a una conclusión cínica que entiende que la humanidad es para la vida personal, y que hacia fuera las personas son solo números, que contra el enemigo no hay piedad ni humanidad que valga, y que los buenos sentimientos se reservan a

una suerte de dinámica privada. La política tiene ese peligro. Claro que los cínicos sirven para este oficio.

Pero de todos ellos, si tuviera que quedarme con el cuadro del Partido Popular que más poder y más relevancia ha tenido en la derecha española, ese sería sin duda José María Aznar. Hemos coincidido alguna vez, jamás hemos hablado, salvo durante una comisión parlamentaria que se celebró una vez en el Congreso sobre la «presunta» financiación ilegal del PP y en la que tuvimos un choque interesante, porque él esquivaba mis preguntas con descalificaciones, pero yo continué preguntándole sin parar. «¿Conoció el caso Naseiro, señor Aznar?», le preguntaba yo. «Es usted un anticapitalista y un antisistema», me respondía él. En otra ocasión nos cruzamos en un homenaje institucional a las víctimas de la pandemia, pero ni nos saludamos. Me ocurre con él lo mismo que con Felipe.

No obstante, he de confesar algo: sí que me identifico en algunas cosas con José María Aznar —mucho más que con González, de hecho—. Aznar dejó de ser presidente del Gobierno, sí, pero no ha parado de hacer política. Definió su espacio de intervención en otro ámbito que era mucho más importante, que es el de los negocios, intentando hacerse rico para usar ese dinero y esa presencia para influir. Desconozco cómo es su vida actual, más allá de esas noticias que saltan de cuando en cuando sobre sus trabajos como consejero internacional aquí y allá, pero estoy seguro de que es alguien a quien le gusta intervenir y construir cosas. Buen ejemplo es su think tank, FAES, que es una máquina de producción de pensamiento neoconservador. Enric Juliana le definió como el pianista de Pink Floyd, que maneja tres teclados: el de Vox, el del PP más clásico, y un tercero, digamos, más estilo C. Tangana, que podría ser Ciudadanos. Y como actor ideológico, tocaba en esas tres partituras. Y como los buenos roqueros, sigue de gira.

Si digo que el tercer teclado era Ciudadanos, creo no equivocarme. Con algunos de ellos sí he hablado más a lo largo de aquellos años en los que competimos políticamente, y en ellos podría decir que encontré una cierta ingenuidad. «Ciudadanos, el 15-M de la derecha», les decían cuando aparecieron en escena con unos apoyos mediáticos salvajes. Unos raperos hicieron una canción que creo que sintetiza bien lo que era Ciudadanos, y que decía en el estribillo: «Todos quieren follarnos, todos quieren follarnos». Eran una derecha votable,

porque eran guapos, jóvenes, sobradamente preparados, y, en el contexto de corrupción rampante en el que estaba el Partido Popular, se revelaron como un proyecto deseable y atractivo. Pero, claro, era tan evidente que era un partido que expresaba los valores cuñados de las nuevas formas de existir posmodernas como el coaching, o esa mentalidad del pobre que piensa que se va a convertir en un inversor y va a lograr la libertad financiera…; al fin y al cabo, era un partido lleno de trepas.

Ciudadanos fue un dispositivo que se activó principalmente tras la lectura que hacen las élites de la irrupción de Podemos, e intentan hacer algo teóricamente moderno y crítico con los partidos tradicionales pero que mantenga esos valores conservadores, españolistas y anticatalanistas. Y a causa de la radicalización de esa reacción se quedaron sin espacio político entre el PP y Vox. Ni siquiera eran liberales, ¿sabrían algo de 1812, de la guerra de Independencia, del significado de la palabra liberal? Nada. Cuando coincidíamos en los debates, nosotros llevábamos siempre como diez o doce folios de argumentario con datos e información muy trabajados y bien preparados, y ellos llevaban únicamente media cuartilla con una frase sobre lo que había que decir a cada rival. Creyeron que la política era solo comunicación y marketing, que no había nada más allá y que con esa superficialidad tan característica de ellos se podían ganar unas elecciones. Así, cuando los medios les bajaron el dedo no quedó nada. Si Podemos ha resistido después de todo lo vivido y hasta las elecciones europeas del 23 de junio de 2024 es porque, a diferencia de Ciudadanos, Podemos nunca fue un proyecto superficial; incluso aunque en las horas más bajas cundiera el desánimo en muchos cuadros que decían «Ya está, nos han derrotado, hemos perdido». Pero esa superficialidad se marchó: intentaron subirse a otros barcos para mantener los cargos públicos, o sumarse a otros proyectos vendiendo aquel movimiento como una decisión política…, pero llegaron tarde y se les torció la jugada.

Una de las claves de la desaparición de Ciudadanos es que nadie estaba ahí porque se identificara con las ideas y el proyecto del partido, sino porque era una oportunidad empresarial y una operación de marketing. Y cuando una empresa se va a pique, todos saltan a otro sitio, al PP, a Vox, o a donde puedan. ¿Y qué pasó con Albert Rivera? Pues que él quería atravesar la pasarela hacia ese mundo en el que recalan las derechas cuando se acaba la política, pero, claro, como

Rivera no es pata negra y no es alguien que pertenezca a la derecha oligárquica, sufrió la humillación de que te echen de la empresa y te dejen en la puta calle, algo que a Casado, por ejemplo, no le podían hacer.

Hoy, Ciudadanos no sería posible. En la actual correlación de fuerzas y con el actual ecosistema ideológico, ese hueco lo ocuparía otra cosa, probablemente algo parecido a lo de Alvise Pérez como consecuencia de esa trumpización de la vida política que le dio tan buenos resultados en las elecciones europeas. Yo no despreciaría ese tipo de fenómenos distópicos, por mucho que nos horroricen. Y el Partido Popular tampoco debería hacerlo.

3. Puñales y puñetas. García-Castellón y otros jueces del montón

El 2 de septiembre de 2024 el BOE publicaba la jubilación forzosa por edad del magistrado Manuel García-Castellón: setenta y dos años y seguía sin soltar las puñetas. Manuel García-Castellón y García-Lomas (Valladolid, 1952) fue, hasta su retiro, el titular del Juzgado Central de Instrucción número 6, responsable de las investigaciones sobre casos como Kitchen, Púnica, Lezo o Tsunami Democràtic, y también el juez instructor del caso Dina.

«Tenemos el Gobierno, tenemos el Ministerio de Justicia y tenemos un juez provisional». En 2016, una llamada filtrada entre Ignacio González, expresidente de la Comunidad de Madrid, y Eduardo Zaplana, expresidente de la Generalitat Valenciana, revelaba cómo ambos jugaban a mover peones en la judicatura. Manuel García-Castellón disfrutaba entonces de uno de los mejores destinos posibles en la carrera judicial: por obra y arte de Aznar, llevaba diecisiete años siendo juez enlace en el extranjero, y no en cualquier sitio, concretamente, en París y en Roma. Le dio tiempo, incluso, a ser caballero de la Legión de Honor francesa. Pero como quien invoca la «batseñal», González y Zaplana reclamaban a García-Castellón sus servicios de vuelta en casa: «Yo le llamo a este, a Manuel García-Castellón, y le digo "Ven aquí; el titular del juzgado aquí"». El Juzgado de Instrucción número 6 tenía entre manos investigaciones que afectaban a Alberto Ruiz-Gallardón, a Esperanza Aguirre, a Ignacio González y a Cristina Cifuentes en los casos Púnica, Lezo, Canal Isabel II y los relativos a la financiación irregular del Partido Popular, así que García-Castellón regresó en su auxilio.

De jovencito ya apuntaba maneras: castigó con saña a las clínicas abortistas de Valladolid como juez instructor, y, ya en la Audiencia Nacional, torpedeó las investigaciones sobre las desapariciones en la dictadura militar chilena. Desde noviembre de 2017, Castellón fue responsable de la instrucción del caso Villarejo, en el que se negó a investigar los vínculos entre el excomisario y Eduardo Inda a pesar de que el contenido del móvil de Dina Bousselham estaba en el ordenador de Villarejo y fue publicado por Inda. Sin embargo, decidió retirar a Pablo Iglesias la condición de perjudicado en la causa, aunque la propia Fiscalía de la Audiencia Nacional dijo que no existía ningún indicio de delito

contra él.

Podríamos seguir enumerando hitos, pero esta introducción al personaje se nos haría interminable, casi tanto como sus cuarenta y siete años de ejercicio. En 2018, García-Castellón archivó la investigación por blanqueo de capitales contra el rey emérito, Juan Carlos I; en 2019, archivó la causa contra el presidente de la Región de Murcia en el marco de la operación Púnica. Dio por válido el falso informe PISA contra Pablo Iglesias, investigó a Juan Carlos Monedero por blanqueo de capitales y falsedad documental —otro caso que decayó sin prueba alguna—, y, mientras, exoneraba a María Dolores Cospedal de declarar en el caso Kitchen a pesar de los audios de Villarejo en los que ella le rogaba parar la publicación de los papeles de Bárcenas. Hasta su jubilación, García-Castellón peleó por que prosperase su causa estrella: Tsunami Democràtic, empeñado en relacionar a la plataforma independentista con delitos como el terrorismo o las violaciones de derechos humanos.

Una vez jubilado —porque de las ideas, si son de corazón, uno nunca se jubila—, el juez mantiene su cruzada. A finales de 2024 demandaba a Ione Belarra por vulnerar su derecho al honor en el siguiente tuit: «Hoy el BOE publica la jubilación forzosa del juez García-Castellón. Lo dijimos hace meses y ahora se confirma, este y otros jueces corruptos, que han prevaricado contra quienes defendemos otra idea de España, se van a ir de rositas sin sanción alguna gracias al PSOE. Vergüenza».

Juzguen ustedes.

¿Tienen ideología los jueces? Pues claro, como tú y como yo. Si algún juez dice que es apolítico, más vale echarse a temblar. ¿Condiciona la ideología de los jueces su manera de interpretar el Derecho? Evidentemente sí, y eso es lógico. La interpretación de una norma y la propia voluntad del legislador están informados por valores, y los jueces siempre tienen margen de interpretación, y ahí opera la ideología.

Sirvan de ejemplo unas jornadas sobre la judicatura española organizadas a principios de 2025 por OKDiario en Marbella en las que participaba García-Castellón, pero también Eloy Velasco, Javier Zaragoza, José Carlos Orga —vocal del Consejo General del Poder

Judicial— o Enrique López, reunidos todos para hablar durante quince minutos y cobrar mil euros por hacerlo. Allí charlaron sobre la importancia de la independencia judicial, los peligros de la politización de la justicia, lo mala que era la ley del solo sí es sí, o que Pedro Sánchez había convertido España en una dictadura. Ese «evento sin precedentes» que congregaba al «panorama judicial español», organizado por un diario ultra, fue, evidentemente, un fracaso de audiencia y público, pero ¿acaso se trataba de eso, o de recordarnos que pueden hacer algo así porque se consideran intocables?

Otra cuestión distinta a si los jueces tienen ideología es: ¿pueden los jueces imponer su ideología por encima de la voluntad de la ley? No. No pueden. Pero algunos lo hacen, y ocurre con mucha más frecuencia de la que reconocerían las asociaciones judiciales. En España tenemos una judicatura mayoritariamente conservadora, con unas élites excitadas y movilizadas como nunca en los últimos años. «A por ellos», les dijo el rey Felipe VI, en 2016. «El que pueda hacer, que haga…», dijo Aznar en 2023. Aunque contra Podemos ya llevaban mucho tiempo haciéndolo.

¿Por qué casi nunca les ocurrirá nada a los jueces que eventualmente prevaricaran en una dirección conservadora? Porque tienen mucho poder, porque las élites judiciales son mayoritariamente de derechas y porque los jueces, en general, se protegen entre ellos. Incluso entre la minoría de jueces progresistas, el espíritu corporativo suele prevalecer sobre cualquier otra consideración. Se blindarán y criticarán cualquier «señalamiento» contra lo que representan, ya sea político o comunicativo.

Si los jueces son mayoritariamente conservadores en España no es solo, ni principalmente, por una cuestión de barreras de clase para entrar en la Judicatura. Discrepo de esa idea porque a veces, sin quererlo, funciona casi como una excusa desde la izquierda. Puede haber una parte de verdad, pero hay muchísimos sectores de izquierdas que se podrían permitir preparar una oposición o financiar las oposiciones a sus cuadros, como son los sindicatos, los partidos o las fundaciones. Pero las posiciones estratégicas en el Estado son algo que tiene interiorizado la derecha como una cuestión táctica, y que desde la izquierda se asumió también sin cuestionarlo ni disputarlo. Si eras de izquierdas, tenías que ser antropóloga, trabajador social, profesor universitario de Filosofía —y esto lo digo yo, ojo, que soy

profesor de Políticas—, pero eso no puede ser, porque necesitamos fiscales, juezas, técnicos de la Administración Central, policías, militares. Si no, el Estado se convierte en un patrimonio ideológico del enemigo a pesar de tener algunas puertas abiertas para él. Por eso, los que constituyen la excepción, los que entran en esos espacios se ven rodeados de una hegemonía que les va influyendo hasta terminar por posicionarse dentro de ella, y acaban por defender «el cuerpo» por encima de sus planteamientos ideológicos, atrincherados en la defensa corporativa de la separación de poderes. De hecho, cada vez que se negocian los miembros del Consejo General del Poder Judicial, los que se terminan torciendo son los progresistas y, si no lo hacen, la mafia les manda una cabeza de caballo a su casa. Y ceden.

García-Castellón representa esa Magistratura que opera no solo por salvarle el pellejo al Partido Popular en todos sus casos de corrupción, sino también por un compromiso ideológico más profundo, un compromiso político, militante si se quiere, la salvaguarda de su propia idea de la unidad de España. Él ejemplifica bien, digamos, la evolución de aquel juez que se traen de vuelta a España Zaplana y González y, una vez aquí, volcado en la causa, se va animando, le gusta hablar con los periodistas, le gusta el reconocimiento que recibe desde la derecha, los oropeles, recibir el premio Puñetas de Plata, acudir a esas jornadas de OKDiario. Y es consciente de que desde su posición tiene mucho más poder que cualquier figura política, porque uno puede ser ministro un tiempo, incluso presidente de Gobierno, pero la carrera judicial es para toda la vida, y cuanto más viejo se hace uno, más poder acumula. ¿Que si me habría gustado ser juez? Sí. Pero no me veía encerrándome esos cuatro o cinco años en la veintena, dejar de estar en los centros sociales, de leer marxismo, estudiar lo que me gustaba, sin garantías de poderlo sacar y teniendo después que hacer la ruta de los pueblos. Ahora, retrospectivamente, lo que le diría a cualquier joven militante de izquierdas que estudiara Derecho es: no mitifiques la veintena, que lo bueno llega después. Se es mucho más feliz con treinta y siete que con veintisiete. Y es mejor tener treinta y siete siendo juez o jueza que siendo un abogado precario que defiende causas nobles y justas pero que pierde los juicios, precisamente, porque los decide un juez militante de derechas.

Los jueces son inamovibles y se cuidan entre ellos. Cierta vez pregunté a un juez por qué se había defenestrado a Baltasar Garzón, y la respuesta fue muy esclarecedora: a Garzón se lo cargaron porque se

quedó sin familia judicial. O sea, que se lo llevaran por delante no tenía en realidad tanto que ver con lo que hiciera o dejara de hacer como con el hecho de que se quedó solo, y tanto conservadores como progresistas fueron a por él.

Asumiendo, pues, que los jueces son operadores políticos fundamentales, y que operan en favor de la derechización de España, queda claro entonces que deben ser objeto del escrutinio periodístico, como cualquier otro actor político convencional. Basta con escuchar la grabación de Adolfo Carretero interrogando a Elisa Mouliaá en el caso contra Íñigo Errejón: «¿Pero le intentó a usted bajar las bragas o algo?». Basta con oír los audios del juez Aguirre diciendo que «al Gobierno le quedaban dos telediarios y a tomar por culo». Basta con recordar que el juez Escalonilla inició diez causas dentro de «Neurona» contra Podemos, archivadas todas, una a una.

García-Castellón consideraba que el tuit que Ione Belarra publicó sobre su jubilación forzosa y hablando de prevaricación era un menoscabo a su honor que le había ocasionado grandes perjuicios al haber alterado su tranquila y apacible vida fuera de los juzgados tras cuarenta y siete años de trayectoria impecable. Por todo ello, solicitaba además una indemnización de 120.000 euros, supongo que para vivir todavía más tranquilo. La cuestión que nosotros planteamos cuando ocurrió todo esto a finales de 2024 es que, aunque no exista una sentencia condenatoria contra Manuel García-Castellón, ¿se puede afirmar tajantemente que no estamos ante un prevaricador? Aunque lo que hizo no sea objeto de reproche administrativo o penal, él estaba usando su posición social para atentar contra el bien común y la democracia. Y aunque no sea un delito investigar a un líder político sin pruebas, como hizo conmigo, o iniciar un procedimiento en el que afirmaba que yo podría haber cometido delitos gravísimos, o alargar una investigación hasta el hartazgo con el objetivo de generar noticias y tertulias difamatorias, aunque todo eso no tenga reproche jurídico, si un juez distorsiona el Derecho de esa manera, ese juez es un corrupto.

Hay una «verdad judicial» que a veces retuerce y deforma la realidad, otras veces llega tarde, y otras veces no es más que una gran mentira. Así las cosas, ¿por qué no hablar de corrupción o de prevaricación cuando toca hacerlo? Eso hemos hecho en Canal Red respecto de García-Castellón y los suyos, a pesar de que sabemos que nos

arriesgamos al decir y hacer esto, de que nos la jugamos al ponerles nombre, investigar sus carreras, denunciar sus conexiones y exponer sus intereses. Pero pensamos que el derecho a la información, así como el compromiso con el periodismo valiente, riguroso y de calidad, están por encima de cualquier interés corporativo. Yo no hice la carrera de Periodismo, pero antes de licenciarme y doctorarme en Ciencias Políticas, acabé Derecho y aprendí que el Derecho es siempre la expresión de una cambiante correlación de fuerzas política e ideológica. Un periodismo que no entienda eso, no entenderá el poder y no podrá hacerle periodismo al poder.

4. Fascismo digital y fascistas analógicos. Santiago y cierra Twitter

La imagen de Elon Musk y su saludo romano en la investidura de Donald Trump inauguraba 2025, no como un nuevo año, sino casi como una nueva era.

Los «tecnofaraones» digitales —Musk, Zuckerberg, Bezos…— son los dueños de internet, donde se cocina la internacional anticomunista en ciernes. Durante meses, se ha estado debatiendo en España si la respuesta a la ola reaccionaria debe ser una espantada general de espacios digitales, como X, en busca de tecnoexilios más seguros y habitables.

Iglesias ha sido de las pocas voces que sostienen que la izquierda debe mantenerse en sus puestos y dar una batalla que ha aplazado demasiado. Probablemente alguien que ha tenido neonazis en la puerta de su casa, amenazas de muerte con armas de fuego que han sido archivadas, o, más recientemente, al fascista líder de Desokupa llamando a los ultras a atacar un evento feminista en su bar, sabe bien que no sirve de mucho quedarse encerrado en el salón, por muy calentito que se esté ahí dentro.

Cuando Pedro Sánchez habló de «fachosfera digital» en 2024, la fachosfera analógica se le había metido ya hasta la cocina. Los provocadores como Alvise Pérez, Vito Quiles, Cake Minuesa, Bertrand Ndongo o Javier Negre campaban hacía tiempo por los pasillos del Congreso con acreditaciones oficiales, habían monetizado el odio en sus redes, habían convertido el fascismo en un trend de TikTok y habían normalizado el acosar, insultar y difamar sin consecuencias. De eso bien sabe Irene Montero.

Vox fue fundado apenas un mes antes que Podemos, a finales del año 2013. De la mano de su secretario general, Santiago Abascal, los fascistas han accedido a gobiernos de coalición con el Partido Popular en Murcia, Castilla y León, Extremadura, Aragón y la Comunidad Valenciana, o se han convertido en muleta imprescindible del Partido Popular para la gobernabilidad en otros muchos territorios, entre ellos, Madrid. Internacionalmente, hoy presumen del apoyo de presidentes y jefes de Estado como Javier Milei o el propio Donald Trump, aunque cuando se encuentran con ellos siempre queden en la esquina de la foto. Quizá gran

parte del mérito no sea suyo sino de quienes han tenido a su lado y enfrente. Al fin y al cabo, tampoco tienen grandes spin doctors en sus filas, y como en todas las familias políticas, en Vox también hay escisiones y traiciones. Pero, aunque duela reconocerlo, y sus 52 diputados de 2019 no vuelvan a repetirse, el hecho es que corren buenos tiempos para los de Santiago, pese a que tú y yo nos cerremos el Twitter.

Trump llegó a la Casa Blanca y solo un día después se puso a deportar niños migrantes con esposas en las muñecas metidos en aviones militares. Los Zuckerberg, los Musk y compañía que le rodean en esta nueva etapa, junto con su equipo de periodistas venidos de la Fox, con sus troles y sus granjas de bots, sus algoritmos perversos y su economía de la atención, son la redefinición descarnada del combate ideológico que la derecha ha entendido mucho mejor que la izquierda en todo el mundo. Por eso te encuentras el «Cara al sol» en TikTok, algo que hace veinte años era un símbolo casposo y rancio porque nadie quería ser el facha del pelo repeinado con gomina y abrigo de Barbour, era algo muy cutre y muy poco sexi. Sin embargo, este nuevo fascismo que funciona en las redes sí logra ser atractivo y llenar de material ideológico a muchas personas, en una proporción abrumadora de hombres, por cierto.

Creo que incluso hay cierta derecha tradicional que se escandaliza con que esto ocurra, ¡con lo que les costó a ellos convertirse y meterse en vereda! De repente, todos esos símbolos que ellos abandonaron y de los que renegaron están retornando en formas modernas, mucho más agresivas, con millones de votos y con unos tipos que llegan a la Casa Blanca y te hacen el saludo romano. Y aunque entiendo que Musk aspirase a sentarse a susurrarle a Trump al oído en su gabinete, siempre he dicho que —da igual en qué país leas esto— un ministro tiene mucho menos poder que el jefe de una televisión o el director de un periódico… o que el dueño de una red social. Yo como vicepresidente mandaba menos que Pedro J., que Luis María Anson o que Ferreras. Y, si mandaba algo, por cierto, no era por las competencias que me otorgaba el BOE, que eran escasas —la Agenda 2030 y los servicios sociales—, sino por lo que podía decir desde allí, siendo yo.

Las élites tecnológicas que han girado la vista hacia la administración

neoliberal y autoritaria del trumpismo no lo han hecho solo por una cuestión de pragmatismo. Ese movimiento, que estamos contemplando ahora entre preocupados y fascinados, lleva tiempo cocinándose y nadie puede decir que le haya pillado por sorpresa. Los «tecnobros» son la declaración estratégica sobre cómo se está actualizando el imperialismo como sistema de ordenación mundial a través de esa nueva corriente ultra, y la batalla cultural, como dice siempre Javier Milei, es el campo de combate.

En el caso español —que es un caso muy particular aunque luego converja en lo esencial con la Internacional reaccionaria—, la clave del surgimiento de un partido de ultraderecha como Vox pasa por entender que este no nace de las filas ultras que existían previamente, sino que es una escisión del Partido Popular protagonizada por los ultraderechistas que estaban en su seno desde hacía décadas y que de repente perciben una estructura de oportunidad para hacer valer sus discursos y sus estilos en un nuevo partido. Y al principio no les sale, pero se dan los dos procesos que les favorecen, el anticomunismo genético que activa Podemos en la derecha española, y el españolismo genético que activa el independentismo en Cataluña. Y en 2019, con 52 diputados, casi lo consiguen.

Pero para que Vox surgiera como partido tuvo que pasar algo antes, porque para que algo ocurra en política, antes tiene que ocurrir en los medios de comunicación, que son los que establecen los marcos y los enfoques disponibles. Cuando se dice que Podemos surgió del 15-M, solo es parcialmente verdad: el 15-M abrió la estructura de oportunidad, pero ¿habría existido Podemos si no hubiera habido un profesor joven con coleta que estaba todos los días saliendo por la tele? Evidentemente, no. Son los medios de comunicación los que crean las estructuras de oportunidad para que surjan los proyectos más específicamente políticos, porque los proyectos de los medios de comunicación son proyectos políticos. Y por esa lógica aparece Vox abanderando el discurso antiPodemos y anticatalán en los medios y mezclándose con bases sociales enormes, y, claro, eso también ha ultraderechizado al PP en el epicentro de la ultraderecha española, que es Madrid.

En España no hubo un dique, ni un cordón sanitario, ni nada parecido contra esta extrema derecha a la que vimos crecer en directo, entrevistada por Ana Rosa, por Susanna Griso, sentada con Ferreras y

compadreando en El Hormiguero: cuando en el debate de la SER en 2021 me levanté de la mesa y dije que no iba a discutir con los provocadores de ultraderecha —que se negaban a condenar las amenazas de muerte que estábamos recibiendo, además procedentes de un exlegionario miembro de Vox—, Mónica García y Ángel Gabilondo, los candidatos de Más Madrid y del PSOE, se quedaron sentados a la mesa debatiendo con Rocío Monasterio mientras mi silla se quedaba vacía. No lo entendían. Tuvieron que ser sus equipos de comunicación los que les dijeron, viendo la reacción que se había generado en las redes sociales, que no se quedasen ahí plantados y que se marcharan como había hecho yo, para disgusto de la pobre Àngels Barceló. Y eso me lleva a otro ejemplo muy descriptivo de esta falta de coraje antifascista, ahora que el concepto está tan de moda. Me refiero a esa imagen de Irene Montero sola en la bancada del Congreso de los Diputados en 2023 señalando a la bancada de Vox con el dedo y llamándoles fascistas. Esa foto es profundamente poderosa, pero también es muy triste, porque evidencia cómo la dejaron sola frente a las bestias, tanto el PSOE como los cuadros que ya estaban cocinando Sumar.

Que el feminismo que representaba Irene se convirtiera en la diana donde convergían todos los discursos de odio de la ultraderecha en los últimos años no fue una casualidad. De hecho, Santiago Abascal representa una virilidad exacerbada —músculos, barba, ropa demasiado apretada— que revela más complejos que seguridades en ese sentido. Y, aun así, tanto él como Ortega Smith pegando tiros o Buxadé insultando a feministas han conseguido interpelar a esa machosfera organizada, a esos hombres que odian a las mujeres y las consideran las culpables de todos sus males, pero en su fuero interno no lo hacen movidos por ese sentido de justicia, si queremos llamarlo así. Si han hecho de las feministas su objetivo principal es porque perciben el potencial transformador y popular que tienen, y han identificado el feminismo quizá como el único movimiento político con capacidad para ponérseles enfrente.

En esta batalla cultural digital, la derecha, además de comprender desde el principio que hay que intervenir, ha comprendido también el mecanismo ideológico del bulo y han hecho de ello su principal herramienta. El mecanismo del bulo, básicamente, confirma intuiciones ideológicas: si tú odias a Pablo Echenique, por ejemplo, y yo saco una noticia terrible sobre Pablo Echenique que probablemente

no sea cierta, el placer que a ti te genera leer y compartir esa noticia que confirma todo lo que tú piensas se activa, y eso te encanta y te da igual que sea mentira… porque es demasiado placentero. Las paguitas de los migrantes, la pedofilia de las personas LGBTIQ+, la mujer de Pedro Sánchez es un tío, el comunismo mató a cien millones de personas, el Gobierno está destruyendo presas y el cambio climático es mentira, lo de las residencias de mayores en pandemia fue culpa de Pablo Iglesias…; es obvio que es mentira, pero funciona políticamente igual, porque en realidad no consideran que sea tan grave mentir contra un enemigo. Es burdo, pero van con ello.

Creo que el proyecto de la ultraderecha en realidad es muy básico y no hay que buscarle grandes teorizaciones, porque en realidad lo que hay detrás es tan simple como el proyecto de favorecer a élites económicas extractivas que se forran con la privatización, con los contratos públicos, con los fondos de inversión, con la acumulación de grandes propiedades. O sea, no hay una ultraderecha, digamos, como pudieron aspirar a ser los nazis o los fascistas italianos que se comprometieron para reaccionar a la evolución mundial del socialismo y que tuvieron que armar un discurso propio sobre proteger a las clases obreras y la industria nacional y el nivel de vida frente a los comunistas y los liberales. Los ultraderechistas de hoy tampoco son fascistas thatcherianos, ni fascistas de la escuela de los Chicago Boys. Su fascismo es un proyecto para las élites oligárquicas simplón, servil, repugnante y descarado. Y su estrategia ha sido normalizar ese cinismo.

A principios de 2025 tuve a los escuadristas de Desokupa en las redes sociales diciendo que iban a ir a atacar la Garibaldi el día que Irene presentaba su libro. ¿Crees que cambió algo que hicieran esa convocatoria en X —antiguo Twitter—, en Instagram o en TikTok, o incluso en Bluesky? Pero lo que sí cambió algo fue la respuesta, tanto la digital como la movilización social del barrio, de Lavapiés, que fue abrumadora y emocionante. Creo que la huida de algunos sectores progresistas de X en los últimos tiempos, ese exilio digital a ninguna parte, no responde solo a que Elon Musk sea un neonazi, sino también a lógicas un poco menos honestas, que tienen que ver con que la máquina para hacer dispositivos audiovisuales para combatir en las redes sociales que hemos construido ha dejado a algunos en una situación muy incómoda. Y que conste que si tengo una fantasía digital no es arrebatarle X a Musk ni fundar el enésimo experimento

de código abierto que la mayoría de las personas no va a llegar nunca a saber usar. Yo sueño a lo grande: ¿qué tal una red social pública con alma latinoamericana?

5. Hay un tanque en mi jardín. Borrell y el atlantismo

«Europa es un jardín, todo funciona. La mayor parte del resto del mundo es una jungla, y la jungla podría apoderarse del jardín. Los jardineros tienen que ocuparse de ello». Los estudiantes del prestigioso Colegio Europa de Brujas, que no son precisamente hijos de jardineros, no olvidarán aquel discurso inaugural que les brindó el vicepresidente de la Comisión Europea.

Josep Borrell Fontelles (La Pobla de Segur, Lérida, 1947), ingeniero aeronáutico y economista, comenzó a militar en el PSOE durante la Transición y se convirtió en uno de los imprescindibles en los gobiernos de Felipe González. En 1998, ya en la oposición, ganó unas primarias del partido para pelear la presidencia del Gobierno, pero solo un año después abandonaría aquella carrera, dimitiendo por un caso de fraude fiscal que terminó archivado. Su refugio fue Bruselas, donde participó en aquella famosa —y fallida— Constitución Europea.

Llegó a presidir el Parlamento Europeo y, aunque ya se prometía un retiro dorado en su casa de Valdemorillo —y en el consejo de administración de Abengoa—, Pedro Sánchez le llamó a filas como ministro de Asuntos Exteriores en su primera legislatura. Antes, Borrell ya había tomado posición activa contra el independentismo catalán, una de sus grandes causas. «La bandera europea, esa es nuestra estelada», decía en 2017. Y tanto. En 2019 se convertía en el alto representante de la Unión para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad del ejecutivo comunitario de Ursula von der Leyen, o, como dicen los europeístas clásicos, Mr. PESC.

En febrero de 2022 la guerra en Ucrania catapultaría su figura. Con Borrell a la cabeza de la estrategia civil y militar europea en aquel conflicto, la Unión Europea se volcaba en una irracional espiral militar otanista para ganancia de la industria de guerra que elevó el gasto militar europeo a niveles de la Segunda Guerra Mundial. De paz, ni hablar: la victoria contra Rusia llegaría, así hubiera que combatir «hasta el último ucraniano». Gracias a su gestión, Europa volvió a hablar de búnkeres, de trenes cargados de refugiados, de servicio militar obligatorio, de cortes de energía y de sacrificios de guerra mientras Ucrania se desangraba. Borrell llegó a colgar el traje y posaba en las entrevistas como un septuagenario vestido de camuflaje y rodeado de carros blindados.

Y llegó Palestina. Para Israel no había sanciones, ni condenas, ni aislamiento diplomático, y para Gaza tampoco había millones en armas ni en ayuda humanitaria, solo silencio y muerte. Por no haber, no hubo de boca de Borrell ni una condena firme sobre aquello. De vuelta a casa en noviembre de 2024 y habiendo dejado Europa patas arriba, Borrell parece atreverse de nuevo a criticar a Israel. Probablemente sea tarde ya para rehabilitar su obra, como es tarde para muchos palestinos y para muchos ucranianos, y lo más probable es que incluso él también lo sepa. Nosotros, sin embargo, nunca sabremos si ahora duerme en casa con la conciencia tranquila, en una habitación con vistas al jardín.

Borrell era el Oskar Lafontaine español, el equivalente a lo que fue la escisión a la izquierda del Partido Socialdemócrata en Alemania; un cuadrazo, no un tecnócrata, sino un dirigente de partido con formación y con capacidad para asumir responsabilidades internacionales. Él era uno de esos cuadros excepcionales con características muy poco comunes, por ejemplo, el hablar idiomas siendo de esa generación, lo cual ya le colocaba en otro lugar con respecto a la mayoría de su partido.

Cuando comparo a Borrell con Oskar Lafontaine, me refiero a que se supone que él era, digamos, el alma de la izquierda dentro del PSOE y quien sostenía las posiciones de la izquierda socialista más cercanas a lo que podría simbolizar Izquierda Unida. De hecho, si ganó las primarias de 1998 fue precisamente por eso, que no es sino todo un clásico del PSOE, porque la militancia está mucho más a la izquierda que sus dirigentes y terminan siempre por votar al que más rojo les parece dentro de lo que hay. Ocurrió exactamente igual casi veinte años después con Pedro Sánchez.

Pese a su evolución desde el progresismo hasta el Borrell que conocemos hoy, hay que reconocer que no ha perdido inteligencia ni capacidad intelectual, aunque la edad le haya hecho mella y se le note. Tanto el Borrell europarlamentario, como el Mr. PESC, como el defensor del jardín europeo en Ucrania y el que legitimó el genocidio de Israel —aunque ahora, a toro pasado, diga que a él Israel también le persigue por ser una voz crítica— representan de una manera quizás algo menos rancia, pero igualmente clara, el proceso de derechización que se produce en la mayoría de los cuadros del PSOE.

En su caso, con el aliciente de que el punto de partida era la izquierda para terminar acomodándose en posiciones como las que hoy en día defiende Borrell.

Javier Solana, quien, por cierto, estuvo una vez en La Base, sería el otro cuadro excepcional, otra de esas rara avis del PSOE, del mismo tipo que Borrell. Todos los cargos por los que pasó Solana palidecen respecto a lo que supuso su figura como secretario general de la OTAN. El mismo Javier Solana que, en una fotografía de 1981, aparecía fumándose un porro en un pub de Vallecas en plena campaña contra el ingreso en la Alianza Atlántica era el que menos de veinte años después sería responsable de bombardear Belgrado en las guerras de la antigua Yugoslavia.

Estos cuadros excepcionales del partido —y metería en este saco también a Joaquín Almunia— evolucionan a lo largo de su trayectoria, y yo, sinceramente, creo que lo hacen en términos ideológicos. Avanzan —o retroceden— a posiciones alineadas con el establishment y se despojan de esa retórica de izquierdas que luego el PSOE despliega en campaña electoral, como en el último congreso federal de 2024, cuando usaron el eslogan de «Adelanta por la izquierda». A ellos ni siquiera les hace falta.

Borrell, y también Almunia o Solana, representan figuras políticas de otra época, y perfiles como los suyos son ahora muy infrecuentes en el PSOE y difícilmente repetibles. Pedro Sánchez, por ejemplo, habla un inglés excelente, tiene ganas de medrar en lo internacional, pero no cuenta con ese bagaje intelectual que ellos sí poseen. No obstante, sí opino que a Sánchez podría augurársele un papel en lo internacional y creo que a él le gustaría tener un hueco en las instituciones europeas, o en la OTAN. No así en América Latina, que creo que le es absolutamente indiferente. Otra cuestión es qué vendrá después de Sánchez en esta lógica de cuadros y nuevos liderazgos en el PSOE muy alejados de perfiles como el de Borrell. Sánchez sigue fascinado por esas viejas figuras y por su beneplácito, pero Puente es harina de otro costal: ha comprendido que el «trumpismo» redefine la comunicación política y además es mucho más pragmático, como buen exalcalde. En unas primarias, como pasó con Borrell —o con Sánchez frente a Susana Díaz—, hoy, por la misma lógica —el que parece más rojo se lo lleva—, ganaría Puente, creo yo.

Los últimos días en la trayectoria de Borrell estarán marcados por el repugnante papel que ha tenido en el genocidio israelí en Palestina. Hace no demasiado tiempo, le preguntaban en una entrevista por qué, si afirmaba que Rusia cometía crímenes de guerra en Ucrania, era incapaz de reconocer que Israel hacía lo mismo en Gaza. Borrell contestó que él no era abogado. Recuerdo que hice un editorial en La Base, muy enfadado, en el que dije que yo tampoco era abogado, pero que la hipocresía de su diplomacia europea apestaba y que no hacía falta estar colegiado para saber cuándo se tienen crímenes de guerra como los de Israel frente a los ojos. Dije cosas más gruesas, en realidad. Hablé de indigencia mental, de supremacismo, de racismo, de lo repulsivo que era lo que estaba haciendo el PSOE con Palestina, con la OTAN, con el Sáhara Occidental y con la política exterior en general.

En 2018, siendo yo diputado, pedí su dimisión del Ministerio de Exteriores cuando se conoció que la Comisión Nacional del Mercado de Valores le multaba por utilizar información privilegiada mientras era consejero de la multinacional Abengoa, y por vender acciones antes del preconcurso de acreedores de la empresa. Dije entonces que le respetaba por su inteligencia y su altura política, y que estaba seguro de que, por todo ello, Borrell dimitiría sin necesidad de que nosotros se lo exigiéramos. No lo hizo. Es más, rechazó dejar el cargo de ministro de Asuntos Exteriores que le había dado Pedro Sánchez y se llenó de razones para no hacerlo tirando de hemeroteca. Dijo, para exonerarse, que ya le había tocado dimitir veinte años atrás siendo candidato del PSOE a las primarias por un caso de fraude fiscal que nunca prosperó, y que no pensaba volver a pasar por lo mismo cuando lo de Abengoa era «una cantidad menor», nueve mil euros. Afirmó que nueve mil euros «no justificaban una dimisión». La vez anterior, cuando sí que dimitió, le tomó el relevo Almunia y en las siguientes elecciones, del año 2000, José María Aznar volvió a revalidar con mayoría absoluta la presidencia del Gobierno. «Si yo no hubiera dimitido —dijo—, la historia de España habría sido distinta». Y en eso, creo, le doy la razón.

6. Felipe VI y el «¡A por ellos!»

«Esas autoridades, de una manera clara y rotunda, se han situado totalmente al margen del derecho y de la democracia. Han pretendido quebrar la unidad de España y la soberanía nacional, que es el derecho de todos los españoles a decidir democráticamente su vida en común. Por todo ello y ante esta situación de extrema gravedad, que requiere el firme compromiso de todos con los intereses generales, es responsabilidad de los legítimos poderes del Estado asegurar el orden constitucional y el normal funcionamiento de las instituciones, la vigencia del Estado de Derecho y el autogobierno de Cataluña, basado en la Constitución y en su Estatuto de Autonomía».

El famoso discurso de Felipe VI del 3 de octubre de 2017 quedó para la historia como el «A por ellos». Había ascendido al trono tres años antes, en 2014, tras la huida de su padre, Juan Carlos. En él, el jefe de Estado legitimaba la intervención militar en Cataluña situándose en el lado de los sectores más reaccionarios del país que jaleaban con ese cántico, «A por ellos, oé», la brutal represión contra millones de personas en Cataluña, como castigo por el referéndum de autodeterminación del 1 de octubre.

Con esa arenga, Felipe VI (Madrid, 1968) demostraba que aquel aforismo inglés que dice que «El rey reina, pero no gobierna» es una falacia circular, porque los Borbones, en España, reinan, gobiernan… y «borbonean». La Constitución Española les reconoce la jefatura del Estado, el mando supremo de las Fuerzas Armadas, el alto patronazgo de las Reales Academias y la máxima representación de España en las relaciones internacionales. Pero borbonear es cosa bien distinta. Borbonear es la forma popular de describir la capacidad de esta saga familiar para entrometerse en los asuntos políticos del Estado, siempre, obviamente, para su real beneficio. No muchas personas pueden presumir de tener un verbo propio acuñado a partir de su apellido. De hecho, muy pocas personas, salvo los Borbones y su corte, pueden presumir de conocer sus apellidos más remotos en un país donde todavía miles de personas ignoran hoy en día dónde está enterrado su abuelo.

La periodista peruana Laura Arroyo apuntó hace poco que este de Cataluña no fue el único «A por ellos» que ha proclamado Felipe VI desde

su trono. En su mensaje navideño de 2024, entre lugares comunes y mensajes entre líneas, el rey hablaba con meridiana claridad sobre la importancia del respeto a las leyes, a la convivencia, al civismo y al orden con el fin de no erosionar la cohesión social para señalar a un objetivo: los migrantes. Va a tener razón Iglesias cuando dice que, de los dos reyes que tenemos, sin duda, este es el más facha.

Felipe VI es más de derechas que su padre. Ni Juan Carlos es una excepción, ni Felipe vino a redimirle con otra forma de ejercer la Corona. Para explicar bien esto creo que hay que entender la lógica política de la monarquía, que pasa por asumir que su objetivo político en el año 1975 y en el año 2025 es exactamente el mismo: sobrevivir como institución. El objetivo político de la monarquía nunca ha sido la democracia, sino su propia supervivencia.

Otra cosa es que en 1978 un sistema procedimentalmente democrático fuera condición de posibilidad para que la monarquía siguiera existiendo, y ello pasaba por que la jefatura del Estado en este país estuviera en manos de un rey con unas atribuciones que no eran ejecutivas —al menos sobre el papel escrito en la Constitución—, pero con un enorme peso simbólico, que también es real, en las Fuerzas Armadas, en la empresa, en el Estado. Juan Carlos y sus operadores políticos —Torcuato Fernández-Miranda, hasta que se muere, Sabino Fernández Campo…— fueron los directores de la Transición.

En ese sentido, Adolfo Suárez solo era una pieza más en manos de Juan Carlos hasta que hubo que tumbarle del tablero. O quizá Suárez fuera una pieza de Torcuato, igual da. El hecho es que jugar ese movimiento les salió muy bien. No es que a Adolfo Suárez le engañaran porque fuera tonto; es porque había un botín que repartir y había que diseñar bien la operación para garantizar que ese reparto se produjese en las mejores condiciones para ellos. Les imagino diciéndose: «Tú no te preocupes. Si no es por la vía de senador por designación real, haremos una cámara rara que no es de representación territorial y la llamaremos Senado, y si por ahí no puede accederse al saqueo, será entonces por la vía de las empresas públicas o por la vía de sentarse en los consejos de administración », y para eso armaron esa cosa extraña de la transformación institucional «de la ley a la ley», del «atado y bien atado». Uno de los mecanismos

fundamentales para que funcione la Transición es la corrupción consustancial al franquismo. ¿Qué es lo que tienes tú que hacer para que un montón de gente en las Cortes franquistas voten a favor de su propio harakiri constitucional y constituyente? Pues repartir el botín, es decir, repartir posiciones y las formas en las que enriquecerse. Esa es la clave. Cuando Suárez empieza a desviarse del camino queriendo colocar a España en los países no alineados o dándose abrazos con Arafat, Juan Carlos y su corte —incluido el entonces comunista Ramón Tamames; eso me lo recordaba a mí Carrillo— se lo quitaron del medio. Sayonara.

Mandan ellos, y si no pueden mandar como ellos quieren, dan un golpe de Estado. El del 23-F es otro relato de la Transición que también ha costado mucho erosionar y cuestionar, porque les presenta como los facilitadores de que en este país la gente pudiera organizarse en partidos políticos, organizarse en sindicatos, celebrar elecciones. Ha tenido que venir Bárbara Rey con unos audios grabados en los noventa para que muchas personas se hayan dado cuenta de qué tipo de operador político era Juan Carlos de Borbón, que, insisto, no es una excepción, sino un producto consustancial a esa dinámica corrupta del franquismo y la monarquía. Por eso ha seguido siendo el jefe de Estado en España durante muchísimos años y, aun habiendo abdicado cuando el nivel de corrupción era insoportable, él sigue pudiendo entrar y salir de Abu Dabi para ir a Sanxenxo cuando le da la gana, y celebrar cumpleaños con festivales aéreos de drones y con Los del Río cantándole en el palacio de algún jeque, y chulear al Gobierno apareciendo en saraos o en regatas, o montar una fundación para garantizar su patrimonio ilegal a sus hijas y nietos, o dejar caer que tarde o temprano va a regresar y va a escribir unas memorias donde no dejará títere con cabeza. Ya bajo la República, Valle-Inclán llegó a asegurar que «los españoles habían echado al último de los Borbones, no por rey, sino por ladrón».

La monarquía española desafía al Gobierno muchas veces. No lo puedo contar con detalle porque respeto los secretos de las deliberaciones, pero nos han vacilado como Gobierno muchas veces…, y no hablo del «Por qué no te callas» de Juan Carlos a Hugo Chávez, sino de Felipe VI, el que se supone que escenifica la imparcialidad, la institucionalidad, la neutralidad del Estado. ¡Qué neutralidad puede tener un rey que le chifla a Pedro J. Ramírez! De hecho, Juan Carlos le gustaba menos que su hijo, porque era más cercano, más humano,

gracias a toda aquella construcción del «campechano». Felipe VI, sin embargo, encarna ese concepto de nación española mucho más frío, más solemne, que le gusta mucho a la derecha. Aunque a veces los de Vox se vuelvan locos y le llamen «Felpudo VI», la realidad es que es «su» rey y está mucho más comprometido políticamente con la derecha que el rey anterior. Juan Carlos tenía claro que necesitaba los apoyos de la izquierda —lo dice en esos audios de Bárbara Rey, que se entendía mucho mejor con Felipe González que con Aznar— y era capaz de tener más gestos con ella. Felipe VI en Paiporta, visitando a los afectados de la dana, se puso a abrazar a neonazis que fingían ser vecinos mientras Pedro Sánchez tenía que marcharse en el coche entre abucheos.

He hablado con Felipe VI muchas veces y tengo la sensación de que a él las cosas de su padre, todas estas cosas horribles —cazar elefantes, las vedettes, hablar con los periodistas…—, no le interesan en absoluto. Pero tiene un compromiso político férreo, que es esa conciencia de supervivencia de la monarquía en España, que solo sobrevive si manda la derecha. No tengo ninguna duda.

Cierta vez viajé con Felipe VI a Bolivia y allí pude ver cómo se desenvolvía políticamente: he estado en reuniones con él en las que no nos daba la palabra al Gobierno. Pensemos que un jefe de Estado que se sienta junto al jefe de Estado de otro país debería dar la palabra al Gobierno de su país después de unas pocas palabras de protocolo. Pero en aquella reunión no nos daba la palabra, se quedó sentado hablando con Iván Duque, el entonces presidente de Colombia, mientras nosotros estábamos callados. Recuerdo que yo miraba a la ministra de Exteriores, Arancha González Laya, como diciéndole «¿Pero esto qué narices es?». En esos viajes me diseñaron una agenda hecha para que fuera imposible que tuviéramos encuentros bilaterales sin que estuviera presente el rey de España. Tanto es así que tuve que quedar con el presidente de Argentina a las doce de la noche en un hotel para poner dos banderas en la foto y poder tener un encuentro bilateral de Gobiernos sin que estuviera Felipe VI de por medio. Él, en tanto que figura simbólica del Estado español, debía limitarse a ser eso, un símbolo, no a hablar de política con otros presidentes de Gobierno que son líderes a los que, por cierto, en América Latina, la gente sí ha votado. ¿De qué se hablaba con Iván Duque en aquellas bilaterales? Pues de Venezuela y de la frontera colombiana. ¿Tiene el rey que hablar de esto? Rotundamente no. Eso era una cuestión que competía

al Gobierno de España, que éramos González Laya o yo. Eso es borbonear, y yo lo he visto en directo.

Ser monárquico o monárquica hoy en día significa reivindicar la corrupción como mecanismo de forma de Gobierno en este país. Y, sin embargo, no soy optimista en el sentido de que aunque haya una pulsión republicana —y muchas encuestas apunten a que la opción democrática de un régimen republicano ganaría en un referéndum— a Felipe VI la jugada le puede salir bien. ¿Por qué? Porque el sistema político del 78 está agotado y parece que solo puede haber dos direcciones de reforma: una pilotada políticamente por el PP y por Vox en asociación con los poderes económicos y mediáticos, y otra alianza que implique al PSOE estar con nosotros y con los plurinacionales, que es un bloque mucho más complejo por lo distinto de los pensamientos que tenemos, pero que sí sería un bloque con un objetivo republicano. Esa segunda opción es mucho más difícil porque el PSOE no se atreve. Mi gran fracaso político es no haber podido convencer a Pedro Sánchez de que su propia supervivencia y la de su partido pasa por que entiendan que, o convertimos esto en una república plurinacional, y asumimos la batalla cultural, asumimos que hay que transformar el poder judicial, asumimos que hay que transformar el poder mediático en España, o no solamente me van a fusilar a mí, les van a fusilar a él también, a su mujer y a su hermano. Porque por mucho que le baje la cabeza al rey, Sánchez no se va a librar. Esto ya no es como antes, que te sacan de en medio colocándote en la OTAN o en una embajada, o qué sé yo. Ahora, en la corte de Felipe VI, ya no hacen prisioneros.

7. Matar al mensajero. Antonio García Ferreras

«Le dije yo: Eduardo, esto es muy serio. Yo voy con ello, pero esto es muy delicado y es demasiado burdo. Es demasiado burdo». No por mucho repetirla —y vaya si lo hacemos— deja de ser una frase pasmosa por su descaro. La pronunció Antonio García Ferreras (León, 20 de septiembre de 1966), periodista y directivo de La Sexta, durante una conversación con Mauricio Casals, presidente de La Razón y adjunto a la presidencia de Atresmedia en 2016, que fue grabada por el excomisario José Manuel Villarejo mientras comían en un restaurante del barrio de Salamanca en Madrid.

Once días antes de aquel almuerzo, el digital OKDiario publicaba un supuesto escándalo de corrupción contra Pablo Iglesias que le atribuía una cuenta con 272.000 dólares procedentes del Gobierno de Venezuela en el paraíso fiscal de Granadinas. Ferreras, aun conociendo la falsedad de esa información, dio la noticia —dos de la tarde, máxima audiencia— y entrevistó al director de OKDiario, Eduardo Inda, en su programa. «Eduardo es como mi hermano», admitía en la grabación. Faltaba un mes para las elecciones generales.

La conversación se hizo pública años después, en 2022, y ese «Es burdo, pero voy con ello» se convirtió en la cruda posdata sobre la profesión periodística en este país. A sabiendas de la falsedad y de lo tosco de aquel montaje dirigido desde la «policía patriótica» del Ministerio del Interior, Antonio fue con ello.

En las expresivas notas que tomaba Villarejo tras apagar la grabadora, el excomisario dedicó unas líneas a cada comensal. De Ferreras escribió: «Promete comida con Inda pronto. Muy predispuesto a todo. Muy buen tío, MAGNÍFICO periodista».

Antonio García Ferreras y yo hemos comido juntos muchas veces. Recuerdo la primera comida con él, en el año 2014, cuando me llevó a una pizzería poco después de hacer mi primer dúplex con él en Al rojo vivo, antes de ser eurodiputado. Un dúplex que grabamos en Fontarrón, frente a mi casa de Vallecas. Qué viento corría aquel día.

En aquella comida, Ferreras fue encantador. Llevaba una guerrera verde, como de líder estudiantil del 68, y estuvo afectuoso, amable, muy seductor en la conversación. También fue muy honesto: «Yo soy un hijo de Florentino», me dijo. Esa es la frase que recuerdo de aquel almuerzo, pero aún tardé mucho tiempo en comprender lo que significaba ese enunciado en este país.

Ferreras es el master of puppets, el tipo que probablemente mejor haya entendido hasta qué punto un periodista puede ser poderoso en España. Ser «hijo de Florentino» es ser un hombre del Real Madrid, con todo lo que ello implica. Estoy seguro de que tiene todo muy bien teorizado en su cabeza, y por eso ha sabido llegar a la máxima posición de poder que puede tener un periodista que no sea directamente propietario del medio de comunicación en el que trabaja. Manda y mucho en Atresmedia, y nadie allí se atreve a cuestionar lo que representa, porque es algo que, en cierto modo, él exige y proyecta. Por eso no se oirá a Jordi Évole cuestionar jamás a Ferreras, mucho menos a otras figuritas menores del canal.

Ah, el canal. La Sexta era en su día la televisión más divertida para hacer periodismo, la cadena llamada a ser gamberra, a atreverse con determinados formatos, a apelar con descaro a una audiencia que se reivindicaba a sí misma como de izquierdas. Ferreras era consciente de su funcionalidad y supo explotarla sin olvidarse nunca de quiénes eran sus dueños y los intereses que había que impulsar mientras él se reivindicaba como progresista, como ese periodista amable, amigo de Zapatero y votante del PSOE. «Es curioso porque en Cataluña me han llegado a llamar botifler, fascista y español. Hombre, botifler no, porque soy republicano… ¿Fascista? Presento Al rojo vivo… Y español, sí. Además, me considero patriota. En Madrid me han llamado rojo, que sí, e independentista, que ya les digo que no»,[1] decía en una entrevista para El Mundo en 2018. Rojo, republicano y español en directo, y tándem de Mauricio Casals en las sobremesas.

He hablado muchas veces con Casals, el Príncipe de las Tinieblas, y volvería a hacerlo si tuviera la oportunidad. Él no es solo uno de los jefes de Atresmedia, sino un operador de las cloacas más oscuras, un tipo de derechas extremadamente brillante, que con un teléfono y una agenda sabe dónde y a quién llamar, con quién reunirse, ser el perejil de todas las salsas y de todas las operaciones de poder. Sin ser millonario, porque ni él ni Ferreras tienen en realidad tanto dinero, no

tienen el capital, no son los propietarios del medio, son solo los operadores necesarios. De Casals se dice que fue el que susurró al oído de la vicepresidenta María Teresa Fernández de la Vega para que regase con publicidad a Atresmedia y Mediaset y eliminase los anuncios de TVE, lo que supuso una condena financiera para Televisión Española, incapaz de competir en esas condiciones contra las cadenas privadas.

De Ferreras no debe olvidarse dónde se curtió en el oficio: pasó diecisiete años en la Cadena SER, llegando a dirigir sus informativos. Si tuviera que elegir un ejemplo sobre su desempeño, sería uno que pasó muy desapercibido en las páginas de El Confidencial. Se trata de una entrevista hecha en 2021 a Matilde Fernández, quien fuera concejala del PSOE, durante el pelotazo de la recalificación de la ciudad deportiva del Real Madrid en 2001. Fernández fue de las pocas que se opuso con fuerza a aquella barbaridad urbanística y en aquella entrevista, veinte años después, por fin pasaba la factura. «El director de informativos de la SER me negó la posibilidad de explicarme. Ese señor que lleva Al rojo vivo…». Fernández contaba, aún entre líneas, cómo Ferreras llamaba al resto de concejales socialistas madrileños, a pesos pesados como Juan Barranco, e incluso a los de Izquierda Unida, para metérselos en el bolsillo. Ella tuvo la osadía de resistirse. ¿A quién reventó la Cadena SER?, ¿quién fue vetada en el medio? La única voz díscola, Matilde Fernández. La SER podría ser afín a su partido, al PSOE, pero el pelotazo madridista pesaba mucho más, y ahí estaba Ferreras, que no iba a perdonarle la rebeldía.[2]

Volviendo a aquella primera comida con Ferreras en la pizzería, ni siquiera creo que entonces pretendiese tomarme la medida. Solo quería conocer a esos jóvenes podemitas para jugar con nosotros, para hacer política. No hubo grandes mentiras. En las primeras reuniones yo acudía con Íñigo Errejón y después, cuando Errejón se fue, iba junto con Irene Montero y Juanma del Olmo. Él también venía acompañado de su mano derecha, otro personaje crucial, César González Antón, director desde sus inicios de los informativos de La Sexta y creador de casi todos sus formatos: Al rojo vivo, Más vale tarde, La Sexta Columna, La Sexta Noche, La Sexta Clave o Xplica. Digamos que ellos asumieron que tenían que operar políticamente con nosotros contándonos cosas, pactando dar una información determinada. Poco a poco, nos fuimos dando cuenta de que en realidad no había juego, porque las reglas las marcaban ellos, porque

había que pasar por ellos para tener la presencia mediática que necesitábamos. En paralelo a esta toma de conciencia, se produce la escisión en Podemos entre quienes piensan que la clave de hacer política es seducir a los medios —y, por lo tanto, seducir a Ferreras—, y los que pensábamos que, aunque era necesario mantener una relación cordial y llevarse bien con todos ellos, eran irremediablemente nuestros adversarios. Defendían intereses muy concretos, contrarios a los nuestros, y había que asumirlo a la hora de relacionarse con ellos, incluso aunque fuera desagradable…, o al menos lo era para mí, porque no es agradable asumir que había que mantener esa interlocución y saber que, eventualmente, había que criticarles. Es una estupidez pensar, como lo hace cierta izquierda, que con cenas, con buen rollo, chistes y compadreo se podría sacar algo de ahí.

Hacernos cargo de esta verdad fue nuestra condena mediática, y Ferreras lo sabía. Hubo una época en la que los votantes de Podemos y las audiencias de La Sexta eran coincidentes; nuestra gente veía sus productos, programas como El intermedio o Salvados, y el canal era el espacio de politización de miles de personas a la izquierda de lo posible. Hasta que hubo que matar a Podemos. Por eso su televisión nos hizo mucho más daño que la derecha mediática convencional.

Pero no fue una ruptura brusca. La interlocución se iba rompiendo a medida que la violencia mediática contra Podemos se disparaba desde La Sexta, que tomó un claro posicionamiento en nuestras luchas internas. Incluso mientras fui vicepresidente del Gobierno (2020-2021), esa relación se mantuvo con más o menos intensidad y, de hecho, Ferreras acudió a un mitin de Podemos en Zaragoza, teniendo en cuenta que para entonces yo ya le había dicho a la cara un año antes, en 2019, durante una entrevista en directo en su programa, que era el principal protector de Eduardo Inda. «No es nada oculto, Antonio, y te lo digo con mucho dolor», le dije. Y eso que yo aún no había escuchado los famosos audios.

Tras mi salida de la vicepresidencia volvimos a coincidir alguna vez, sí, pero con mucha más frialdad y distancia, hasta que llega el punto de inflexión para mí, que son esos audios filtrados por Villarejo en 2022, aquel «Es burdo, pero voy con ello». Honestamente, no me imaginaba que eso había ocurrido de esa manera y, al escucharlos, pensé: «Hostias, una cosa es lo que tú me has contado, que tenías que

dar esa información, que Inda te había asegurado que aquello de Granadinas era cierto, y otra es que supieras a ciencia cierta que no lo era, que era burdo, que era falso, que estaba hecho para reventarnos». Era inaceptable, y le habían pillado. Ferreras me decía muchas veces: «Yo no tengo ningún problema en comer con vosotros, los políticos, porque yo no pongo la mano en el fuego por nadie, y si te pillan con las manos en la masa, yo te voy a destruir». Y le tomé la palabra, porque no era a mí ni a nosotros a quienes habían pillado con las manos metidas en alguna masa, sino a él. Era a él a quien habían cazado in fraganti y tenía que asumir las consecuencias, porque nosotros no íbamos a dejar de recordárselo. Entonces se acabó toda aquella bonhomía y buenos modos «ferrerianos» y La Sexta pasó a ser, directamente, un canal de propaganda antiPodemos sin derecho a réplica, un medio en el que nadie del partido tenía espacio ni voz, y un lugar en el que salir a hablar mal de nosotros y nosotras se premiaba con horas de televisión. Mejor dicho, atacarnos era el precio que había que pagar si se quería salir en la cadena.

Hoy, con algo más de distancia —han pasado dos años de aquellos audios, y diez de aquella comida en la pizzería—, mi sensación es que hemos contribuido a la degradación del personaje, de su biografía, de su ecosistema, porque hemos contado lo que nadie más se había atrevido a contar sobre el funcionamiento del poder mediático en este país. De hecho, Ferreras y su frase, tan ilustrativa y cruda, nos han servido también para poner en una posición incomodísima a sus aliados de izquierdas, a todos esos peones políticos que le sirven para legitimar su papel. Algunos han elegido unir su biografía a la de Ferreras, derechizando inevitablemente lo posible, y aunque se presenten como extrema izquierda, se hagan tatuajes o escriban muchos artículos reivindicándose a sí mismos en su radicalidad, son asalariados de Ferreras y su máquina de comprar profesionales mediáticos. Salir en televisión, a pesar de que llevemos años hablando de las crisis de audiencias y de formatos, sigue siendo un elemento de estatus, de prestigio, de poder. ¿A quién no le va a gustar salir en la tele?

«Estás obsesionado», «De esto mejor no hables, Pablo, que parece una venganza personal», «No queda elegante, no lo digas». Cuando me piden que no hable del «Ferrerasgate» y su operativa en las televisiones es simplemente porque no se puede rebatir, porque es salvajemente crudo e incómodo. Por eso desde Canal Red, aun con la

humildad de nuestros recursos, hemos infligido un daño evidente, aunque seguimos siendo un pez pequeño que va a contracorriente en este mar. Sí, es cierto que ahora, al poner su nombre en Google, el buscador te devolverá el «Ferrerasgate», pero, en la profesión periodística, la corrupción no es la excepción, es la norma, aunque los periodistas odien tener que escucharlo, y él sigue teniendo el juguete. La Sexta sigue siendo una televisión con muchos recursos y profesionales trabajando, pese al desprestigio general de los medios de comunicación y el crecimiento de los medios alternativos, y Ferreras sobrevivirá porque las personas como él son como el corcho, siempre van a flotar. Esto no va de audiencias, ni de guerras comerciales, y quien haga esa simplificación analítica, sencillamente, no ha entendido nada. Ferreras es alguien a quien le gusta enormemente influir en política, incluso aunque no siempre le salgan bien las jugadas, como en el caso de su apuesta por Susana Díaz para la Secretaría General del PSOE. ¿Fracasó en esa ocasión? Sí. Pero es un tipo pragmático, capaz de fracasar, de recomponerse y de reconstruir alianzas, incluso con Pedro Sánchez, a pesar de lo que se puede escuchar en aquellos audios filtrados donde decía que el entonces candidato a presidente del Gobierno se llevaría una hostia de su parte, que iba a hacerle sufrir «con dos o tres programitas».

Si pudiera volver al 2014, antes de ese dúplex en Fontarrón, le diría a ese Pablito: «Ten mucho ojo, porque estos mandan mucho más que el Partido Popular. Os perseguirá la Policía, os perseguirán los jueces, os perseguirán los fascistas; pero la clave no es lo que vayan a conseguir haceros con esto, que tampoco es menor, la clave es cómo va a ser contado».

¿Volvería a cenar hoy con Ferreras? Por supuesto que sí. Trataría de que fuera una conversación cordial, sin reproches, porque no habría nadie más delante para oírlos. Querría conocer sus razones, me gustaría saber si sería sincero o si elegiría volver a mentirme. Si me dejase llevar por mi rencor personal, no tendría tiempo para vivir, así que considero mucho más sensato canalizar el rencor hacia algo mucho más práctico, que es la acción política, acumular poder mediático, levantar un proyecto como Canal Red. Lo importante es que hagamos como en el judo: hay que usar la fuerza del contrincante para hacernos más fuertes.

[1] https://www.elmundo.es/loc/famosos/2018/12/01/5c000ee321efa0aa5c8b45e1.html

[2] «Florentino agitó a todos los forofos socialistas del Real Madrid, pero no recibí presiones del partido, como insinuó el presidente del Madrid. Alguna ironía sí dejaron caer compañeros como Rubalcaba y Lissavetzky, que eran grandes forofos del Madrid, y bromeaban sobre mi oposición a los planes de Florentino. Pero no me presionaron. Sí recibí presiones de otras ramas del poder de Florentino… P. ¿Cuáles? R. El director de informativos de la SER me negó la posibilidad de explicarme. Ese señor que lleva Al rojo vivo… P. ¿Ferreras? R. Ese. Que luego pasó a ser director de comunicación del Real Madrid. Cuando Juan Barranco y Alfonso Guerra pasaron por la SER, se quejaron: "Estáis poniendo a parir a Matilde y no la dejáis defenderse". Fui vetada. Confirmadísimo por altos cargos de la SER». https://www.elconfidencial.com/deportes/futbol/2021-03-01/florentino-perez-real-madrid-galacticos-torres_2968532/

8. De cómo Cebrián acabó en The Objective

«Tampoco soy ese tipo tan poderoso que ha dicho Pablo desde la tribuna alguna vez. ¡Ojalá lo hubiera sido!». Juan Luis Cebrián Echarri (Madrid, 1944) renegaba de su poder delante de Pablo Iglesias en 2019, durante la presentación de un libro de sugerente título escrito por Daniel Serrano, Cal viva.

Juan Luis Cebrián, hijo de Vicente, quien fuera alto cargo del régimen franquista —nada menos que secretario general de la Cadena de Prensa del Movimiento hasta 1970 y director del diario Arriba—, siguió los pasos de su padre. Educado en el Colegio del Pilar, que es algo así como el Hogwarts de las élites tardofranquistas, la vocación le vino de casa y la técnica, de la Escuela Oficial de Periodismo de la Complutense. Entró a trabajar en el diario falangista Pueblo y en 1974 alcanza la subdirección de los Informativos de RTVE.

En 1975, Jesús de Polanco, otro niño del Frente de Juventudes convertido en exitoso empresario editorial, necesitaba un director para su nuevo proyecto, el diario El País, un periódico que, aunque fundado en 1976, se estuvo cocinando desde mucho antes. Cebrián dirigió el periódico en castellano más importante del mundo desde su nacimiento hasta 1988, cuando pasó a ser consejero delegado del grupo PRISA, vicepresidente de la Cadena SER y hasta miembro del Club Bilderberg, como destaca su biografía en Wikipedia, aunque nadie sepa muy bien qué se hace en ese club.

Panama Papers, Tramabús, demandas judiciales, sonados despidos a periodistas —Nacho Escolar entre ellos…—, los últimos años de Cebrián enturbiaron su reputación de prohombre de la Transición. En 2018 se le relevaba de todos sus cargos en Prisa para ocupar el lugar de los jarrones chinos, la Presidencia de Honor de El País. También le dejaron una columna de opinión, porque el que tuvo, retuvo.

En 2024 aquella presidencia honorífica le era también arrebatada. La razón aparente era que Cebrián había fichado por el digital de extrema derecha The Objective para una serie de entrevistas en vídeo, las «Conversaciones con Cebrián», en las que ningún entrevistado tiene menos de sesenta años. Felipe González, Iñaki Gabilondo, Manuela Carmena,

Martín Villa, Serrat, Herrero de Miñón o Miquel Roca han pasado por el formato a charlar sobre, como no podría ser de otro modo, la dichosa Transición. «De la mano de Juan Luis Cebrián, sus grandes protagonistas comparten sus memorias, anécdotas y detalles aún por revelar». Y en forma de decadente pódcast, delante de un telón azul oscuro, sobre dos butacones tristes y una lamparita de noche, masticando una y otra vez la misma historia que no fue, presta su último servicio informativo Juan Luis Cebrián.

Si alguien estaría encantado de venir de tertuliano a Canal Red, creo yo, sería Juan Luis Cebrián. Coincidí con él cuando presentamos el libro de Daniel Serrano, Cal viva. Él estaba encantado de estar allí, manejaba los códigos, el lenguaje, la puesta en escena, aunque se tratase de un libro muy crítico con su propio mundo que retrataba el tardofranquismo, los GAL, o el advenimiento del 15-M. De hecho, diría que a Cebrián le excita mucho regodearse en esos imaginarios de la extrema izquierda. Aunque pasó sin pena ni gloria, es interesante apuntar que en 1987 Mario Camus dirigió una película basada en una novela de Cebrián llamada La rusa. Era su primera novela de ficción, un thriller que se centraba en la relación de un burócrata del búnker del Gobierno español, destinado en misión clandestina contra ETA, con una joven y atractiva militante sospechosa de pertenecer al KGB a quien conoce en París. «¿La transición española fue una transición sin traumas?» era la frase del cartel promocional de la película. Es casi fetichismo, construir un guion con ambientes de extrema izquierda, miembros de ETA y un cincuentón integrante de la cúpula de inteligencia estatal que pierde la cabeza con veinteañeras prosoviéticas. Le pone.

Hace muchos años, leí un textito de Vázquez Montalbán[3] en el que imaginaba irónicamente cómo sería España si se hubiera proclamado una república socialista de corte soviético. Recreaba un solemne discurso dirigido al Comité Central por los cincuenta años de victoria que declamaba Jordi Pujol como presidente secretario general del Partido Comunista de España. Porque los hombres del poder son hombres del poder en cualquier sistema político, en cualquier régimen político. Y eso es Cebrián.

En España hay una conciencia de élites que van a ser élites siempre,

mande quien mande. Y el ámbito periodístico en el que se ha movido Cebrián es la disciplina que permite probablemente desplegar el nivel de desfachatez más alto a la hora de perpetuarse en ese elitismo: solamente un periodista, según las circunstancias, puede parecer de izquierdas, simpatizar con la revolución cubana y acabar en The Objective. El propio planteamiento que concibe que la Guerra Civil sea una guerra de clase hace que determinados sectores tengan clarísimo que ellos van a mandar siempre y en cualesquiera circunstancias. Por eso Cebrián no es un tipo de firmes convicciones, qué va. Una de las características de las élites en España es su enorme capacidad de cooptación: ¿quién no tiene un amigo que corrió delante de los grises o militó en el FELIPE? ¿Cuántas personas que fueron parte del FELIPE o de Bandera Roja terminaron en un Consejo de Ministros?

Comprender esa característica apolítica de la derecha, del poder y de una parte de nuestras élites es útil porque explica también este proceso de derechización en España, que no es tanto por razones ideológicas como por una reacción de esas élites ante la amenaza de descabalgarles de su sitio. Entendieron lo que significaba Podemos, lo que significaba el independentismo catalán, y comprendieron también que necesitaban volver a ser fascistas —a enunciarse como tales, a operar abiertamente como tales— para seguir atesorando su poder. Discrepo de ese discurso de que «les hemos quitado la careta». Si volvemos décadas atrás, a las élites franquistas poco les importó pasar de germanófilas a atlantistas porque nunca tuvieron lealtad alguna a Hitler o a Mussolini, sino a su propio cortijo, y si lo iban a defender mejor Churchill o Truman, pues tocaría colocarse allí. Eso sí, siempre, todos, profundamente anticomunistas.

El propio proceso que supuso la Transición de nuestro país explica muy bien esa dinámica de metamorfosis de figuras del franquismo que se reconvierten en demócratas de toda la vida, un tipo de conciencia de las élites españolas capaces de adaptarse a todo, de reconvertirse en cuadros del PSOE, e incluso reivindicar un cierto pasado de izquierda radical que seguramente es en muchos casos mentira, pero en el que se identifican con el antifranquismo comunista y generan una suerte de «pedigrí» político incontestable. Algún ejemplo de ello ha acabado sentado o sentada en el pódcast de Cebrián que apenas nadie escucha en The Objective, como Manuela Carmena.

Para explicar esto desde otra óptica, sirve mucho hacer una lectura desde fuera: este proceso de perpetuación de élites españolas, de la «casta» si se prefiere, como les bautizamos hace diez años, es el resultado de la mediocridad que quedó en nuestro país tras la Guerra Civil. Y eso se comprende estupendamente partiendo del planteamiento que tuvieron los liberales mexicanos y de cómo interpretan ellos ese momento de la historia española. Cosío Villegas, que fue el diplomático encargado de llevar a los republicanos españoles al exilio mexicano durante el gobierno de Lázaro Cárdenas y se encontraba en Lisboa en el 36, concluyó entonces, de manera muy sensata, que la República iba a perder la Guerra Civil. Entonces escribe al presidente Cárdenas, no tanto en clave de solidaridad política, como de puro pragmatismo, y le viene a decir: «Usted no se imagina la cantidad de cuadros de primer nivel que van a tener que salir de este país». Cardiólogos, científicos, químicos, literatos, abogados, que iban a llenar las universidades y los centros de investigación mexicanos. Y efectivamente, de los veinticinco mil españoles que llegaron a México, una cuarta parte eran cuadros e intelectuales. España se vació de talentos como los de aquellos hombres y mujeres y los perdió para sí. Aunque obviamente hay notables excepciones, es innegable que no hay una historia intelectual española como la hay en Francia, Alemania o Italia, y esto retrata a nuestras élites como lo que son: gente mediocre, que se rasca los huevos mientras se fuma un puro y se toma un coñac con la tranquilidad de que nadie va a bajarles de la silla. Sus hijos e hijas podrán acabar hablando muy bien inglés o formándose en excelentes colegios, pero España es España. Aquí los nepobabies de la burguesía y la aristocracia estudian vulgaridades como ADE y Marketing en colegios privados, algunos fabricados especialmente para ellos, mientras que, en Europa, los hijos y nietos de élites se recrean en las Humanidades, las Artes, la filantropía…, y eso genera incluso entre las propias élites un rechazo de clase por parte de sus homólogas catalanas o vascas, que serán igual de perversas, pero son más sofisticadas, más elegantes que los que se reúnen a beber cubatas en el palco del Bernabéu.

Cebrián podría haber sido del Comité Central del PCE y también un líder del Movimiento, como lo fue su padre. O lo que hiciera falta: opositor venezolano, dirigente sindical…; ese transformismo es la característica clave para entender a las élites en España: se hacen fascistas por una cuestión de coyuntura. Eso no les hace menos

peligrosos, todo lo contrario: esa mutabilidad es la que les convierte en un peligro constante. Y si hablamos de amenazas y de peligros, que Cebrián termine en The Objective no es uno de ellos. Porque es cuando PRISA es PRISA de verdad cuando hacen más daño, cuando penetran en las bases ideológicas de izquierdas, cuando escriben para ellos: «Sí, sí, el PSOE será esto, y lo otro, y todo lo que queráis, pero es la única alternativa a los malos». Esos marcos, que destruyen cualquier posibilidad de construir algo a la izquierda, son los verdaderamente peligrosos por su eficacia. Unos por la derecha, otros por una supuesta extrema izquierda, y entendidos todos en una pluralidad anticomunista, convergen y encuentran un elemento de confort y seguridad. Y golpean juntos cuando se trata de quitarse de en medio a quien moleste.

De aquella vez que coincidí con Cebrián, recuerdo que le recordé un fragmento del libro de Serrano sobre una de esas verbenas de los ochenta que tenían lugar en el aparcamiento del diario El País, en las que Carmen Maura, Pedro Almodóvar, Charo López y Caco Senante alternaban con Javier Solana y los ministros socialistas. La frase que describe aquella fiesta era lapidaria: «[Jesús] Polanco y Juan Luis [Cebrián] agasajan a los vencedores».

[3] Se trata del relato escrito por Manuel Vázquez Montalbán, 50 años después de la victoria aliada, en el que reproduce un discurso conmemorativo del 50.º aniversario del desembarco en Normandía pronunciado por el secretario general en la sesión plenaria del Comité Central del Partido Comunista de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas de España. El secretario es el camarada Jordi Pujol i Soley. https://www.vespito.net/mvm/polfic.html

9. Las mujeres de verdad tienen coño. Carmen Calvo, feminista

De las Escolapias al Ministerio de Presidencia del Estado, pasando por la Junta de Andalucía. Para algunas, un currículum así implicaría llegar casi casi a la cima de sus ambiciones políticas y representaría todas sus conquistas: contra los techos de cristal, la falta de paridad, contra el machismo mismo. Vamos, pura transversalidad de género. Los logros de una chica rebelde, hija de la agroburguesía cordobesa, que hizo sus pinitos en el mundo de la interpretación en esos locos años de universidad.

Porque para algunas, el feminismo empieza y acaba en ellas mismas, es su patrimonio, su propiedad. Así, solo puede existir atado para siempre a sus siglas, las del PSOE, porque solo ellas garantizan su supervivencia. ¿Quién osaría arrebatárselo?

Eso debió de pensar María del Carmen Calvo Poyato (Cabra, Córdoba, 1957) cuando aparecieron otras mujeres que también se declaraban feministas a sentarse a su lado en el Consejo de Ministros. Hablaban de disparates como el consentimiento, los cuidados o la violencia sexual. Mezclaban churras con merinas: ¿feminismo antirracista?, ¿clase?, ¿luchas LGTBIQ+? Eran ambiciosas, obstinadas, y sin ese pedigrí que dan las mesas redondas, los premios de relumbrón y los favores de la academia. Aquello —pensó Carmen— era intolerable. El feminismo era suyo, de las suyas, o de nadie. Era mejor quebrarlo que compartirlo.

Abanderada de la Igualdad y primera espada de las feministas del PSOE andaluz, Carmen Calvo dio el salto a la política nacional cuando José Luis Rodríguez Zapatero la incluyó en su comité de notables para escoltarle a la Moncloa. Con Pedro Sánchez ejerció de vicepresidenta y de ministra de Presidencia y Relaciones con las Cortes, y también obtuvo y perdió la cartera de Igualdad en favor de Irene Montero. Jamás se lo perdonó, y así se lo hizo saber cada día, en cada movimiento político, en cada entrevista, en cada Comisión de Igualdad del Congreso de los Diputados, aunque ello la condujera, en no pocas ocasiones, a compartir tesis con las derechas más reaccionarias.

Calvo dejó de ser la número dos de Sánchez tras ser cesada durante la reestructuración gubernamental de 2021. Pero todo llega, y a Carmen también le esperaba su redención en forma nada menos que de presidencia

del Consejo de Estado. Allí despliega hoy su agenda feminista, consistente en recoger o entregar —qué más da— un par de premios y reconocimientos e invocar la Constitución en alguna columna en El País. Ya se sabe lo que dicen los entendidos: ya no quedan feministas como las de antes, clásicas, formales. Mujeres como Dios manda, que disfruten de los toros y los despachos de caoba, que citen a Isabel la Católica en sus libros, y no a Davis, a Fraser o a Butler. Feministas como Carmen.

Con pocas personas he tenido broncas como las que he tenido con Carmen Calvo. Carmen ha sido una figura fundamental en esa derechización española desde el PSOE, pero hay que reconocerle el mérito, nada sencillo, de haberlo hecho especialmente en un ámbito concreto, que es el feminismo. Ha sido capaz de mover las lógicas del feminismo hacia posiciones conservadoras que hace una década habrían sido impensables de enunciar desde el centroizquierda. Y no creo que lo hiciera nunca por una convicción sincera de que eran las posiciones políticas más adecuadas, ni tampoco las más justas, ni las más útiles para defender derechos. La cuestión siempre fue otra.

Quizá pocos lo recuerden, pero una vez, en 2016, las cámaras de Salvados —el programa que dirigía en aquel tiempo Jordi Évole— grabaron una conversación entre Carmen Calvo y Esperanza Aguirre sin que ellas se percataran. Aguirre le comentaba a Calvo que estaba preocupada por el auge de Podemos, y Calvo le respondía: «¿Y dejarlos a su bola? ¿Esperan dejarlos a su bola con cinco millones y pico de votos?».

A Calvo la definiría como la jefa de un lobby de señoras con mucho poder, de una generación de mujeres criadas en el aparato del PSOE que han acumulado muchos cargos a través de décadas en concejalías, en consejerías, en sindicatos, en ministerios, y que articularon una reacción tremendamente hostil contra todo lo que plantease el Ministerio de Igualdad, o, en realidad, contra todo lo que planteásemos nosotros y que implicase ceder su poder. Como jefa de las negociaciones por parte del PSOE para conformar el primer Gobierno de coalición, Calvo filtró a la prensa un documento al que cambió el nombre: de «propuestas» a «exigencias» de Podemos. Finalmente, no tuvo más alternativa que tragar con esas propuestas, aunque hay que reconocerle que jamás dejó de dar pelea. Cuando por

fin se cerraron las negociaciones para conformar el Gobierno de coalición, donde ella siempre operó con el ánimo de que no prosperasen, Calvo se negó a hacer el traspaso de carteras con Irene Montero como nueva ministra de Igualdad. Carmen decía que ya me había entregado la cartera a mí, de vicepresidenta a vicepresidente, y se negaba a escenificar aquella derrota.

En realidad, nunca se trató de que, como ella afirmaba, le preocupase que los derechos trans vulnerasen los derechos de las mujeres. Tampoco le parecía bien la ley del solo sí es sí, ni la mera idea del consentimiento sexual, ni es que le hiciese demasiada gracia la idea de hablar de cuidados o de educación sexual. A cada avance ella se resistía con uñas y dientes usando el argumento de autoridad tecnócrata que siempre utiliza el PSOE y torpedeando las negociaciones desde todos los frentes posibles. «Estas niñatas caprichosas no saben gobernar, ni saben hacer leyes». Pero creo que cualquiera que observe el nivel de trabajo y reconocimiento internacional de aquellos cuatro años de Montero en el Ministerio de Igualdad frente a las etapas de Calvo o de la actual ministra, Ana Redondo, reconocería sin duda que es incomparable, básicamente porque ellas, una vez instaladas en el despacho, tampoco hacen gran cosa. Porque nunca se trató de avanzar en feminismo sino de no retroceder en poder. Se trató, en definitiva, de su resistencia feroz a perderlo.

¿Qué aprendemos de esto? Que el poder no se comparte, aunque suene muy bonito eso de repartirse el poder, que ha sido uno de los grandes errores de Podemos. En eso, las feministas «socialistas» —entiéndase que me refiero aquí al PSOE, el feminismo socialista es cosa bien distinta— demostraron saber bastante de política. Cuando Pedro Sánchez invistió como ministra a Irene, a él todo aquello le parece una cosa menor, un ministerio «maría». Pero ellas, Carmen Calvo y las «feministas clásicas» sí comprendieron la importancia de haberle arrebatado Igualdad al PSOE, porque iba a entregarle a Montero un patrimonio simbólico tremendo, que hasta entonces solo habían encarnado ellas. ¿Qué sería Carmen Calvo sin la bandera del feminismo? ¿Dónde quedaban todas ellas? ¿Cuánto más podrían seguir viviendo de estirar un legado de hacía quince, o veinte, o treinta años?

Cuentan en Córdoba que Carmen Calvo fue la gran adversaria de Rosa

Aguilar —exalcaldesa de Córdoba con IU, que fue consejera de la Junta y ministra con el PSOE— y que le sentó especialmente mal que esta se le pusiera por delante en las listas electorales cuando ambas convergieron en el mismo partido. Pero acertó al respaldar a Pedro Sánchez y no a Susana Díaz en Andalucía, y esa lealtad se paga, en este caso, con una vicepresidencia primera y, al tiempo, con una presidencia del Consejo de Estado.

Carmen y yo compartíamos tertulia junto con José Manuel García-Margallo en Hora 25 de la Cadena SER, antes de que a ella le llegase esa presidencia del Consejo de Estado, y compartíamos conversaciones informales, lo típico sobre qué tal estaban sus nietos, o nuestros hijos. Era un formato con muy buenas audiencias, con mucha calidad y con profundidad. Fue cancelada —«fulminada», tituló el periódico 20 Minutos— en el verano de 2023, cuando el Canal Red tomaba vuelo tras haber comenzado a emitir esa primavera. Esa fue la última vez que hablé con Carmen.

10. Café con hiel. Las mañanas de Ana Rosa Quintana

Desde 2005, las mañanas de Telecinco que acompañaban a millones de personas en su vida cotidiana tenían el nombre de Ana Rosa Quintana. Su programa fue un dispositivo ideológico fundamental para analizar la actualidad política, los sucesos o la información del corazón. Como ruido de fondo en las cafeterías o haciendo compañía en los hogares, la «Oprah Winfrey española» se tomó muy en serio la contienda para coronarse «la reina de las mañanas». Que se lo digan a María Teresa Campos.

Curtida en los años dorados de la televisión privada, Quintana consolidó el formato del magazín, considerado por muchos como un género menor, despreciando su capacidad para construir relatos sobre todas las cuestiones que nos rodean. Pero Ana Rosa Quintana Hortal (Madrid, 1956) creó escuela y, años después, Ana Terradillos, Susanna Griso o Sonsoles Ónega imitaron su formato y, sobre todo, su línea política, que dicta con mano de hierro rodeada de un séquito de contertulios temerosos del despido.

Tuvo hasta una revista con su nombre y su rostro en cada portada, y en el año 2000 debutaba también como escritora con Sabor a hiel*, pero su ópera prima resultó ser un refrito de lugares comunes con párrafos plagiados de los folletines románticos de Danielle Steel. La presentó junto con Ana Botella para poco después renegar de la novela y culpar de la chapuza a un autor en la sombra, su excuñado y hermano de Alfonso Rojo, director de* Periodista Digital*. Un mal «negro» lo tiene cualquiera.*

Para Ana Rosa hay vida mucho más allá de la tele. Si se bucea entre las sociedades en las que participa —en muchas de ellas junto con su marido, Juan Muñoz, condenado por delito de descubrimiento en el marco del caso Villarejo—, se va desmadejando un entramado de empresas inmobiliarias, financieras o de hostelería, siete de ellas dedicadas a la explotación de apartamentos y alojamientos turísticos, casas rurales, negocios de turismo y restauración, además de haberse garantizado el control del sector audiovisual de su cadena. Es propietaria de la mitad de Unicorn Content, la poderosa productora que comparte con Mediaset y a través de la cual decide quién tiene hueco en la cadena y quién, como sus antiguos compañeros de Sálvame*, merece salir a patadas de la parrilla. Solo con ella facturó cuatro millones de euros en 2023.*

Año a año, la hiel fue amargando a Ana Rosa: las informaciones falsas, el sensacionalismo editorial, los ataques políticos y los métodos inquisitoriales en el gremio eran cada vez más evidentes, y sus editoriales cargados de ideología se intensificaron tras la moción de censura a Rajoy en 2018. En una arriesgada jugada coincidente con las elecciones de 2023, Mediaset programaba a Quintana en formato vespertino con TardeAR, un espacio aparentemente «blanco» y apolítico que respondía a la nueva línea editorial de moderación de la cadena. Pero era difícil esconder su animadversión casi visceral a Pedro Sánchez y sus simpatías hacia la derecha más derechizada mientras Mario Vaquerizo o Cristina Cifuentes le aplaudían todas sus gracias. El amargor lo impregnaba todo, y esta vez la audiencia no la acompañó en su aventura.

Conscientes del fracaso, Mediaset reculaba a principios de 2025 y anunciaba el regreso de Ana Rosa Quintana a su antigua franja para mojar la hiel en el café. Así, Telecinco volvería a colocar en las mañanas de la tele a su mejor soldado. «Pienso dar mucha guerra todavía», declaraba ella. Pocos días antes de cerrar esta edición, Ana Rosa reaparecía a la hora del desayuno por primera vez en años y lo hacía con una invitada estrella, Isabel Díaz Ayuso. Le dio paso al plató Ana Terradillos, comentó la jugada Eduardo Inda sentado a la mesa y, como toque de humor, pasó por allí un señor disfrazado de Trump.

Hace poco entrevisté a la directora de cine Icíar Bollaín en Canal Red al hilo de su última película, Soy Nevenka. En ella, Bollaín rescataba algunos ejemplos de cómo se puso la letra escarlata en los medios de la época a esta mujer, que fue víctima de violencia sexual por parte del que era entonces alcalde de Ponferrada. Me impactó mucho volver a ver aquel rapapolvo que Ana Rosa Quintana dirigió en su programa en directo hacia Nevenka: «Una chica que es licenciada, que tiene un máster, que es concejala de Hacienda, que tiene solvencia cultural… Primero, ¿cómo deja que la acosen? Y después, ¿cómo tarda tanto tiempo en denunciar?».

Ese cuestionamiento a Nevenka Fernández, que tuvo que marcharse del país por todas las violencias que sufrió —violencia mediática incluida—, se hizo desde la mesa de debate de Quintana y lo vieron millones de personas que ese día estarían desayunando o trabajando con su programa de fondo. Probablemente, fue más útil para la

estrategia de defensa de su agresor, el alcalde Ismael Álvarez, que cualquier otra línea que llevase su abogado. Ese es el poder de Ana Rosa Quintana.

Una vez Ana Rosa estuvo en mi casa de Vallecas en 2015 para grabar un programa sobre la vida cotidiana de un político, aprovechando mediáticamente el morbo que generaba entonces conocer cómo era mi cocina, mi habitación, mis pósteres o los muebles del salón. Ella en ningún momento se mostró de manera diferente conmigo a como se comporta delante de una cámara, que creo que ya es un indicativo de su personalidad, pero, aunque fuera de ese tipo de cosas con las que no me sentía cómodo durante esos años, el hecho es que aquel reportaje cumplió su misión.

Ana Rosa y Ferreras no son en realidad diferentes, sino que son personajes y operadores políticos complementarios, aunque hayan rivalizado en las franjas de audiencia de sus respectivas cadenas. La editorial Capitán Swing editó un póster en el que aparece la cara de Ana Rosa imitando la portada del disco de los Sex Pistols, solo que le reescribe el título como «Never mind the bulos». Y es que lo suyo ya es un clamor. Si Ayuso es la trumpista política, Ana Rosa es el icono del trumpismo periodístico, de la asunción de la mentira como materia prima de su trabajo, en mucha mayor medida que el sensacionalismo o que la especulación, que también le han sido útiles. Yo tuve que denunciar y pedir una rectificación pública cuando en 2021 Ana Rosa reprodujo el bulo sobre mi responsabilidad como ministro en la gestión de las residencias durante la pandemia. El juez le dio licencia para mentir y ella presumía de ello, viniendo a decir: «He ganado un juicio porque me denunciaron por decir un bulo, pero, aunque sea una mentira probada, un juez ha dicho que yo puedo decirlo […]». Esa degradación del oficio, que te permite mentir a sabiendas de que lo estás haciendo y que no existan consecuencias o lleguen demasiado tarde, es la norma. No oirán a Ana Rosa llenar un minuto de sus muchas horas de parrilla televisiva entrevistando a las familias de las 7.291 víctimas de los protocolos de la vergüenza de la Comunidad de Madrid de Díaz Ayuso que negaron la asistencia médica a las personas mayores que no tenían seguro privado. Porque no es solo lo que Ana Rosa cuenta, es también lo que elige no contar. Never Mind The Bulos.

En mayo de 2023 se supo que la presentadora tenía en posesión 44 pisos turísticos en los mejores barrios de Madrid y Sevilla. Ella suele

presumir de que viene de Usera, un barrio trabajador, y de que todo lo que tiene es fruto de su trabajo y del sacrosanto derecho que tienen los empresarios con iniciativa, como ella, a ganar dinero. Pero creo que es legítimo preguntarse qué tipo de trabajo y de operaciones ha tenido que hacer para acumular un patrimonio semejante, impensable en la mayoría del oficio periodístico, en un país donde la crisis de vivienda está definiendo con claridad las relaciones de clase. ¿A costa de quiénes se ha enriquecido?

No exagero si digo que el fin de Ana Rosa ya ha empezado a escribirse. A principios de 2025, Risto Mejide cortaba en seco a Irene Montero en una intervención en su programa Todo es mentira, que también se emite, como el de Ana Rosa, en un canal propiedad de Mediaset, en este caso Cuatro. Irene comentaba los sucesos relacionados con Desokupa y las amenazas que ella misma había recibido de estos escuadristas fascistas que pedían su cabeza en el barrio de Lavapiés. En cierto momento, Mejide interrumpió a Irene y le afeó su discurso —su «mitin», dijo él—, porque ella estaba exponiendo con claridad la relación entre el odio que le profesan los nazis de Desokupa por defender la vivienda digna y el hecho de que Ana Rosa Quintana acumule decenas de propiedades inmobiliarias con las que especula para hacerse inmensamente rica. Porque la clase rentista a la que ella pertenece necesita perros guardianes como los de Desokupa, que te sacan a patadas a un inquilino o a quien haga falta para mantener tu propiedad privada a salvo y que, de paso, también amenazan e insultan a políticos de izquierdas que les paran los pies, como Ione o Irene.

Mejide no podía permitir que se expusiera esa verdad con tanta crudeza y llegó a decirle a Irene que era una falta de respeto hablar así de Quintana cuando no estaba presente. Al día siguiente, Risto cerró una larga conexión en directo con Ana Rosa —sin Irene— en la que Quintana pudo despacharse sin prisas para colocar todos los marcos y bulos que fueran necesarios contra Irene, contra Podemos, contra mí. Quintana aseguraba que ella como empresaria creaba empleo y prosperidad, frente a Irene o yo mismo, que, según Ana Rosa, desearíamos que no hubiera empresas ni empleo y que todo el mundo fuera pobre, y si cuela, cuela, y si no, Venezuela. Es curioso porque también dicen de mí lo contrario: Ayuso, por ejemplo, nos criticaba en OKDiario hace dos años por estar sacando adelante Canal Red, porque tampoco teníamos derecho a tener empresas o montar

proyectos de negocio con los que seguir haciendo cosas. El único camino que nos desean es el de la inexistencia.

Sí, sé que el odio que nos profesa una parte de la derecha política y mediática es sincero y no se acaba a las puertas de su casa. Pero cuidado, porque ese mismo odio también está incrustado en ciertos sectores de la progresía, bien sea Ana Rosa, bien sea Ferreras. La razón por la que nos odian es muy obvia, y es porque hacemos algo enormemente subversivo, que es decir la verdad sobre cómo funciona el poder. Eso implica señalar que los medios y los comunicadores —sobre todo algunos que han sido tan influyentes como Quintana— son el Señor Lobo, aunque ellos se describan como profesionales que están controlando y fiscalizando al poder. Aunque esto también valdría para los que no son tan poderosos, los que además son precarios, pero repiten igualmente esa idea.

Hemos puesto un espejo frente a la judicatura y, si hace dos o tres años era impensable que nadie salvo nosotros hablase de la derecha judicial y sus operaciones corruptas, hoy esta verdad te la reconoce hasta el propio fiscal general del Estado. Hemos puesto el espejo frente a aquello que llamábamos «casta», las élites, y quisieron convencernos de que nosotros también aspirábamos a ser eso. «¿Veis cómo no son distintos a nosotros? ¿Veis que en realidad a lo único que aspiraban era a un jardín con piscina, a vivir como reyes, como usted o como yo?». Ana Rosa, y como Ana Rosa, tantos, quisieron arrastrarnos al «uno di noi», para que sus pecados se vieran absueltos por nuestros actos.

Y no es que yo sea una persona perfecta, sin contradicciones, pues claro que me gusta vivir en una casa bonita y agradable. Y un buen whisky antes que uno de garrafón. Pero no somos como ellos. El otro día acudí a grabar 59 segundos y nos lanzaron la pregunta incómoda de si aceptaríamos la indemnización que va a cobrar Álvarez-Pallete tras su salida de la presidencia de Telefónica, que ascendía a veintitrés millones de euros. Primero titubearon, y enseguida Javier Sardà saltó con su sarcasmo habitual diciendo que no fuéramos hipócritas, que todos aceptaríamos ese dineral. Y sí, claro que todos lo haríamos. Pero no por las mismas razones.

Ese era el objetivo de la pregunta: llegar a la conclusión de que todos haríamos lo mismo que Pallete, llevarnos el maletín a casa, porque al

final, como me decían algunos en el PP, así es la condición humana. Así que yo repliqué que, si tuviera veintitrés millones de euros de manera legal en mis manos, ¡vaya si iba a ser grande el Canal Red! Claro que quiero tener dinero para hacer política. A mí no me falta de nada en mi vida personal porque no necesito un vino de cuatrocientos euros, ni un reloj caro que me dé la hora, ni conducir un Maserati diésel hortera, ni ir comprando pisos en la Costa del Sol. Pero tengo la enorme suerte de poder comprar cualquier libro que quiera leer, no comparo precios y tengo la fortuna de no tener que mirar —aunque lo haga— el precio de las bandejas de embutido, y puedo comprarles una bici a mis hijos sin que eso me suponga renunciar a nada como le pasa a la mayoría de la gente. No le puedo pedir nada más a la vida, no hay nada personal que quiera hacer para lo que me falte el dinero.

Pero para hacer política claro que sí que nos falta. Para hacer política con un medio, con un gran centro cultural, con una escuela de Estado para formar y becar opositores, con una escuela-campamento para formar niños en valores de izquierdas, para todo eso hace falta mucho dinero…, proyectos para construir cosas, armas culturales grandes para reforzar nuestra lucha ideológica y trabajar por el mundo en el que me gustaría vivir y en el que querría que crecieran mis hijos. El Canal Red es eso.

De hecho, con el dinero que nos aporta una base muy leal de socios, podríamos mantenernos tranquilamente sin meternos en grandes problemas, simplemente grabando el pódcast, viviendo de nuestra imagen como hacen los influencers, cobrando sueldos mucho más altos y sin hacer crecer al equipo, sin trabajar de más, sin enredarnos en cosas más complejas. Pero ¿y si podemos crecer? ¿Y si podemos construir algo transformador junto con los compañeros de América Latina? ¿Y si los socios y socias están apoyándote porque el proyecto se ha convertido en el espacio donde pelear políticamente muchas cosas, porque han entendido los términos que planteamos? Esto va de esto. Hacer política va de acumular poder y de decidir dónde y cómo quieres ejercerlo, y sobre todo, qué hacer con él. Y para acumular poder hace falta dinero. A Ana Rosa no le gusta que yo sea empresario porque ella con sus empresas marca líneas editoriales, consolida a la clase rentista y protege los intereses de otros como ella. Nosotros, con las nuestras, construimos pensamiento crítico, agitamos, «hacemos el mal», como dijo Ayuso. A cierta progresía tampoco le agrada esta idea de que yo apueste por el modelo de empresa y construya un medio de

comunicación, o un espacio de socialización cultural como un bar, porque preferirían que hubiera caído en el mundo de las consultoras, las asesorías o los consejos editoriales, o que me sacara otra plaza en la universidad, donde se está muy calentito, y me callara la boca.

A veces, cuando nos sobra algo de pasta, nos preguntamos: ¿y si la guardamos por lo que pueda venir? Y la respuesta es: ¡no! Tenemos que crecer, contratar más gente, idear más programas, generar acuerdos y alianzas con otras personas que estén haciendo también proyectos interesantes. Crecer para hacer más. Hacer empresa es eso, independencia y capital para intervenir incluso en donde siempre se nos ha considerado intrusos y hostiles.

El día en que Ana Rosa se despachó a gusto contra Irene en el programa de Risto, dijo para rematar su discurso que nuestro proyecto político estaba condenado a la irrelevancia. Pero esta es otra muestra de cómo en su relato confunde realidad con deseo: su programa TardeAR se estuvo moviendo en una horquilla de unos setecientos u ochocientos mil espectadores diarios, mientras que La Base tiene programas que alcanzan los trescientos mil o el medio millón de visitas en pocas horas, sin tener ni una milésima parte de los recursos que tiene un programa como el de Ana Rosa Quintana. Sin anunciantes, ni patrocinadores, ni peluquería, ni atrezo, trabajándolo todo nosotros y manteniendo una exigencia de rigor en todo lo que decimos o hacemos. Yo, si viera esos números, no estaría tan seguro de las cosas que dice Ana Rosa. Creo que la irrelevancia también puede cambiar de bando.

11. «Se vienen cositas». La cultura influencer que quiso dejarnos solos

Este capítulo iba a comenzar explicando por qué las hermanas Pombo odian a Pablo Iglesias. De ahí, pasaríamos a reflexionar sobre esa atomización del pensamiento que es la cultura influencer, sobre el pensamiento derechizado en forma de reels y stories, y después nos plantearíamos por qué las fuerzas conservadoras, como las Pombo, han conseguido convertirse en un fenómeno de masas que dicta reglas de vida y estilo. Una de cada tres personas —según las páginas de marketing digital— son leales a estos líderes de opinión y se ponen al día a través de sus redes, pese a que la Unesco afirme que el 62 % de los creadores de contenido en internet tienen dificultades para evaluar la credibilidad de la información que ellos mismos difunden. La verdad, no imaginaría a Pombo contrastando bulos, pero tampoco a Jordi Wild, o Georgina, ni a Ibai, ni a Dulceida, ni a esa cosa llamada el Xokas.

Pero no siempre las entrevistas van por donde una quiere, y en este capítulo dejamos los nombres propios a un lado y terminamos charlando sobre lo que nos rodeaba. En el trasiego de la redacción donde ahora trabajamos, Pablo prepara guiones, entrevistas, va sentándose de silla en silla y debate enfoques y artículos metido en un cuartito sin intimidad al que con grandilocuencia llamamos pecera. Después se marcha corriendo a por los niños. Entremedias, si queda tiempo, improvisa un vídeo saludando a no sé quién o convocando a no sé qué evento, y probablemente antes haya madrugado para ir a la radio sin darse cuenta de si repite sudadera de la entrevista anterior. Es, podría decirse, la antítesis de un influencer.

Porque ¿qué significa en realidad ser influencer? Podría definirse, siendo generosa, como el oficio al que aspiran muchas personas en la actualidad y que consiste en ser uno de esos personajes que hacen llegar sus intereses y sus puntos de vista a millones de seguidores a través de internet para su beneficio individual, que raramente redunda en lo colectivo. Tampoco es algo tan nuevo, si lo piensan. Porque una cosa es difundir un pensamiento, pero cosa bien distinta es trabajar para materializarlo. Los influencers tienen instalado un buen foco profesional en sus despachos para salir sin arrugas y planifican con mimo el ángulo de la cámara que les enfoca o la caída del jersey que lucen. Los influencers sueñan con el millón de

seguidores, con sacar un libro, con salir de pobres y con que algún día mágico les llamen para ir al plató de Ferreras. A veces lo consiguen y entonces brillan como siempre han brillado las estrellas de la tele. Debe de ser divertido ser influencer, pero no nos da tiempo: tenemos que correr para sacar el guion del próximo programa.

No nos hacen falta más influencers por aquí. Hacen falta más militantes que comprendan que la batalla cultural se hace desde la comunicación, entre otros muchos espacios, que no tiene nada que ver con ser influencer. La derecha mantiene sus instituciones, van a misa, tienen espacios y símbolos colectivos y una comunidad bien cohesionada, y además han logrado llevar ese trumpismo popular, esa «ideología cuñada», a otros lugares digitales y analógicos donde se genera también comunidad, como son esos espacios de socialización digital entre los propios hombres enfadados, por ejemplo.

La izquierda influencer, sin embargo, no cohesiona nada: han caído en las lógicas del individualismo liberal más evidentes, que pasan por el «yo, yo, yo» y la competición uno a uno en la economía de la atención digital. Eso te conduce a una dinámica en la que en realidad estás esperando que alguien le ponga la zancadilla a un compañero para que se caiga y recoger esa atención, y eso, lamentablemente, es una derrota ideológica que no se ha producido en la derecha. Nos ha costado mucho más generar espacios de seguridad colectiva y de respeto colectivo, y la agresividad entre comunidades que deberían tener una mínima interlocución o afinidad en nuestro mundo es enorme. No digo que no se digan las cosas que uno piensa, las críticas necesarias, en esos espacios digitales que han quedado para ello. Aunque es muy fácil referirse a mí como un traidor de clase, claro, pero yo tengo la casa rodeada de fascistas y a ti no te conoce ni tu vecina de abajo.

No creo que haya que mitificar una forma u otra de militancia concreta. Hay quienes construyen desde ese espacio humano de la asamblea, el colectivo, el barrio, pero eso no hace desaparecer los teléfonos móviles ni las redes sociales, ni el mundo en el que vivimos. Y yo sí que creo que las redes sociales y las nuevas tecnologías pueden declinarse creando espacios de militancia hermosos. Así como creo profundamente en la sectorialización de las militancias, en trabajar

desde el sector al que perteneces, en la militancia profesional.

Nosotros nos hemos organizado en una empresa para militar. Montamos Canal Red para romper la hegemonía mediática, basándonos en nuestras tesis —que creo que ya están siendo ampliamente asumidas— relativas a la importancia de analizar e intervenir en las estructuras del poder mediático porque es mucho más poderoso que el poder político. Por eso el análisis de medios es una parte fundamental del contenido que hacemos, y creo que está siendo muy pedagógico para miles de personas que se socializan a diario viendo el Canal Red y que cambian su perspectiva y sus marcos de análisis cuando por fin puede llegarles esta idea. Y como cualquier espacio colectivo, tenemos lo bueno y lo malo de las dinámicas colectivas, porque hemos crecido y ya somos una comunidad, y ser parte de ella tiene un precio que no es el mismo que ser un influencer o sentarse en una tertulia mainstream. Cualquiera que entra en Canal Red ya sabe que le van a poner a caer de un burro por estar cerca de Pablo Iglesias. Ya no vas a ser esa persona a la que todo el mundo quiere y respeta, ya no vas a ser tan pop y cómodo como antes, porque tomas una posición política en la que eres parte de algo más grande que ambiciona cambiar las cosas.

Es muy importante no perder nunca ese enfoque, porque vivimos una época en la que un estilo personal, una personalidad, una forma de estar, se convierte en un dispositivo político. Y los influencers lo son. Los liderazgos siempre han existido, pero los liderazgos tenían como condición de posibilidad representar algo colectivo. Ahora no: ahora tú puedes ser líder simplemente porque eres alguien muy hábil comunicando desde tu cuarto, con una cámara y con un poco de gracia, y puedes convertirte en un referente, en alguien que influye, y así lograr que tu forma de vida sea un negocio.

Joder, yo viví esto. No había todavía el ecosistema de redes sociales que hay hoy, pero cuando a mí me comenzaron a llevar a los platós yo vivía muy bien, tenía mi sueldo de profesor titular interno, que eran 950 euros, y a eso le podía sumar lo que iba ganando por acudir a las tertulias, y aseguro que se gana mucho más en las tertulias que con el sueldo de un profe de universidad. Con el aliciente de que, además, te haces famoso: llegas a la facultad y eres el profe ese que sale en la tele hablando de política, y aunque seas un titular interino mileurista hasta los catedráticos te miran de reojo porque a ellos no les conoce nadie y

nadie les pide fotos. La gente me paraba por la calle para tomarse una foto y decirme cosas como «¡Dale caña a Marhuenda!», y yo iba y le daba caña. ¡Hasta me compré una moto! Y, en esa situación, podría pensar: «Oye, yo quiero vivir así siempre, ser un profe universitario que va a la tele, dice cosas de izquierdas, le pagan por decirlo y es famoso». Se podría haber convertido en una opción de vida para mí. Pero ¿qué pasa con todas esas teles a las que te invitan? Pues que no son tuyas, y, de repente, aparecerán una serie de temas en los que quizá ya no guste tanto que digas lo que piensas, y te tienes que cortar. Y tienes que esforzarte en llevarte bien con el que toma la decisión de llevarte ahí, porque tu sueldo depende de ello. Y eso te conduce a plantearte si, aunque sigas «siendo» de izquierdas, es mejor no adentrarse en determinados jardines. ¿Izquierda abertzale? Me quedo callado. ¿La OTAN se complica con la guerra en Ucrania? Pides armas e intervención de la OTAN, como Antonio Maestre. Es un fenómeno derechizante directamente relacionado con el hecho de vivir de algo que no es tuyo, porque la mera capacidad de cooptación que tiene el poder, efectivamente, implica derechización.

Esa capacidad de influir en medios de aquellos años en los que tocaba la guitarra con Motos o le hacía el desayuno a Ana Rosa y después podía exponer mi pensamiento en La Sexta Noche podría haberse quedado en un proyecto que empezara y acabase en mí mismo diciendo cosas de izquierdas y pasando la factura al salir, que es la lógica subyacente a gran parte de la cultura influencer, al menos en el ámbito de la comunicación política. Pero lo que nosotros hicimos fue tomar todo este patrimonio político que implicaba que nos hubieran abierto el hueco en un montón de teles para convertirlo en algún escaño de Parlamento y pasar del dicho al hecho. Y lo haríamos a través de un partido, que es una estructura colectiva, que se compone de gente, no de audiencia. Y muchas veces me he preguntado: ¿qué he ganado con todo esto? Yo no habría sufrido las críticas de sectores de la izquierda si me hubiera convertido en carne de tertulia y TikTok, si hubiera seguido siendo simplemente eso, librando los viernes y teniendo amigos en todas partes, en vez de organizar un espacio político para actuar y tomar partido.

Cuando dejé la vicepresidencia en 2021, no hice la clásica ronda de expolítico que sobrevive recorriéndose los medios, uniéndose a una tertulia o a un programa de supervivencia o de repostería. Aunque claro que intento acudir a meter nuestros mensajes en todos los

espacios mediáticos que podemos, obviamente. Pero el primer objetivo tras marcharme fue crear el pódcast de La Base y el siguiente, montar Canal Red. Algo que fuera nuestro, un espacio en el que la línea es propia y si tenemos que ir a hablar a otro sitio, vamos a ir como Canal Red a contarlo. Es decir, que, aunque a muchos les funcione narrar ese relato, yo no traté de montar una cosa que se basara en mí y en mi sueldo, sino una cosa en la que trabaje mucha gente para construir un espacio colectivo, rodeándonos de compañeras y compañeros buenos en lo suyo que se comprometan con esto. No somos una suma de famosetes, tenemos más proyecto que nosotros mismos. Aquí se comparte y difunde lo que escriben y dicen el resto de compañeros, se discuten los temas con antelación, se piensan los marcos con cuidado y se releen los guiones para intentar mejorar aunque vayamos siempre a toda pastilla y con la lengua fuera para llegar a todo. Aquí golpeamos todos juntos, no la suma de individualidades. Y para eso no valen ni los referentes tiktoker ni los héroes individuales.

No soy ingenuo, comprendo perfectamente la importancia que este tipo de figuras e individualidades tienen. Por eso me temo que se les ha regalado una visibilidad inmerecida a determinadas personas en determinados contextos, y de hecho hemos tragado a menudo con eso de la simpatía pop para llegar más lejos. El «masmadridismo», por ejemplo, es básicamente eso. No hay una base intelectual, ni una base ideológica ni militante. ¿Quiénes son los más representativos del pensamiento de Más Madrid? Esos periodistas e influencers de los medios progres que comparten su discurso. Poco más.

Cuando se generan comunidades y lealtades, puedes permitirte que te golpeen. En las redes sociales todos queremos salir guapos y deseables, en política también. Pero la dinámica neoliberal convierte esa deseabilidad en un desquicie vital para encontrar otra forma de posmodernidad a la que agarrarse. Como cantaba Sabina, «hoy el alcohol y la droga, mañana el aerobic y la reencarnación». En la carta de dimisión de Íñigo Errejón hay un párrafo que es muy interesante porque revela lo que piensa, y dice algo como que, en su experiencia política y vital, lo que le ha hecho ser más eficaz políticamente y más útil es básicamente ser un cínico, no empatizar, no cuidar lo humano; lo que está diciendo ahí es que para que te vaya bien en política tienes que ser un psicópata y una mala persona. Y de cara a la galería, ser agradable, ser pop, un influencer. En primer lugar, eso no es verdad, y en segundo término, si ese es el planteamiento, esa política no me

interesa. Claro que la política tiene sus reglas y es durísima, pero si no construye afectos y lealtades, dinámicas de compañerismo, de militancia en el sentido hermoso de esa palabra, entonces, ¿para qué estamos aquí?, ¡dediquémonos a otra cosa!

12. De caoba y cal. Felipe González

El retrato de Felipe González Márquez (Sevilla, 1942) decoraba muchos hogares españoles de los años ochenta. «Por el cambio», rezaba ese póster en el que miraba al horizonte sobre un cielo azul con un gran puño, una rosa y una sonrisa atractiva a medio esbozar. «Ese tipo con patillas, que llegó desde Sevilla», como le cantaban en La parodia nacional, el sueño húmedo de nuestras abuelas, el producto perfecto de Suresnes, se mantuvo cuatro legislaturas —trece años y medio— como jefe del Gobierno, y nunca cerró al salir.

Su página web —sí, hay gente que todavía tiene página web— le define como «figura política clave del siglo XX», «protagonista de la transición democrática» y «modernizador de España». Alguien que disfruta de los bonsáis, el diseño de muebles o una buena partida de billar y que preside o participa en un sinfín de fundaciones que no valen para nada. Esa biografía oficial obvia, como es lógico, otros méritos, como hace también gran parte del periodismo de este país cuando se trata de hablar de y con González. Haber sido parte del Consejo de Administración de Gas Natural Fenosa o llevar años dedicado a apoyar intensamente a la derecha latinoamericana más extrema y golpista palidecen frente a ese otro legado maldito del terrorismo de Estado, las torturas policiales, Filesa, la desindustrialización, Roldán, la entrada en la OTAN, la privatización voraz de decenas de empresas públicas, y, sobre todo, la renuncia ideológica y la operación política «de la ley a la ley» que precedió a todo aquello. Tampoco puede decirse que engañara nunca a nadie: «Prefiero un navajazo en el metro de Nueva York que treinta años tranquilos y seguros en Moscú», decía en Caracas en 1978.

«Cuídese de él —le dijo Iglesias a Sánchez en aquella famosa sesión de investidura de 2016—, tiene el pasado manchado de cal viva». Aquella advertencia era una verdad incomodísima que nadie había dicho antes en el Parlamento. Porque el Estado de derecho se defiende en las tribunas y en los salones, pero también en los desagües, dijo Felipe en 1988. Esa frase, por cierto, también se la recordó tiempo después el mismo Iglesias.

Pese a sus ochenta y dos años, Felipe González, el gran amnistiado de la Transición, sigue paseando su cuerpo por foros, medios de comunicación y

desayunos informativos de esos donde al final nadie desayuna. Consolidado ya como referente de la derecha española y latinoamericana, no se lo ha puesto nada fácil a Pedro Sánchez en los últimos tiempos. «Si es por las ideas, yo soy la modernidad del PSOE, evidentemente», afirmaba en una entrevista. Era noviembre de 2024.

En una cosa sí hay que dar la razón a la biografía escrita en la web de Felipe González. Él es, junto con Francisco Franco, la personalidad política más importante del siglo XX en España, y un personaje fascinante no solo por el tiempo que fue presidente del Gobierno, sino también por todo lo que ocurrió previamente para construir ese liderazgo político en el PSOE, y también por lo que ha devenido en ser después.

La personalidad de Felipe González define políticamente a los hombres del régimen del 78, ese concepto que tanto le molestó que yo utilizase. «¡Régimen del 78 y a mucha honra!», llegó a decir en una entrevista, refiriéndose a mí. La prueba de ello es que su derechización absoluta hacia posiciones del PP es la lectura que él mismo hace de su experiencia, de su trayectoria y de su pasado. Es, en cierto modo, su reivindicación.

Si el rey Luis XIV decía aquello de «el Estado soy yo», Felipe se formula así: «El régimen del 78 soy yo». Por eso es un personaje políticamente odioso para la izquierda por lo que representa, pasando por el referéndum de la OTAN, por la forma en la que incorpora a España a las Comunidades Europeas, por la corrupción y las privatizaciones o por los GAL. De hecho, Julio Anguita no se entendería sino como némesis de Felipe González: Anguita era la ética y la ideología de izquierdas frente a todo lo que representaba el felipismo.

Y eso que Felipe logró erigirse en un icono de clase, de la gente humilde, socialista, que veían en aquel político andaluz a uno de los suyos, y eso forma parte de su éxito arrollador. Ese vínculo libidinal tan intenso que produjo, y que quizás, en cierto modo, se pudo llegar a repetir en ciertos momentos de Podemos, aunque nunca llegáramos tan lejos, representaba a un país, a esos sectores populares con pasión política que González supo atraer hacia el PSOE.

No he coincidido apenas con Felipe González. Hablé con él una vez, en una comida que organizó el Grupo Prisa con su dirección y su comité editorial, del que él formaba parte entonces. Vaya ironía, por cierto, que haya a quien le parezca mal que un expolítico como yo tenga un canal de televisión y haga comunicación, pero jamás hayan criticado que González se siente a la sombra de un consejo editorial como el de Prisa.

En aquella comida González fue cordial pero distante. Supongo que había un punto morboso en provocar ese encuentro entre nosotros, pero él no mostró gran interés. Yo creo que entendió que en Podemos no éramos ningunos gilipollas, sino muy conscientes de la correlación de fuerzas y del estado de las cosas, y que veníamos a cambiarlas. No obstante, hubo algo en esa comida que me molestó especialmente: en un momento dado, mientras algunos aún teníamos el plato en la mesa, él terminó de comer y se encendió un puro que se puso a fumar allí, tranquilamente, sentado frente a todos. Ese gesto era una expresión de poder, y muy representativa de una época y de un estilo de ejercerlo. Te estás encendiendo un puro mientras algunos tienen comida en la mesa, mientras los trabajadores del restaurante tienen que salir a la calle si quieren fumarse un cigarro, mientras los directivos de Prisa te escuchan hablar. Si te comportas así en un restaurante, así te comportarás gobernando un país.

A mí no me gusta esa manera de estar en el mundo. Puede ser muy divertido ser desobediente y disruptivo y decir «aquí estoy yo» cuando lo haces frente a un poderoso, pero no tiene nada de valiente hacerlo cuando quienes tienes enfrente están por debajo de ti.

Se dice que la Transición termina en 1982 cuando el PSOE gana las elecciones. Felipe González arranca con 202 diputados, así que, si asumimos que la Transición se acabó ahí, fue porque Felipe quiso, porque con 202 diputados la Transición tenía, precisamente y justo entonces, que haber comenzado. Con ese récord histórico de diputados había margen para poner sobre la mesa el debate acerca de la memoria histórica y la justicia y reparación de la dictadura, para juzgar a los criminales como se hizo en muchos países de América Latina, para haber apostado por una estrategia de modernización no necesariamente tan neoliberal. Él decidió que no pudiera irse más allá de la Constitución del 78, que había que asumir la monarquía, o que las élites económicas iban a permanecer intocables. Pero con 202

diputados, se podría incluso haber debatido una república. Es evidente que Felipe González opta por otro camino que tiene además una expresión cultural de degradación en la beautiful people y en la corrupción. Roldán, por ejemplo, es un fenómeno del felipismo: ¿cómo puedes terminar poniendo de director general de la Guardia Civil a un personaje así? ¿Cómo puedes llamar a Galindo «gran tipo» sin ruborizarte? ¿Cómo puedes terminar reivindicando el terrorismo de Estado, presumiendo, como hizo en aquella entrevista en 2010, de que él «podría haber ordenado volar a toda la cúpula de ETA»? Eso expresa también una manera de hacer las cosas. El hecho de que siempre prefiriera pactar con la derecha, con Convergència i Unió o el PNV y no con Izquierda Unida, revela lo que representa Felipe González, y se hace mucho más patente el contraste con Zapatero. Ocurre de forma similar con América Latina: González está alineado con todas las derechas y ultraderechas, y si lo comparas con Zapatero, eso te hace tomar todavía mayor conciencia de lo que representa Felipe González.

A mí me habría entusiasmado poder entrevistarle, aunque no creo que a él le hubiera interesado. Creo que nos detestaba y que me detesta políticamente, pero no tiene ese interés que otras figuras del PSOE o del PP podían albergar por entablar una conversación conmigo, por conocernos. Nunca sabré si es soberbia o indiferencia, aunque respeto que alguien no quiera tratar o conocer a quien detesta políticamente. No es mi caso.

Hoy, si hablásemos no ya de un Régimen del 78, sino de un Régimen del 2012, Felipe González ya no estaría en la partida. Genera muchos titulares, es influyente, todo el mundo reconoce su papel histórico, pero los personajes del poder son ahora otros. Aznar, por ejemplo, se ha colocado en otro lugar diferente a Felipe y él sí que ha intentado manejar y operar políticamente a través de su think tank, de organizar y marcar pautas en la derecha. A Felipe, honestamente, creo que eso a estas alturas le da absolutamente igual. Él dice cosas de vez en cuando, pero no está en su voluntad tratar de organizar nada.

Otra de las pocas veces en que coincidí con él fue en un viaje a Chile para conmemorar a las víctimas de la dictadura. Le había invitado el presidente Gabriel Boric —aún me pregunto por qué a él y no a Zapatero— y nos cruzamos en el avión: él en business, yo en turista. Recuerdo pensar, pero ¿cómo este tipo, que ha terminado hablando

bien de Pinochet, se mete a su edad en un avión para acudir a un acto como este a pintar la mona? Y supongo que la respuesta es que, más que vocación política, lo que hay es un piloto automático; un dejarse llevar por la inercia, por la vanidad. Creo que es un personaje… cansado.

13. Rojo oscuro casi pardo. Nostalgia del mono azul

El término rojipardo no es ningún neologismo, sino un término con solera. Procede de una tradición de adscripciones desde la extrema derecha y el fascismo que, en diferentes momentos de la historia del siglo XX, han optado por apropiarse de una retórica de izquierdas. De hecho, ya Marx y Engels advertían en El manifiesto comunista contra el socialismo reaccionario y clerical que aspiraba a la restitución borbónica en el trono. «Una mezcla de lamento, eco del pasado y rumor sordo del porvenir» que «con el fin de atraer hacia sí al pueblo, tremolaba el saco del mendigo proletario por bandera».

Hay rojipardos más pardos que rojos, y otros más rojos que pardos. Algunos provienen —dicen— de la tradición comunista, y reniegan del término. Otros, al contrario, se sienten muy cómodos en esa ambigüedad. Y otros han hecho el viaje directamente desde la extrema derecha virtual. Coinciden en el culto hacia un comunismo que han retorcido a la medida de sus intereses, valiéndose de sus símbolos y su folclore. Hoy se nutre de filósofos como el ruso Aleksandr Duguin o uno mucho más joven, el italiano Diego Fusaro, que se dice «marxista heterodoxo», pero escribe para los neonazis romanos de Casa Pound. Pero también hay rojipardos en la tele y en las columnas de El País.

En España, entre copas de Cinzano, tertulias y columnas al mejor postor, flirteos con youtubers y tertulias en Cuarto Milenio, algunos terminan por encontrarse. Pese a sus orígenes diversos, les unen varios elementos: la crítica feroz siempre —y únicamente— hacia la izquierda, a la que ponen muchos adjetivos —woke, traidora, posmoderna, arcoíris—, y la nostalgia de un pasado idealizado que, probablemente, no vivieron. De paso por esa zona gris, algunos han terminado siendo el rostro decadente del neofascismo digital. Otros, sin embargo, han encontrado un paradójico acomodo en las cabeceras y editoriales que tanto decían combatir, convertidos en enfants terribles del grupo PRISA para salvar la trimestral de autónomos. Y como el rojo intenso es otra cosa, si volvieran a los barbudos clásicos, tomarían buena nota de lo que advertían sobre aquellos franceses: «En la práctica están siempre dispuestos a tomar parte en todas las violencias y represiones contra la clase obrera, y en la prosaica realidad se resignan, pese a todas las retóricas ampulosas, a recolectar también los

huevos de oro y a trocar la nobleza, el amor y el honor caballerescos por el vil tráfico en lana, remolacha y aguardiente». Solo hay que cambiar lana y aguardiente por facturas editoriales, views en YouTube y copas de Soberano.

Del materialismo histórico al materialismo histérico, la condena del rojipardo es que ese color no es un lugar donde uno pueda quedarse para siempre.

«Posmodernos son todos menos yo». Esa enunciación ya es pura posmodernidad en sí misma. Imaginemos, por ejemplo, una mujer que quiere llevar una vida, digamos, tradicional. Que quiere irse a vivir al campo, tener muchos hijos, leer a los clásicos revolucionarios, tener un huerto y añorar los ochenta. ¿No es esa una actitud de tribu urbana, una más entre las doscientas alternativas e identidades que ofrece la posmodernidad?

Ser rojipardo, por tanto, también es una identidad posmoderna. Y en esa derechización social de España también tienen su papel, puesto que, en su viraje ideológico —que la mayoría de las veces es una cuestión de interés personal y coyuntura, y no de ideologías y posiciones políticas—, se han convertido en elementos generadores de opinión. Y sus opiniones terminan por ser útiles al actual estado de las cosas.

Suelen reivindicarse desde la lucha de clases, pero la clase es una cuestión objetiva que se define por la posición de cada uno en el proceso productivo. Se supone que tiene que generar una identidad y, con ella, una ideología, pero ese proceso no se produce porque esa identificación se ha roto en parte de la clase trabajadora de muchos lugares del mundo. La posición de clase se tiene que llenar de ideología. ¡Claro que la clase es una realidad objetiva! También lo es ser mujer. Ser negro es una realidad objetiva, ser viejo es una realidad objetiva, la lengua que hablas, la colonialidad del poder, todo eso también es una realidad objetiva, pero la clave de politización de las realidades tiene que ver con la ideología y con la lucha ideológica.

Pongamos otro ejemplo: si se es un idiota que va al gimnasio todos los días para apretar una camiseta que dice «Soy comunista, pero

comunista de verdad, de los de Lenin, no de mariconadas, ni de nada que haya llegado después», si uno solo se siente seguro en esa masculinidad asociada al culto al cuerpo, al gimnasio, a la exhibición de los bíceps en la foto de perfil de las redes sociales, ¿no es esa masculinidad performativa completamente posmoderna? No hay nada más del siglo XXI que tratar de follar enseñando los pectorales, aunque le pongas una hoz y un martillo a tu pecho. Son fenómenos del mismo mundo en el que nos estamos moviendo.

La ruptura entre clase e ideología no tiene explicaciones sencillas. Pero, si optamos por usar ese término «paraguas» de rojipardos, observamos ese patrón común de colocar siempre la culpa en las luchas culturales, en lo mal llamado woke, de la degeneración del capitalismo, de una izquierda que renegó de sí misma. Algo que podemos decir que tuvo una primera manifestación quizá con las tesis que plantearon que la izquierda había abandonado al obrero fabril para defender a feministas, ecologistas, personas LGTBIQ+ y otra serie de identidades desclasadas y operativas para el capital. Pero algo curioso de los rojipardos es, precisamente, su diversidad —algunos vienen de las filas del sindicalismo, otros, de la derecha católica, otros eran antifas de Pozuelo, y otros se prodigaban en los circuitos más hipsters de Madrid—, aunque se encuentren todos en las mismas coordenadas y, sobre todo, todos terminen por ser profundamente funcionales respecto al statu quo.

Por ejemplo, hay mucho comunista que reivindica a Juan Manuel de Prada, que no es ningún rojipardo: es un conservador católico que tiene algo de disidente en algunos aspectos, sobre todo, en política internacional. Me parece un tipo interesante e inteligente, pero no es un aliado político aunque diga que Europa se equivoca con la OTAN. Es un fenómeno notable cuando de repente alguien de derechas puede dar la razón en algún tema de política internacional a alguien de izquierdas, y se produce un extraño flechazo en una sola dirección.

Dejando a un lado a los que son directamente fascistas, como Soto Ivars o Víctor Lenore, una cuestión aparte es esa otra «extrema izquierda» que ha hecho un viaje al manto protector del mundo progresista y con la que comparten cubatas y cenas entre machotes. Figuras que se han prodigado en eso de «la cultura», que aspiran a ocupar esos poquísimos y carísimos huecos reservados en la sociedad española al izquierdista oficial, al intelectual de izquierdas. Aparecen

en los medios de comunicación y dicen cosas que a veces pueden sonar como muy radicales y muy duras, pero, en tanto que «bloque intelectual», son básicamente alguien que alquila su pluma a cambio de colmar, seguramente, su propia vanidad y, seguramente, también de pagarse las facturas. Vivir de hablar en tertulias, de vender libros, de hacer un cierto columnismo de opinión.

Es aquí donde aparecen personajes que aparentemente formarían parte del espectro cultural de la izquierda poscomunista, pero que poco a poco se van situando de manera individual bajo el ala de lo que nosotros llamamos progresía mediática, del entramado mediático que en última instancia apoya al PSOE y que está dentro de los grandes repartos de poder del país. Como Daniel Bernabé, que pasó de escribir para RT a escribir para El País e identificarse con el universo de Comisiones Obreras como si eso fuera una posición laborista o de clase, siendo como son los sindicatos en España. Como hijo de una abogada de Comisiones Obreras no seré yo quien diga que no hay que afiliarse al sindicato…, pero seamos honestos con el papel que UGT o Comisiones cumplen en este país. Cuando el fenómeno laborista de Yolanda Díaz no termina de cuajar, Bernabé se va colocando de una manera cada vez más indisimulada en la órbita del PSOE, como buen producto de Comisiones, hasta terminar por afirmar que Pedro Sánchez es el mejor y el único de los caminos posibles ante el advenimiento de la extrema derecha. De criticar la «trampa de la diversidad» a estar «PSOED[4] again»; para ese viaje no hacían falta alforjas.

Algunas de esas figuras se acercaron en su día mucho a Podemos en el contexto del éxito electoral, y se alejaron a medida que las vacas comenzaron a ser flacas, porque ¿de qué viven los intelectuales? Del pacto corrupto, porque dependen de alguien que les siente en una tertulia, que les ponga una columna, idealmente, si es posible, en El País, ese periódico al que Gregorio Morán —otro que acabó fatal— llamaba «el gran intelectual orgánico de la Transición». El acuerdo es simple: «Tú escribes aquí, por tu calidad intelectual, porque valoramos las buenas firmas, la pluralidad», y tú te lo crees, porque el ego del intelectual es frágil, y porque ¿quién no va a querer esa caricia en el lomo, esa columna en El País? Solo hay que fijarse en Antonio Maestre, que escribió allí una vez y desde entonces lo muestra orgulloso, como un niño con diploma, en su biografía de Twitter.

Mi señora madre era una abogada de Comisiones Obreras y yo hijo de abogada, no hijo de trabajadora. Soy un hijo de la clase media, rojos pero de clase media con un buen salario y la casa llena de libros. No tengo nada que ver con las realidades de otros chavales de mi barrio en aquella época, por mucho que sea de Vallecas, y es honesto reconocerlo. Desprecio a los izquierdistas que se inventan un origen obrero. Cuando usan como uno de sus lugares comunes la nostalgia obrerista como motor de identidades, habría que recordarles que el obrero fabril como representante de un proyecto de transformación del capitalismo en una sociedad socialista responde a un momento muy concreto del desarrollo de las sociedades industriales y a una manera de subjetivar todo eso. Entiendo que es muy confortable ideológicamente quedarse ahí, en esa familia obrera del padre con mono azul que va a la fábrica y está organizado en el sindicato y la madre que también sale a trabajar, aunque cobre menos y luego tenga que hacer la cena. Pero ya no estamos en ese momento: la definición del sujeto de transformación política y la mejor definición de la posición de clase ahora mismo no la está dando solamente el hecho de trabajar a cambio de un salario, sino la relación con la vivienda y con ser propietario o no serlo. Vivimos en una sociedad en la que se está produciendo una transferencia de recursos de los sectores subalternos hacia una minoría cada vez más pequeña de propietarios grandes y medianos que se terminan convirtiendo en rentistas, y eso sí que define una posición de clase, que estos intelectuales ni siquiera han visto venir.

El rojipardismo, al añorar a ese sujeto de clase tan clásico y tan confortable, renegando de estas cuestiones tan molestas del género y el feminismo, de la diversidad sexual, de la racialización, es en realidad profundamente funcional respecto a lo que critica. Solamente hay que hacer el ejercicio de preguntarse dónde escribe cada uno, a favor de quién, y de dónde sale el sueldo que cobra cada final de mes; y, haciendo ese ejercicio se separa perfectamente el pardo oscuro del rojo intenso.

[4] Estar «psoed», «psoed again» o «psoeizado» es una expresión acuñada en internet para referirse tanto a la cooptación de elementos de la izquierda hacia la órbita del PSOE como a los procesos de ilusión y desencantamiento, o de promesas y desengaño, que produce cíclicamente el partido entre sus simpatizantes y votantes.

14. Disputar la ciudad. Manuela o el «Gora Alka-Eta»

En 2015, Manuela Carmena Castrillo (Madrid, 1944) se presentaba como cabeza de lista de la coalición Ahora Madrid para disputar la alcaldía de la capital. Fue investida con mayoría absoluta de concejales, en el mismo día en que Ada Colau era elegida alcaldesa de Barcelona; se inauguraban así los años de «las alcaldías del cambio».

Con setenta y un años a cuestas, «Manuela» fue la fórmula del éxito para llevar a la izquierda madrileña más lejos de lo que nunca habría imaginado. La avalaban su trayectoria como abogada laboralista —era fundadora del despacho en el que se produjo la matanza fascista de Atocha en 1977—, su militancia clandestina en el PCE o su trabajo desde la Judicatura como fundadora de la asociación progresista Jueces para la Democracia y como vocal del Consejo General del Poder Judicial. Manuela Carmena combinaba la simpatía que inspiraba una mujer mayor, entrañable y cercana, con el prestigio y la autoridad que le concedían el haber sido una respetable jueza y aquella época de un pasado de carreras delante de los grises en el campus de la Complutense.

Pero la confluencia se quebró al pisar Cibeles: Manuela Carmena ignoró desde el principio de su mandato las demandas de la compleja composición interna de Ahora Madrid, y se rodeó de un equipo de afines, algunos oscuros funcionarios y hasta de su propio sobrino. Dirigió el Consistorio con mano de hierro y castigó a los hostiles, plegándose a todas y cada una de las ofensivas conservadoras y de la progresía que limitaban los horizontes de su alcaldía. Podría decirse que Manuela sentó cátedra en aquello de ponerle diques a lo posible, al «sí se puede, pero no tanto».

El 17 de enero de 2019, con vistas a renovar la alcaldía, Íñigo Errejón y Manuela Carmena anunciaban el «pacto de las magdalenas» con el lanzamiento de Más Madrid, un partido político para disputar la ciudad sin Podemos en sus filas. Aquello pilló de sorpresa a casi todos los presentes, pero sus impulsores ya llevaban tiempo haciendo cuentas. Repitieron una campaña llena de promesas, eslóganes indie y municipalismo pop, se disfrazaron de chulapos y hasta se morrearon en el infame bar Club Medias Puri, pero la división del espacio político y la pérdida de apoyos al «carmenismo» devolvió las llaves de Madrid al

Partido Popular.

Manuela saltó del barco sin mácula mientras, en Madrid, la izquierda se defenestraba. En su retiro, escribe libros y cuentos infantiles, pasea por su ONG, acude a cantar a Mask Singer disfrazada de pato de goma… y hasta le han hecho una serie de televisión.

Yo de Carmena había oído hablar a mis padres como de una jueza de izquierdas. Uno de esos mitos de la Transición que fueron aquellos jueces que venían del PCE. En 2013, de hecho, la invitamos a acudir a un debate en Fort Apache para hablar de prisiones, puesto que ella había sido jueza de vigilancia penitenciaria y recuerdo que decía cosas prudentes, cosas más o menos sensatas. Cuando se propuso su nombre para Madrid, pensé que a lo mejor no querría aceptarlo por ser alguien ya mayor, y quedé con ella. «Es que yo no quiero hacerlo, no me apetece, mi familia me dice que no lo haga». Y pensé que era una lástima que no quisiera, porque era una señora que podía llegar a sectores a los que nosotros jamás llegaríamos, que podría ampliar el espacio político y darle un aura de respetabilidad a la confluencia que era Ahora Madrid.

Finalmente aceptó y logró un resultado espectacular, sin duda, por ser ella quien era. Lo que nunca hicimos —y fue una enorme estupidez por nuestra parte— fue hablar con Manuela Carmena para saber cuál era la visión política que ella tenía del mundo. Es cierto que tampoco lo ocultó nunca, y es una persona conservadora en un montón de aspectos. La última vez que coincidí con ella fue hace relativamente poco, a finales de 2024, en el programa 59 segundos de Televisión Española. Acababan de salir a la luz los testimonios de agresión sexual contra Íñigo Errejón, y, al ser preguntada por el asunto, Carmena insistía en que había que separar al personaje de la persona —como decía Íñigo en su carta de dimisión—. Llegó incluso a afirmar que ella no tendría problema en acudir a un concierto de Plácido Domingo. ¿Se puede ser un acosador sexual y un estupendo tenor? ¿Y sus víctimas? ¿Y sus familias? Ese planteamiento es muy cuñado, muy de derechas, y creo que da buena medida de su mentalidad en muchos otros aspectos.

Carmena era y es una mujer muchísimo más cercana al PSOE y a sus

planteamientos que a los nuestros. De hecho, es un personaje de la Cadena SER. Si era conocida previamente a ganar Madrid fue porque iba mucho a la SER, y a su salida de la política siempre han seguido invitándola a la emisora. Vamos, que si no tiene un programa allí es porque ella no quiere. Expresa una ideología hacia fuera, pero hacia adentro, las cosas son distintas porque compra todos los marcos de la progresía. Un ejemplo clarísimo fue lo que ocurrió en 2016 con la detención de los titiriteros,[5] algo absolutamente escandaloso. En la falta de apoyo de Carmena se evidenció su manera de entender el poder que tenía, más aún siendo una jueza que debería haber defendido la libertad de expresión y haber intervenido ante aquella barbaridad. Sin embargo, hizo una cosa muy de la progresía, que fue callar, olfatear el viento y adaptarse a lo que pensaba la corriente.

Carmena adelanta el «yolandismo» en muchos aspectos. De hecho, el análisis que hace Yolanda Díaz es que hay que ser como Carmena para tener éxito político. Una vez nos encontramos en un homenaje a La Nueve, la compañía española que liberó París en la Segunda Guerra Mundial, que se celebraba en 2017 en unos jardines de Madrid. Aquella semana Estados Unidos había lanzado en Afganistán un artefacto explosivo potentísimo al que los medios llamaron «la madre de las bombas». Entonces, Carmena pronunció un discurso que venía a decir: «¡Cómo se le puede llamar “madre” a una bomba, cuando ser madre es amor!». ¿De verdad una mujer que dirigió el PCE con mano de hierro no es consciente de que ha proferido semejante idiotez? Decir algo así es presuponer que la gente es idiota, y que hay que decirle idioteces como esa, idioteces como que el problema no es el complejo militar estadounidense, sino que llamen «madre» a una bomba. Y como esto, las magdalenas, o los memes, o todas esas cosas que generan una figura con muchísimo éxito, pero también con una voluntad de idiotizar al electorado progresista para que se enamore de los elementos pop, no como populares, sino como algo desideologizado, como un «cuñadismo progresista» hueco y superficial. Sumar en cierto modo quiso repetir la fórmula con aquellas campañas insustanciales donde repartían pelotas de playa, viseras y gafas de sol con «Es por ti» como lema. Reivindicar «el sentido común de las abuelas» o ideas como que había que gestionar Madrid como una abuela gestionaría un hogar respondían a la misma lógica vacía y desideologizada, aunque comunicativamente funcionase bien. Pero detrás de los memes de una abuelita tierna hay una mujer que te negocia con Florentino Pérez la operación Chamartín, que es

implacable con los adversarios internos, que dinamita los procesos democráticos en la coalición, que corta cabezas por poner tuits o por investigar el Open de Tenis, que coloca al mando a los «expertos» que ella diga.

Ese cuñadismo progresista fue lo que funcionó —una vez— en Madrid. Errejón, que no era idiota, tenía claro que lo que había que presentar para superar al PSOE en la Comunidad era una candidatura en la que él pusiera su cara junto a la de Manuela. Ironías de la vida, al final Carmena ha renegado de él llegando a decir que «apenas le trató tanto»…, aunque fundasen juntos un partido.

Manuela Carmena hizo escuela en esa derechización que tiene que ver con la progresía y con los marcos que poco a poco van moviendo esa ventana de Overton más y más lejos de la izquierda. Su figura, además, se entroncaba con esa construcción mitológica del pasado, legitimadora de los relatos de la Transición y de una generación política que tiene el poder para dar una colleja a cualquiera más joven que diga: «Oye, a lo mejor yo no estoy de acuerdo con esto, o veo esto de otra manera». Incluso aunque vaya contigo en las listas.

Uno de nuestros mayores errores políticos fueron las confluencias. Suenan muy bonitas desde fuera, pero aquí está la muestra de su recorrido. Podemos, no obstante, le fue leal a Manuela, pero Manuela no fue leal a Podemos. Con ella se evidenció el error de no construir partido, que era el mensaje que se repetía entonces desde esas mismas confluencias: que los partidos eran malos, malísimos, horribles y que era mucho mejor rodearse de figuras independientes. Y eso ¿adónde ha conducido? A la nada. Al final, los partidos son los lugares donde se milita, donde hay órganos de dirección, donde se trabaja, donde se sostiene un proyecto, porque lo otro, básicamente, termina por entregarle todo al PSOE. De hecho, ahí acabarán buena parte de esos cuadros de la era municipalista y del experimento Sumar cuando su debilidad organizativa les agote. No descarto un acuerdo en el que Mónica García se presente a las generales junto con el PSOE, a cambio de poder liderar ella una candidatura conjunta en Madrid. Al final, poco a poco, esto se va traduciendo en la reordenación de los campos políticos y retorna a muchos de esos cuadros a su lugar ideológico natural, mucho más cerca del PSOE que de nosotros. Y eso es, a fin de cuentas, lo que habrá legado el «carmenismo» al futuro: reforzar un poquito más al PSOE.

[5] El caso Titiriteros consistió en la detención de dos artistas acusados de «enaltecimiento del terrorismo» durante una función organizada por el Ayuntamiento de Madrid en la que sus títeres mostraban una pancarta donde se leía «Gora Alka-Eta». Pasaron cinco días en prisión incondicional. Finalmente, el caso fue archivado.

15. Eso no puedo ponerlo por escrito. Escolar y la progresía mediática

Dice Pablo Echenique —y solemos hacerle caso— que para definir lo que es la progresía mediática, primero hay que definir qué es esa progresía.

La progresía no es una categoría que se pueda aplicar de una forma precisa a un determinado perfil de electores o a un grupo social, sino a un determinado sector de las élites políticas, empresariales, mediáticas y de los aparatos del Estado, que es cosa bien distinta. Ser «progre» no tiene nada que ver con pertenecer a la progresía. A la progresía la definen su voluntad y su función: en su voluntad está mantener las correlaciones de fuerzas que sostienen el actual sistema; y su función es la de canalizar la energía social progresista —aquella que desea una mayor justicia social, una mayor igualdad, una eliminación de los privilegios de clase, etc.— y conducirla hacia un cauce no revolucionario. Lo hace mediante acciones materiales y discursivas de apaciguamiento, de estrechamiento de la ventana de Overton, de disciplinamiento, de eliminación de alternativas y de cooptación de voluntades.

Para ello —insiste el científico, que no en vano también es piloto de combate—, la progresía necesita simultanear dos cosas que parecen contradictorias: mantener un avanzado discurso progresista para que su base electoral se pueda referenciar en sus élites, y preservar los equilibrios de poder del statu quo contemporizando y pactando con las élites de la derecha. Y en esa contradicción, las élites dirigentes de los espacios a izquierda y derecha terminan por estar muy cerca las unas de las otras, en las mismas cenas, los mismos saraos, las mismas editoriales, tertulias, consejos ejecutivos, redacciones; a veces, en los mismos dormitorios, y siempre, en los mismos objetivos.

Así pues, la progresía mediática no es otra cosa que la herramienta comunicativa de esas élites para ejecutar su estrategia desde las pantallas, las radios y las portadas.

Eso nos lleva hasta Ignacio Arsenio Escolar García (Burgos, 1975), director del digital elDiario.es, cargo que combina con sus apariciones como analista político en radio y televisión. Hijo de periodistas, paseó su innegable talento entre diferentes redacciones desde finales de los noventa

con ese aire de intelectual indie muy de su generación. Apenas había pasado los treinta años cuando se puso al frente de la dirección del diario Público de 2007 a 2009, y en 2012 fundaría elDiario.es con los restos del naufragio. Su digital suma hoy más de diez millones de lectores al mes, siendo el segundo medio puramente digital más leído en España, y sus «socios» y «socias», que sostienen el proyecto junto con sus anunciantes, siguen al alza. «Vigilamos al poder para proteger la libertad y el progreso sostenible de la sociedad», dice su web. Pero aunque sus lectoras, lectores y socios se identifiquen como tales, no encontrarán en ninguna de las veinticuatro páginas de sus estatutos la palabra «izquierda».

Nacho Escolar es, sin duda, el periodista más brillante e inteligente de este país. Comenzar así este capítulo, en un libro que pretende señalar a los operadores de la derechización de España, no contraviene al personaje. Su papel en el ecosistema de los medios —y, por tanto, político— de nuestro país es determinante y lo es porque Escolar es mucho más inteligente que los demás, es consciente de serlo y eso le permite hacer simultáneamente muchas cosas distintas: investigar, dirigir un periódico, conformar buenos equipos y salir él mismo a comunicar.

Como tipo inteligente que es, Escolar sabe que lo importante en cualquier área en la que uno trabaje es el poder, por encima de cualquier otra consideración. Él va evaluando cuáles son esos espacios de poder y cómo puede instalarse en ellos. Por eso, si a Nacho Escolar le ofrecieran dirigir El País, estoy completamente seguro de que diría que no. Así de listo es Nacho.

Otros muchos no dudarían un segundo en atrapar esa oferta, bien fuera por vanidad, bien por lucirlo en la biografía de Wikipedia, por el crédito y el renombre, pero nadie manda en El País solo por ser el director de El País…, sin embargo, sí puedes mandar en algo que construyas y controles tú. En elDiario.es, el 50 % de las acciones pertenecen a Nacho, a su padre y a su madre, por mucho que presuma de ser una cooperativa periodística. Las decisiones, en última instancia, las toma él como director y propietario del medio, y eso es un mecanismo de independencia que casi ningún periodista tiene en España, con la excepción, diría, de Pedro J. Ramírez.

No es cierto que elDiario.es sea la casa de todos, menos aún de todas las izquierdas. Lo que no es mentira es la convergencia de ciertos intereses que se produce en sus páginas. Escolar ha conseguido, por una parte, tener una financiación muy importante de empresas del Ibex, pero, por otra, cuenta también con un considerable nivel de suscriptores —él los llama «socios y socias»— que ha crecido mucho en los últimos años.

Jaume Roures designó a Escolar como director de Público en 2007, con el objetivo de rodearse de los mejores periodistas que podía encontrar y pagar. Pero en el pecado trajo la penitencia, porque no se puede hacer un periódico de izquierdas dirigido por periodistas. Puede que muchos periodistas se ofendan cuando digo esto, pero es un hecho: no hay un sector en el que la penetración ideológica del adversario sea mayor y más absoluta que en el periodismo, aunque la mayor parte de ellos se conciban a sí mismos como progresistas.

Pedro Vallín, otro tipo muy inteligente antes de sumergirse en los infiernos de su propia vanidad, me dijo una vez que si se hubiera hecho un sondeo electoral en la mayoría de las redacciones de los periódicos en los años previos a Podemos, Izquierda Unida habría cosechado muchísimos votos. Y seguramente eso sea verdad, como lo debe de ser que para todos esos periodistas, en su fuero interno, los GAL estuvieron fatal, o que la reforma laboral del PSOE fue desastrosa. Como sabían en 2023 que la ley del solo sí es sí no tenía error alguno, salvo haber ido «demasiado lejos», pero eso —ya sabes, Pablo— no podían ponerlo por escrito. Lo periodistas se miran entre ellos, se admiran entre ellos, y creen de corazón que se puede ser un gran profesional al margen del medio en el que se trabaje. Bajo esa percepción, se puede trabajar en The Objective, en La Razón o en ABC y ser un excelente profesional y parte de esa gran familia corporativa que son los periodistas, todas y todos compañeros, todos y todas haciendo un gran trabajo. Y bajo esa misma percepción, hay que ser agradecidos con los editores —sean quienes sean—, porque en su infinita generosidad permiten a los periodistas ser buenos profesionales y hacer su trabajo más allá de las ideas de cada cual.

Todo ese relato es una enorme mentira: no pueden hacerse medios de izquierdas con gentes que vienen de ese mundo ideológico, que se conocen entre todos, que alternan entre ellos por las noches, que follan entre ellos, que se regodean todos en ese mismo universo.

Desafiar a esta clase periodista es un suicidio, e incluso aquellos que lo hacen tienen que tragar con seguir trabajando y compartiendo espacios con esta gente, que se vanagloria de su neutralidad con soberbia. Una casta endogámica que reproduce, inevitablemente, una serie de dinámicas mafiosas en las que ellos terminan por convertirse aun sin quererlo en los mafiosos más eficaces porque, como un teléfono escacharrado, la comunicación solo circula y fluye entre ellos. ¿Cuál es el amigo más poderoso que se puede tener para proteger tu reputación estando en política? Pues, obviamente, uno de esos periodistas.

Una muestra es la historia misma de Íñigo Errejón, su auge, caída y quién sabe si su restauración. Lo que pasaba con Íñigo en la noche de Madrid era algo conocido en todas las redacciones, aunque algunos se echaran las manos a la cabeza cuando salió por fin a la luz. El cinismo del mundillo periodístico ante la noticia, con los periodistas fingiendo sorpresa e intentando colocar las responsabilidades sobre todos los hombros menos los que tocaba, fue manifiesto: recuerdo que Fernando Garea se preguntaba cómo alguien que consumía cocaína podía tener responsabilidades políticas…, como si no supiera él, como sé yo, que si hay algún sitio donde corre la farlopa son las redacciones de este país. Aunque el principal problema, en este caso, no fuera la cocaína. La reputación de Íñigo se protegió periodísticamente en tanto en cuanto convenía hacerlo, del mismo modo que luego se le dejó caer.

Volviendo a Roures, lo que él deseaba para su proyecto, Público, no era nada sencillo de ejecutarse y pronto hubo consecuencias. Del primero de los naufragios del periódico, cuando se produjo el ERE y el conflicto laboral, nacieron nuevas propuestas, algunas como La Marea, un proyecto cooperativo que aún resiste; o como nosotros mismos, que andábamos con La Tuerka por aquel entonces. Pero el que sí supo leer el poder, el tiempo y el espacio fue Nacho Escolar, él sí vio ese nicho. Fue capaz de interpretar lo que estaba ocurriendo en términos políticos, la consolidación del 15-M y el surgimiento de una audiencia claramente situada a la izquierda del PSOE, e identificó la oportunidad de convertirse en un referente mediático de todo aquello, no por una cuestión de ideas, ¡qué va!, sino por una correcta lectura del momento.

En esa época —2014— hicimos un documental, Una mosca en una botella de Coca-Cola, con varios periodistas alternativos, donde

hablábamos de las reformas que habían operado en los medios de comunicación de Argentina o de Venezuela, reivindicando abiertamente a figuras como Chávez o Cristina Fernández de Kirchner. De entre los muchos periodistas que participaron, entrevistamos también a Ignacio Escolar. Si se vuelve a ver esa entrevista, Nacho aparece en un tono prudente, sí, pero en absoluto agresivo con lo que representaban las experiencias latinoamericanas: ¿le convencía de verdad todo aquello, el chavismo, el peronismo? No. En absoluto. Pero había elaborado un análisis muy fino sobre dónde había que colocar a su medio y cuál era entonces el espacio de izquierdas en el que competía. La derechización progresiva de España le hace ir virando, darse cuenta de que tiene que acercarse a quien define el poder en el ámbito cultural del centroprogresismo, garantizarse su existencia. ¿Que el coste era recibir un poco más de caña desde la izquierda? Bueno, era perfectamente asumible a cambio de consolidar a sus aliados.

Así, cuenta no solo con una serie de apoyos empresariales innegables sino también con quien, al fin y al cabo, gobierna el Estado, y se ha rodeado de algunos de los mejores periodistas del país —y mucho mejores que los de El País— para dar la batalla, también en redes sociales, que son el escenario determinante hoy en día. Y si ello implica renunciar a buenos corresponsales pero tener a la hija de Pedro J. Ramírez dirigiendo la sección de Internacional con evidente mediocridad, no es un mal precio que pagar a cambio de tan buenos padrinos. Precio que asume también sentándose en el plató de Ferreras, algo que él económicamente no necesita —a diferencia de Maestre o muchos otros—, pero que sí le es necesario en términos de proyección pública, de construcción y mantenimiento de su propio personaje.

Cuando dejé la política, Nacho Escolar me propuso escribir en elDiario.es, y le dije que no. Me había hecho una oferta Ctxt, La Base arrancaba en Público y creí que era la decisión más honesta permanecer allí. No obstante, esas proposiciones en forma de columnas para los desalojados de la política son tramposas y de ellas puede acabar dependiendo una parte importante de tu pan, y Escolar lo sabe perfectamente. Es un mecanismo clásico que funciona como un reloj: a un expolítico no le tienes que pagar lo que a un columnista normal, puedes acordar con él una serie de piezas, dos o tres al mes, asegurándole así un tercio de sus ingresos, y tu medio rezuma

pluralidad y firmas de renombre, y quedamos todos contentos. Como ocurre actualmente en elDiario.es con las columnas de Alberto Garzón, por ejemplo. Una izquierda «opinadora», que nunca pisa charcos, que no incomoda, que sabe en qué temas no se puede equivocar, y en cuáles es mejor no abrir la boca, porque tiene ya más de cuarenta años y una hipoteca y no van a jugársela, qué coño, por hacer revoluciones.

El modelo periodístico de Escolar ha sido para mí, no tengo problema en reconocerlo, una lección y un aprendizaje. Las sociedades de mercado están hechas para que los únicos que tengan poder real de hacer cosas sean las empresas y los empresarios, porque el dinero se concentra en ellas o en las subvenciones públicas. Y depender de subvenciones, como lo hacen los tabloides ultras que necesitan el dinero que les inyecta Isabel Díaz Ayuso en Madrid, les hace ser completamente subordinados a esa administración.

Yo no me veía, ni de coña, capaz de montar una empresa. Iniciamos La Base con un crowdfunding y el capital semilla inicial del Canal Red lo pusieron las y los suscriptores. Tuvimos que convertirnos en gestores de la noche a la mañana, en administradores, en empleadas y empleados. Y lo confieso, no me gusta; tengo que gestionar una empresa, y no me gusta. Me roba tiempo para escribir, para planificar, para pensar, para vivir, a cambio de invertirlo en hacer números, reuniones, en estar atento a cuestiones que hemos tenido que aprender a capear sobre la marcha. Pero una vez que lo hemos hecho ya no dependemos de nadie para tomar decisiones, y, afortunadamente, contamos con unos suscriptores que no son pocos: son, de hecho, más de los que tenía elDiario.es cuando llevaba más o menos el mismo tiempo de andadura que nuestro Canal. Aunque muchos quieran ver conspiraciones o estén desesperados echando cuentas, lo jodido es que aquí no hay truco: somos pocos haciendo mucho, y nos lo creemos.

Hace tiempo que Nacho y yo no hablamos. Desde que en Canal Red comenzamos a decir públicamente que en su diario estaban mucho más a la derecha de lo que ellos mismos reconocerían —hará más o menos un año—, él y yo dejamos de enviarnos mensajes. Hemos dado mucha cera a la progresía mediática, y Nacho, de manera muy inteligente a diferencia de otros, ha decidido, simplemente, obviar al Canal Red. Pero nosotros nunca negaremos la capacidad de Escolar: tiene buenos investigadores, excelentes firmas, más de noventa mil suscriptores. Citamos a menudo sus trabajos, porque tienen calidad. Lo


único que hacemos, y que a Nacho no le gusta, claro…, es señalar su línea editorial.

16. Divertirse entre insectos. Pablo Motos y las guerras del prime time

«Dedico esta canción a todas las mujeres que están con un idiota, y que le deberían dejar. Es un homenaje a Javier Krahe». En el año 2015, Krahe moría de un infarto en Zahara de los Atunes, que no es mal lugar para morirse uno. Y ese mismo año, Pablo Iglesias acudía a divertirse a El Hormiguero y tocaba a dúo de guitarra junto con Pablo Motos uno de sus temas, «¿Dónde se habrá metido esta mujer?». Faltaba un mes para las elecciones generales.

Pablo Motos Burgos (Requena, Valencia, 1965) se inició como locutor y humorista en las ondas valencianas. Desde 2006, presenta y dirige El Hormiguero, el programa estrella de la llamada franja access prime time, la de después de cenar, primero en el canal Cuatro y después en Antena 3. Líder indiscutible de audiencia durante casi dos décadas, su formato, de aparente entretenimiento familiar, comenzó a tambalearse en 2022. Fue el feminismo el primero en señalar los comentarios sexistas de Motos, los besos no consentidos, las mujeres sin voz ni voto en El Hormiguero. Una campaña del Ministerio de Igualdad de Irene Montero llegó incluso a reproducir un momento en el que le preguntaba a una invitada por su ropa interior. «Más de un millón de euros de dinero público en una campaña de televisión para llamarme machista», bramaba Motos, furioso por aquel spot institucional, que en realidad salió bastante más barato.

Desde entonces, Motos pisó el acelerador ideológico rodeándose de hormigas y otros insectos con mensajes cada vez más reaccionarios cocinados entre chistes, invitados famosos y una carísima producción. «Aquí viene todo el mundo y todo el mundo se lo pasa bien», afirmaba Juan del Val, otro de los hombres fuertes de Atresmedia. Pero el hecho es que ir a divertirse a El Hormiguero implicaba en realidad ceder ante un operativo de presiones, amenazas, chantajes y poder oculto de Motos para controlar su competencia y garantizar su liderazgo.

Y entonces llegó Broncano. Cuando RTVE apostó por La revuelta para disputar las noches —y los marcos— a Pablo Motos, las audiencias dejaron por primera vez de sonreír a las hormigas. Decenas de personas del mundo televisivo denunciaron los métodos mafiosos de Motos, y con ello,

las formas de la derecha mediática, que se diferenciaban bien poco de las de la derecha política o judicial. Pronto hubo que elegir pantalla, porque el bipartidismo ha vuelto, y hoy se juega en los platós de la tele.

A Pablo Iglesias, desde 2019, nunca volvieron a invitarle a ir a divertirse a El Hormiguero.

Si existió una cara B de la derechización de España fue, precisamente, lo que nosotros llamamos, quizá de manera muy narcisista, «la podemización» de España, y fue esa podemización la que provocó la reacción política e ideológica que nos empujó a la derecha de lo posible. Pablo Motos es una buena expresión de eso.

Motos era un tipo dedicado a la comunicación y al entretenimiento, a ganar dinero, a hacer buenas audiencias. Un tipo de valores conservadores, sí, pero probablemente sin tanta conciencia de lo que él mismo representaba. Son esa serie de acontecimientos que ocurren en España los que le hacen politizarse a la derecha e irse comprometiendo cada vez más en esa tarea.

«Esta va a ser tu entrevista más importante», me dijo Ana Pastor. Cuando fui a El Hormiguero en 2015, estoy seguro de que Motos ni siquiera se la había preparado, eso era cosa de su equipo. Buena prueba de ello es que él nunca repregunta, se limita a soltar las preguntas que tiene en la tarjeta y pasa automáticamente a la siguiente. Esas entrevistas eran para nosotros las más importantes para llegar a gente a la que nunca jamás habríamos podido dirigirnos, y en esa época todavía no nos odiaban tanto, no habían disparado tanto contra nosotros, vivíamos aún aquella «podemización» social. Para mí, presentarme allí implicaba hacer algo que, aunque creo que no se me daba mal del todo, no me gustaba: politizar esos espacios, intentar caer simpático a la audiencia de El Hormiguero. Supongo que casi nadie se daba cuenta, pero era de las partes más desagradables para mí en ese tiempo, algo así como el «síndrome de tirarse al cerdo» en aquel capítulo de Black Mirror. «Mira, este chico es simpático, puede hablar de otros temas, baila, canta con su guitarra, hace todas esas cosas que un candidato tiene que hacer para ser atractivo políticamente». Motos, Ana Rosa Quintana, María Teresa Campos, con todos ellos tuve que pasar por ahí. Entiendo que es una parte

ineludible de la política, pero no se la deseo a nadie.

Después llegarían Venezuela, las investigaciones, la presión mediática y un elemento fundamental en el que en buena medida seguimos, que es la presión en clave interna, los intentos para romper el espacio desde dentro, sentenciar quiénes son los buenos y quiénes son los malos, los hundidos y los salvados. En 2019, la última vez que acudo al plató de El Hormiguero, yo ya soy un enemigo público explícito, y el discurso para hacernos daño, para caricaturizarnos, está mucho más consolidado. Acudir aquella vez me apetecía menos que nunca, pero contribuía a contener el relato que hacían de nosotros y a ser escuchados por millones de personas. Y no lo hacíamos mal, porque aunque fuera hostil, nunca salimos peor de lo que entramos.

Tras aquella entrevista, Pablo Motos me envió, de regalo, un TRX. Es una especie de estructura con cuerdas elásticas para ejercitar la espalda que tengo instalada en casa y aún la uso. Haciendo una lectura ingenua, podría ser un regalo amable…, pero otra interpretación sería que era una forma de insultarme, muy a la medida de la mezquindad del personaje. Si era una broma, no estaba mal hecha, no me ofendió, aunque ese tipo de humor abre la puerta a hablar del cuerpo de los demás, y eso es algo que Irene y yo repetimos constantemente a nuestros hijos, que no se opina de los cuerpos ajenos. Algo muy básico que ha tenido que venir a enseñarnos el feminismo.

Y es que, si algo quebró el ego de Motos, no fueron las bromas sobre su estatura ni los críticos de televisión ni sus enemigos internos largo tiempo silenciados: fue el feminismo. El feminismo como el movimiento ideológico más eficaz frente a la derechización social, el feminismo que pone patas arriba el orden moral, que interpela a hombres a izquierda y derecha, que cuestiona relaciones de poder tan consolidadas que ni siquiera se ven como relaciones políticas. Y ante todo esto, Pablo Motos solo supo expresar su perplejidad: «¡¿Cómo no voy a hablar del culo de esta, con lo buena que está?!», y en esa incomprensión, en ese no querer saber, Motos representa y retrata ese mundo masculino que se ve absolutamente desafiado y abrumado. Como aquel cretino, el asesor[6] de la exministra de Justicia que se quejaba de que ya no se le podía meter mano a tu mujer cuando estaba dormida. Lo dijo nada menos que un catedrático de Derecho Penal, y, si eres catedrático, si has progresado en la jungla de la

academia, no eres ningún idiota, sabes muy bien medir tus actos y calcular tus palabras y te sientes cargado de razón cuando expresas semejante barbaridad. Un año después, estallaría el caso Gisèle Pelicot; me pregunto si aquel catedrático, Javier, sigue pensando que está bien follarse a alguien cuando está dormido.

Motos es el símbolo de muchos hombres: el tipo de casi sesenta años que hace mucho deporte para tener abdominales, para ser deseable, para competir, o el catedrático que hace bromas con besos forzados y caricias furtivas. Para este tipo de personajes, el feminismo, lo que representan mujeres como Irene Montero, es mucho más insoportable que yo mismo. A mí podrán regalarme un TRX, podremos insultarnos, salir a la palestra en códigos de masculinidad rancia a medirnos lo que haya que medirse, pero cuando son las mujeres las que les dicen cara a cara determinadas cosas, entonces, ¡ay!, se vuelven locos, porque carecen de algún código de combate contra eso.

Volviendo al primer Motos, el de 2015, recuerdo a Jordi Évole afirmando lo mucho que le admiraba, porque era «el mejor en lo suyo», bla, bla, bla. Era la época en la que comunicadores progresistas y conservadores se hacían la pelota entre sí, y reinaba un cierto compañerismo que ahora, diez años después, se ha roto. En esta nueva fase de bipartidismo mediático, Motos y Broncano, Antena 3 y RTVE, representan la organización a través de la comunicación de dos grandes campos ideológicos, aunque Motos lleva en eso años de ventaja. Mientras él y tantos como él se cargaban de proteína ideológica, la izquierda intentaba ser cómoda, no hacer ruido, encajar en el guion, y en la búsqueda de ese confort, esa izquierda se derechizó también. La derecha tuvo mucho más claro lo que representaba la lucha ideológica y cultural mientras que, paradójicamente, esa izquierda no quiso entender la ideología como terreno de combate, asumiendo que esa derechización era inevitable, y que había que asumirla si esa era la forma de caber en la foto, de cumplir con la ley de la oferta y la demanda. «The public gets what the public wants», como cantaban los The Jam. «Si el estado de ánimo es reaccionario, como ha sido en este país, la izquierda tenía que ir tan a la derecha como le fuera posible». Eso pensaban muchos.

La víctima de ese empuje conservador de todos los marcos, de esa derechización reactiva que representa Motos, fue Podemos, aunque no estuvimos solos. Un segundo eje fue el independentismo catalán, que

desencadenó asimismo una politización masiva de la sociedad catalana, y en consecuencia encontró también su reacción en la derecha española. Y en esa contra, la derecha española se encontró a sí misma. Territorialmente, el reparto de las audiencias del access prime time sigue idéntica lógica que la intención de voto: Pablo Motos gana en audiencia en las Castillas, en Murcia, en Andalucía; y Broncano lo hace en Cataluña, en la Comunidad Valenciana, en Canarias, en el País Vasco. Allí donde gana el campo progresista en votos, gana Broncano. Allí donde gana el campo conservador, gana Pablo Motos.

Ahora nos encontramos en un momento de polarización, de campos ideológicos mucho más duros, y de lo que se trata es de situarse en esos campos y hegemonizarlos. De hecho, creo que otra de las razones de la hostilidad que seguimos despertando es que somos la primera izquierda después de la Transición que asumió que los medios de comunicación son un terreno de combate político, algo que la derecha tenía claro desde hace mucho más tiempo. El mediático es un terreno de combate cada vez más indiferenciado del estrictamente político. Por eso montamos un puto pódcast y un canal de televisión, ¿no?

Eso sí, hay que reconocer que estuve fino con aquella canción de Javier Krahe. «Cuando pienso que son ya las once y pico / yo, que ceno lo más tarde a las diez, / ¿cómo diablos se fríe un huevo frito? / ¿Dónde se habrá metido esta mujer?».

[6] Francisco Javier Álvarez García, jurista y asesor de la ministra de Justicia Pilar Llop durante la negociación de la reforma de la ley del solo sí es sí, fue un furibundo crítico de la norma alumbrada desde el Ministerio de Igualdad. Durante una entrevista con Risto Meijde en febrero de 2023, criticó la idea del consentimiento sexual en los siguientes términos: «¿Acaso es una agresión sexual "besar de sorpresa en los morros a la pareja"? Si estamos con la pareja que está dormida, ¿primero la tenemos que despertar?».

17. Yolanda en la corte del rey Felipe

«Señoría, le voy a dar a usted un dato». La coletilla con la que Yolanda Díaz Pérez (Fene, La Coruña, 1971) solía arrancar sus intervenciones como ministra de Trabajo en el Congreso de los Diputados, antes de disparar, impecable, contra sus rivales políticos, le valió admiración y reconocimiento en aquellos primeros pasos del Gobierno de coalición, cuando asumió su cartera a principios del año 2020.

Abogada laboralista e hija de un histórico comunista gallego, Díaz militó en el PCE y en Esquerda Unida desde adolescente. Llegó a primera teniente de alcalde de Ferrol en 2007 y asumió la secretaría de Políticas Sociales dentro de la Comisión Ejecutiva de Izquierda Unida poco después. Diputada, primero en el Parlamento de Galicia (2012-2016) y posteriormente en el Congreso de los Diputados, tras la renuncia de Iglesias y su salida del Gobierno, asumía en junio de 2021 la vicepresidencia segunda y en 2023 fundaba algo llamado «plataforma Sumar», que abandonaría en junio de 2024, tras unas catastróficas elecciones europeas. Lo que ocurrió en ese impasse temporal forma ya parte del imaginario colectivo como una de las maniobras políticas más retorcidas —y fallidas — en el seno de la izquierda española. Si hubo quien en su día lo vio con buenos ojos, el descalabro electoral y mediático posterior despejaron las dudas de que aquello no funcionó. Para algunos, ambición cainita; para otros, un error de cálculo o, quizá, las consecuencias de una borrachera de vanidad que aún perdura.

Díaz operó para sacar a Podemos a toda costa del tablero. Ello incluyó vetos explícitos a quienes habían sido sus compañeras de filas, chantajes y acompañantes de aventura de dudosa confianza, como Íñigo Errejón. En las generales de 2023, Sumar obtuvo cinco ministerios, pero su subordinación a Pedro Sánchez ya no dependía de la correlación de fuerzas ni de los números. A medida que Yolanda suavizaba sus formas y dulcificaba sus discursos, las renuncias políticas iban descafeinando su proyecto poco a poco, cada vez más personalista, cada vez más desnortado, cada vez menos poderoso, hasta que ella misma, risueña e impostada, se desvinculaba del mismo: «Les deseo toda la suerte al igual que al resto de formaciones políticas», llegó a decirle al periodista Aimar Bretos sobre sus compañeros de organización.

¿Qué fue de aquella ministra comunista? ¿Qué pasó por su cabeza en aquellos años salvajes? ¿Valió la pena el delirio transitorio de Sumar? La pregunta traspasó los corrillos periodísticos y ahora es un interrogante colectivo. En los premios Feroz de cine que se celebraron recién arrancado 2025, alguien se atrevía a hacer la broma: «En esta gala haremos discursos larguísimos combinados con planos de Yolanda Díaz sonriendo, como cuando la gente votaba a Sumar».

Yo a Yolanda la quería mucho. Era una amiga personal, no solamente una compañera. Nos habíamos conocido siendo muy jóvenes, durante la época de las Juventudes Comunistas. Recuerdo verla por primera vez en una escuela de formación del partido en los años noventa, aunque por aquel entonces no tuviéramos contacto. Coincidimos después en una iniciativa que montó Enrique Santiago, secretario general del Partido Comunista de España, sobre la refundación de la izquierda, y nos hicimos finalmente amigos cuando me fui a Galicia a trabajar para ella.

Yolanda era una de esas figuras amables de la izquierda amiga, una mujer con un discurso duro y una persona de confianza, pero también era algo más que eso para mí: siempre los consideré a ella y a su familia amigos personales. Políticamente también confiaba mucho en ella como una militante comunista con simpatía hacia Podemos, ideológicamente muy cercana a nuestras ideas. «Tienes que ser la ministra de Trabajo», le dije cuando negociábamos el Gobierno de coalición, y, por supuesto, aceptó. Siendo una abogada laboralista, siendo hija del secretario general de Comisiones Obreras en Galicia, ¿cómo no iba a atraerle poder estar en esa posición?

Reconozco que como ministra de Trabajo ha conseguido logros importantes. Sin embargo, tiene inclinación a caer en esa tecnocracia de izquierdas que la lleva a rodearse de profesores de Derecho del Trabajo, de especialistas salidos de Comisiones. Es bueno trabajar con los mejores profesores de derecho laboral, y el equipo de Yolanda es bueno. Pero ese tipo de cuadros no sustituyen a los cuadros políticos. La dirección de un ministerio nunca es una cuestión técnica.

Cuando se intensificó la situación de persecución y desgaste de Podemos en 2021, llegamos a la conclusión de que debíamos evitar el

poner todo el peso sobre nosotros y que sería positivo apostar por una figura aliada y convencida de que teníamos que ser el motor de las transformaciones, alguien capaz y que no hubiera sido golpeada mediáticamente como ya lo estábamos siendo nosotros. Yolanda era ideal porque no se había metido en determinados jardines y había sabido protegerse, sobre todo desde que era ministra. Entonces ella actuaba de forma muy diferente, solo hace falta comparar su forma de expresarse antes y ahora. El hecho es que aunque Irene fuera, quizá, la opción natural y con más apoyos, estaba ya en el punto de mira y la reacción a una decisión así, siendo además mi pareja, habría sido tan machista y feroz que no era una alternativa realista que poner sobre la mesa en ese momento. Así que nos pareció buena idea que Yolanda asumiera ese liderazgo.

Contaba con todo el respaldo de la militancia de Podemos, gustaba mucho a la gente, nos tenía a todas y todos de su lado. Era consciente de que no iba a ser lo mismo, que Yolanda tendría su propio estilo, pero que sería leal. Ella optó por tomar otro camino. Todo comenzó en Valencia en 2021 durante aquel acto llamado «nuevas políticas» donde reunió a Ada Colau, a Mónica García o Mónica Oltra, pero excluyó a las dos ministras de su propio espacio y proyecto político, Ione Belarra e Irene Montero. Si hubiera sido un poco más cínica y no hubiera sido tan evidente su voluntad de destrucción de Podemos, si hubiera tenido cierta capacidad integradora, si hubiera contado en su núcleo con ellas, si su inquina hacia Irene no fuera tan evidente, tan visceral, Yolanda habría podido reconfigurar las cosas y habría contado con los cuadros políticos a su favor, porque los cuadros políticos son pragmáticos y saben reorientar sus lealtades. Pero ella no supo ser nada de eso.

¿Cuál es la clave por la que se produjo esa transformación de su personalidad? En mi opinión, le pasó algo que ya he visto que les ha ocurrido a otras personas, y es que ella nunca imaginó que fuera a tener un papel tan relevante, con tanta exposición, con tanto poder y que generase tantas atenciones, tantas pasiones. No es muy diferente de lo que le pasó a Errejón, solo que él lo explotó en una dirección terrible. Yolanda se enamoró de la fama y cambió su forma de actuar, su imagen, su tono y por supuesto que uno tiene derecho a cambiar, a renovarse…, pero lo que yo observaba era cómo ella estaba dejando descansar todo en una personalidad forzada, que durante un tiempo parecía que iba a ser arrolladora e iba a llevar a la izquierda muy

lejos. En contraste con el Iglesias enfadado y gruñón, ella construía una imagen empática, de sonrisas, de cierta frivolidad. De nuevo, encuentro aquí otro paralelismo con Íñigo, porque ambos son personas muy inteligentes que saben que hay cosas que, aunque se piensen, nunca se deben decir. Y ambos, en un momento dado, se creyeron eso de que «a mí España me ama», pero no, compañeros, qué va: eran brillantes y nadie lo cuestiona, pero para que brillasen así tuvo que crearse una construcción mediática sobre ellos que es la que formula ese vínculo libidinal. Yo también viví eso antes de que nos bajasen el dedo. ¿Acaso los de Podemos éramos idiotas y no sabíamos seducir a los medios? Ambos —Íñigo, Yolanda— eran una construcción mediática hecha para destruirnos. Así se lo advertí a ella una de las últimas veces que nos vimos, aunque me temo que entonces ya había subido a esa nube de narcisismo de la que no ha sabido bajar. Le advertí que se cuidara, porque en ello le iba ya casi su propia dignidad personal. No quiso escucharme.

Le escribí un mensaje tras aquel acto en Valencia en 2021 en el que excluyó a Ione e Irene para pedirle una explicación, y me contestó con mentiras: que ella no sabía nada, que eran otros quienes lo habían organizado… A partir de ahí se empieza a normalizar el mentir como estrategia y el exhibir una hipocresía que llegaba a ser esperpéntica con toda aquella escenificación de abrazos y de amor con Íñigo Errejón o con Ada Colau. Reconozco que cierta hipocresía es inevitable en política, pero como decía Talleyrand: «Todos los reyes roban, pero los Borbones exageran», y con ella también todo se volvió exageradamente fingido. Meses después, cuando la persecución a Oltra por parte de Judicatura y medios de comunicación llegó a su punto álgido y tuvo que dimitir apretando los dientes, Yolanda no la apoyó.

Usamos a menudo la idea de «malmenorismo» para referirnos a la política que PSOE y Sumar han definido como inevitable en todos los ámbitos: régimen de guerra y política exterior, política fiscal, política de vivienda... Desde Sumar se asume —lo explica muy bien y con mucha retranca Raúl Sánchez Cedillo— una subalternidad al PSOE a cambio de esos ministerios y de esa influencia que se les está escurriendo entre los dedos.

En paralelo a ese proceso, lo que opera también es el miedo. El miedo a perder ese poder de seducción, el pánico a dejar de ser la persona a la que todos miran cuando entra a una sala, el terror al vacío de

quedarse desposeída de todo eso. No es la única, todos los seres humanos somos sensibles a algo así, por eso uno tiene que cuidar su superyó y ser capaz de reírse de uno mismo, para no acabar mentándose, como ella, en tercera persona. Aunque los medios te lo permitan, no puedes sostener un «A mí no me interesan los partidos» cuando llevas encadenando cargos políticos años y años dentro de ellos. No puedes decir «Le voy a ser muy franca» y a renglón seguido hablar y no serlo en absoluto; no puedes afirmar «Soy una persona enormemente humilde» porque si eres una personalidad política que va repartiendo sonrisas, que proyecta una imagen para gustar, que se prodiga en los saraos, «humilde» no es el mejor adjetivo para describirse. Las sonrisas no sirven para convertir tus postulados políticos en políticas públicas. Hay que pelear, y si se han dado cuenta de eso en Sumar, ha sido ya demasiado tarde. Por eso resulta ridículo ver que quienes impugnaban eso que dieron en llamar «el ruido» intenten ahora endurecer el discurso en unos términos que son inservibles. Como cuando Yolanda se refería al ministro Carlos Cuerpo como «casi mala persona» por no apoyarla en las negociaciones para la reducción de la reforma laboral, para después rectificar y decir que sentía «mucho amor» por él. El ruido por el que fuimos castigados no tenía nada que ver con hablar de la calidad personal de un ministro, ni del amor, ni del estado de ánimo de la gente. Nuestro «ruido» tenía que ver con negociar muy duro, empujando todo lo que podíamos, y exponer la verdad sobre esos procesos políticos en los que trabajábamos.

Esa deriva terminó por romperle los nexos con la realidad a medida que el contraste entre la imagen pretendidamente amable hacia el exterior y la mezquindad proyectada hacia la interna se iba haciendo cada vez más patente. Esa mezquindad pasó por creer que todo tenía precio y todos podíamos ser comprados. Por eso ofreció a Irene la embajada de Chile como una «buena salida política», para quitarla de en medio. Allí en Santiago íbamos a estar tan ricamente, pensaría ella, reproduciendo las formas del poder que nosotros habíamos criticado. Del mismo modo presionó a Ione, pero, con esa presión, lo que hizo fue redoblar su compromiso político, porque calculó mal cómo reaccionaría ella a esos chantajes.

Cuando la operación política comenzó a hacer agua —Podemos abandonaba Sumar en diciembre de 2023 y sus diputadas pasaban al Grupo Mixto del Congreso de los Diputados—, se hizo patente que el

PSOE contaba con construir una izquierda mucho más dócil para asumir las realidades de su Gobierno y dejar a Podemos muerto y fuera de juego, pero en las elecciones europeas de junio de 2024 se equilibraron las fuerzas entre Podemos y Sumar, es decir, entre una fuerza política y una amalgama de partidos, la mayoría con ámbitos territoriales limitados, con poco para repartir. Si el objetivo de Sumar era retener el poder que había acumulado Podemos, lo que se demostró fue que el pegamento de ese espacio era básicamente quien habían dejado fuera. Y este proceso representa el fracaso político de Yolanda en la construcción del partido sin primarias, sin procesos, con formas autoritarias, un acuerdo entre direcciones políticas sostenidas por apoyos mediáticos cuyo botín era repartirse Podemos. Apenas un año después de las elecciones de diciembre de 2023, ya se evidenció que Sumar no funcionaba, porque ni sirve para que el PSOE gobierne con comodidad ni mucho menos para ganar unas elecciones.

No veo a Yolanda Díaz siguiendo en política después de todo lo que ha pasado, aunque quién sabe. Después de haber sido vicepresidenta, después de haber acumulado algunos logros importantes desde el ministerio, ella ya puede considerarse un personaje histórico con cosas que contarles a sus nietos, aunque sea desde una posición tan desgastada. Supongo que cuando salga y no tenga que pelear portavocías, cargos ni candidaturas, tendrá la inteligencia suficiente para que le hagan presidir una fundación de Comisiones Obreras —y no un consejo de administración, ni una embajada, ni una consultora — y vivir muy tranquila. Le irá bien en el seno del sindicato, celebrando jornadas sobre derecho del trabajo, asesorando en temas judiciales, llevando algún pleito sonado de esos que dan relumbrón de vez en cuando, escribiendo unas memorias. Sería una salida digna y decente. Aunque quizás el PSOE le busque algo más pomposo, un puesto en la Organización Internacional del Trabajo, por ejemplo. No la imagino otra vez como diputada rasa, o intentando presentarse de nuevo en unas listas, pero qué sabe nadie.

18. Plata o plomo, o lo que pasó (con) Pedro Vallín

Sobre Pedro Vallín Pérez (Colunga, Asturias, 1971) se pueden leer muchos adjetivos, aunque «brillante» es de los que suelen aparecer más a menudo, salidos de boca tanto de sus detractores como de quienes son todavía sus amigos. Cuando La Vanguardia prescindió de su trabajo a finales de 2024, colegas de profesión, políticos y expolíticos salieron en su defensa lamentando el intolerable despido del que consideraban un gran tipo, un liberal de los de verdad, un enfant terrible con causa, víctima de la censura editorial.

Como la brillantez en cuestión de pluma es una cualidad que los hombres suelen reconocerse entre ellos de forma bastante caprichosa, hay que manejarla con cierto recelo. Pero no es menos cierto que Vallín tiene una dilatada carrera como periodista y ensayista anterior a su carrera como polémico tuitero, con mucho trabajo a la espalda y con la nada desdeñable capacidad de no dejar indiferente a casi nadie cuando escribe.

El periodista asturiano, que se marchó de La Nueva España a probar suerte en Madrid, fue redactor jefe y subdirector en el periódico Metro en 2005, y en 2007 emprendería una larga carrera en La Vanguardia, en la sección de cultura. Cinéfilo empedernido, sus referentes pop le servían como metáforas muy bien traídas sobre la situación política española con un estilo que llegó a plasmar en varios ensayos, entre ellos, uno que encantó a Pablo Iglesias: C3PO en la corte del rey Felipe. La guerra del Estado Profundo español contra la democracia liberal. Quizá por ese colmillo político que Vallín afilaba con estilo, La Vanguardia le hacía cambiar el tercio en 2016 para dedicarse a la sección de política y periodismo parlamentario, escribiendo sobre la actualidad de varios grupos de la cámara, entre ellos, Unidas Podemos. Su afinidad con Iglesias era pública y notoria, pero algo se quebró allá por 2022 y Vallín comenzó a disparar hacia los morados sus tuits implacables, poniendo toda aquella brillantez y creatividad que le ameritaban al servicio de una bilis difícilmente explicable en términos meramente políticos.

Si de Anguita dijo que tenía un «florido verbo de cura antiguo» con un «tonito de cardenal que le daba cólicos», a Mélenchon le describía como «gente vieja menguante», y a Chomsky lo liquidó como «pensador

mediocre». Para Podemos y, especialmente, para Iglesias y su entorno reservó lo peor de su semántica, nada de «babayadas melifluas», que él diría, sino un catálogo de agravios infinitos. Su capacidad para ofender fue extremando al personaje, cada vez más incómodo, más camorrista: se jactaba de los despidos de columnistas, mandaba al psiquiátrico a las políticas, bromeaba sobre genocidios o tuiteaba sobre catástrofes con un hambre voraz de reacciones.

Ya fuera humor negro, genio indómito o esa brillantez que dicen que gasta, Vallín dirigió ese «je ne sais quoi» hacia el peor de los sitios posibles. Finalmente, uno de esos tuits —un comentario desafortunado sobre la dana en Valencia— le valió el despido desde La Vanguardia, puesto que su dirección lo aprovechó para sacarle de la redacción —quién sabe qué fue antes, el huevo o la gallina, el tuit o las ganas de despedirlo—. «Hace tiempo que no encontrábamos su sitio», decían en el diario catalán. Y Vallín, que no se compadeció de sí mismo, guardó un leve luto hasta aparecer de nuevo en los medios. Lo hacía como tertuliano en Al rojo vivo, junto con Antonio García Ferreras.

El mismo programa del que hace unos años llegó a decir que, si cerrase, «él jamás derramaría una lágrima» acogía ahora al Vallín caído en desgracia. «Ferreras me ofreció fichar por La Sexta cuando me amenazaban de muerte», dijo para justificarse.

La Sexta se convertía en un buen puerto que fondear para el timonel del bígaro. «Plata o plomo», dijo Iglesias. Las fuentes de Mediapro sentenciaron: «La idea es que sea un habitual, pero dependerá de cómo lo vea Ferreras».

Lo de Vallín fue muy doloroso para mí. No solo porque pensara que era un periodista brillante, muy inteligente, que en aquel libro de C3PO fue muy valiente con las hipótesis que planteaba, que eran las nuestras, sino porque además le quise mucho y le consideraba un amigo.

Cuando me lo presentó Enric Juliana le habían encargado seguir al grupo parlamentario de Podemos en el Congreso. Poco a poco empezamos a hablar, y creo que nos caímos bien. Empezó a haber una intimidad intelectual y una intimidad afectiva. De hecho, yo le

consultaba muchas decisiones, comentábamos noticias, nos llevábamos muy bien. Venía a casa, teníamos una relación cercana…, por eso fue doloroso lo que ocurrió.

Tengo una hipótesis que no sé si será cierta, pero es lo que pienso: no tiene nada que ver con un momento puntual o un hecho concreto, ni con una conversación desagradable o una discusión fuera de tono. Simplemente, dejó de tener la relación que tenía conmigo y eligió tenerla con otros. A mí me frustró porque si discrepas con un amigo, te sientas y lo hablas, e intentas conservar esa amistad en unos términos de respeto, evitando ciertos temas o situaciones, o guardando una distancia para cuidarse, para cuidaros. Pero creo que en el caso de Vallín, en realidad, solo hubo una amistad por mi parte: en su caso había un vínculo libidinoso complejo, digámoslo así, que sustituyó por otro cuando le convino.

Creo que Pedro Vallín se enamoró de su propio personaje en las redes, que es lo contrario al Vallín de carne y hueso. Se enamoró en realidad de esa notoriedad y de ese enfant terrible digital, que comenzó siendo juguetón pero que estaba muy alejado de lo que acabó siendo, cuando sus tuits sobre Podemos ya eran directamente mentiras muy difíciles de digerir. Y hay una anécdota en la que esto se expresa bien. En la primavera de 2022, cuando se presentaba el libro de Yolanda Díaz que escribieron Manu Sánchez y Alexis Romero, Irene Montero coincidió con Pedro y, en el aperitivo que se celebraba después del acto, le confrontó poniendo a Ramón Luque, del equipo de Yolanda Díaz en Sumar, como testigo de la conversación. Ella fue exponiéndole una a una las mentiras que había escrito sobre la negociación de la reforma laboral que se impulsaba desde el Ministerio de Trabajo. Vallín había afirmado que desde Podemos habían confabulado con Esquerra Republicana para frustrarla, cuando, en realidad, advirtieron a Yolanda de la importancia de pactarla con el bloque plurinacional y feminista para no dejarla en las peligrosas manos del PSOE. Irene le contó todo esto con Ramón enfrente, que podía corroborar lo que ella decía, y que evidenció que Pedro había estado escribiendo un relato falso. Vallín se quedó ahí, asintiendo, callado. Ni siquiera se lo negó. Ese momento le retrata bien como ese tipo que, cuando se le tiene de frente, no es capaz de sostener al personaje que se ha construido para sí mismo en las redes. Ese avatar provocador, capaz de insultar a todo el mundo con mucha gracia, ese tipo ingobernable que entra al bar dando una patada en la puerta y que tiene puños para todos es

incapaz de comportarse así —afortunadamente— en el cara a cara. No hablo de una ausencia de valor físico, algo que no tenemos casi ninguno, sino de valor para mantener ese alter ego que le ha devorado pero que solo sabe pelear desde la pantalla.

En 2021, cuando éramos amigos, me pidió —a su manera, con cariño — que no acudiese a la presentación de su libro, el de C3PO. Lo presentaba junto con Ana Pastor en el Círculo de Bellas Artes de Madrid y Ferreras también estaría allí. En esa conversación, vino a decirme que bajara un poco las revoluciones con mi entusiasmo sobre su ensayo en aquellos días para no aguarle la fiesta. Aunque yo habría querido ir, respeté lo que me pedía. Apreciaba mucho el trabajo que había hecho con ese libro y, sobre todo, la claridad de lo que contaba en él. Si nos hubiéramos planteado las discrepancias de otra forma, si me hubiera dicho con claridad lo que él pensaba —que había que pactar con Yolanda, que no estaba de acuerdo con esta línea u esta otra del partido— podríamos haber tenido una conversación sincera donde redefinir los términos de nuestra amistad. Pero eso nunca se dio. Solamente hubo una serie de silencios hasta que reapareció en las redes casi como un gremlin tras la lluvia, acusándonos de «escribir en cirílico», recomendando el cierre de Canal Red, despreciando a empleados y compañeros que trabajan allí. Si te tomas un café con él, no es ese ser digital, o, al menos, no lo era.

Todo este descenso a los infiernos tuiteros transcurre en paralelo a comenzar a relacionarse con figuras deleznables que él mismo había retratado magistralmente en su libro. Creo que nadie mejor que él ha expresado lo que significó el audio de Villarejo con Ferreras. «He hablado con muchos periodistas que no veían la anomalía a la comida, pero esa comida era una célula golpista. ¿Qué hace gente del Ministerio del Interior con un alto ejecutivo de los más importantes grupos de comunicación audiovisual de España hablando todo el rato de fabricar pruebas contra políticos? Pues eso es el día a día». Eso lo dijo Pedro Vallín.

Si relees C3PO hay párrafos que explican perfectamente lo que es Ana Pastor, lo que es Al rojo vivo, lo que es La Sexta. «Yo dejé de ver Al rojo vivo cuando salió el vídeo de Cristina Cifuentes en un videowall en bucle durante una hora y media. Eso me pareció un trabajo de sicario. Pero como en Madrid, villa y corte, había intereses no precisamente progresistas en acabar con Cristina Cifuentes, termina

apareciendo el vídeo en un programa de máxima relevancia, es un trabajo de enviar una cabeza de caballo al enemigo». Compartía nuestras hipótesis porque conocía la verdad y además las explicaba con mucha claridad. Por eso ese descenso al abismo no podía tener un destino más poético que acabar sentado en la silla de tertuliano en el programa de Ferreras, ¡con lo poco que le gustaba a él el oficio de tertuliano!

Quizá todo este proceso tenga que ver con que a Vallín, como a tantos otros, Podemos de alguna manera le brindó una fama y una posición que no supo gestionar. Estar cerca de algo así, sobre todo en aquellos años tan intensos, convirtió a mucha gente que tenía una vida más o menos discreta y ordinaria en celebridades, y, como cantaban los Def Con Dos: «En los bares de moda no pagas ni una copa. Nuevos amigos te invitan a farlopa. Al fin llegó tu hora». Tocaron el cielo con las manos y de repente se cayeron de la nube, y reaccionaron de la peor forma posible: convirtiéndose en una pésima versión de sí mismos porque se les acababa la que para muchos probablemente fue la experiencia más extraordinaria de sus vidas.

¿Que si le perdonaría? Por supuesto, aunque no creo que se trate de perdonar, ni de ser perdonado. Me tomaría una cerveza con él, claro que sí, pero hacerlo no hablaría necesariamente bien de ninguno de los dos. El perdón, en realidad, es algo enormemente arrogante, porque quien perdona no lo hace tanto por ser una bellísima persona sino porque algo le ha dejado de doler y ya no le afecta. Si alguien te dice «Te perdono» y te da la mano, en el fondo muy probablemente, te está diciendo «no me importas». Por eso mismo, a Vallín le deseo toda la suerte del mundo.

19. No se puede. Sánchez y las cuatro estaciones de la Moncloa

Moncloa, cuatro estaciones era un documental en cuatro episodios que seguía las andanzas de Pedro Sánchez y su equipo en la presidencia del Gobierno de España durante el último par de años, con la guerra de Ucrania como punto de partida. Se estrenó en octubre de 2024 en la web del diario El País y prometía mostrar las «tripas» del poder, de la sala de máquinas gubernamental.

Pero la docuserie era descafeinada, impostada, pretenciosa y hueca, aunque tuviera una producción limpia y elegante y una forzada voluntad de gustar y de gustarse. Como su protagonista.

Pedro Sánchez Pérez-Castejón (Madrid, 1972), «Perro Sanxe», el perro con más vidas que un gato, el que ganó el pulso de unas primarias a Susana Díaz y a Felipe González con un Peugeot 407, el vencedor de la moción de censura que tumbó a Mariano Rajoy, afirmaba en 2019 que no «dormiría tranquilo» con Podemos en el Gobierno, y terminó bregando en Consejos de Ministros con ellos durante cuatro años —y cuatro estaciones — que debieron de hacérsele larguísimos.

Hubo pandemias, volcanes, y hasta una guerra y un genocidio, pero Pedro solo pudo volver a dormir tranquilo en 2023, cuando se quitó de en medio a aquellas ministras feministas tan incómodas y renovó su presidencia, ya sin Podemos y con un experimento vacío, llamado Sumar, como muleta electoral. Fue entonces cuando llegó el juez Peinado a quitarle de nuevo el sueño desplegando una operativa de lawfare contra su esposa, Begoña Gómez, y Sánchez sintió en sus carnes lo que durante tanto tiempo negó en las ajenas.

Iglesias le recordó entonces aquel poemita tan manido de Martin Niemöller sobre persecuciones y traiciones políticas: «Primero vinieron por los socialistas, y guardé silencio porque no era socialista. […] Luego vinieron a por mí, y para entonces ya no quedaba nadie». Sánchez escribió una carta de amor, se tomó unos días de reflexión, y escenificó una de esas luchas entre el bien y el mal que tan fenomenalmente interpreta y que no cambiaron nada, aunque la legislatura quedase tocada de muerte.

Sánchez sigue siendo una incógnita al que le sientan como un guante las

camisas denim y los lugares comunes: ser fan de Los Planetas, querer a su perro, jugar al baloncesto. Vamos, un peñazo. O no. ¿Quién no ha fantaseado alguna vez imaginando una reunión a puerta cerrada entre Sánchez e Iglesias?

Pedro Sánchez nunca ha sido de izquierdas. Partiendo de esa premisa, podemos empezar a hablar. Otra cosa es que la época en la que le tocó vivir le obligase a asumir una serie de marcos y de enfoques que respondían a ese momento de «podemización» de la izquierda. «Las primarias del PSOE las habéis ganado vosotros», me dijo una vez en un SMS Eduardo Madina refiriéndose a la derrota de Susana Díaz frente a Pedro Sánchez.

Sánchez fue desde el principio un personaje improbable, porque precisamente Madina parecía mucho mejor situado para ser el dueño del show. A mí me habría gustado que Sánchez se creyera un poquito más nuestras tesis sobre la necesidad de una dirección de Estado y sobre el agotamiento del Régimen del 78, pero creo que ni siquiera había un vínculo emocional con nada de eso, que responde a cuáles son tus referentes, tus enfoques, y en eso partimos de paradigmas totalmente distintos, pero claro, es que en la dirigencia del PSOE no hay mucha gente de izquierdas. Sus bases sí que lo son en mucha mayor medida, pero hay una socialización mediática —leer El País, escuchar la SER— que va estableciendo cuáles son los marcos en los que uno se debe mover. A Pedro Sánchez y a otras muchas personas les pudo apasionar, por ejemplo, la película El 47, que narra la lucha vecinal y obrera de un chófer de buses llamado Manolo Vital en la Barcelona de 1978, que llegó a secuestrar un autobús para llevar el transporte público a su barrio, Torre Baró. Pero obvian, como hace la película y como hace el propio Sánchez cuando la reivindica como un legado del PSOE, la explicación política de aquella hazaña de Vital, que no hizo solo: era un militante del PSUC y de Comisiones Obreras, un trabajador organizado, no un héroe solitario.

Hace poco les comentaba a Luis María Anson y Daniel Ramírez, que vinieron a la Taberna Garibaldi a hacerme una entrevista, que Pedro Sánchez es impenetrable. Me he reunido muchas más veces con él que con José Luis Rodríguez Zapatero, y, sin embargo, jamás he tenido con el primero la conexión que tengo con el segundo. Con Zapatero sí que

existe un entendimiento político, podemos conversar sobre cuestiones como América Latina, por ejemplo, y le considero —aunque sea lógicamente un operador que trabaja para el PSOE y para colocar a Podemos en la postura más cómoda para ellos— una buena persona que ha tenido gestos hermosos hacia nosotros.

Siempre he dicho que Pedro Sánchez, cuando se negó a aquella gran coalición con el PP, salvó a su partido y se salvó también a sí mismo, aunque él jamás habría querido estar sentado junto con Podemos en la Moncloa y habría preferido mil veces tener a Albert Rivera a su lado que tenerme a mí. Pero Sánchez tiene un agudo instinto de supervivencia política, por encima de consideraciones ideológicas. Lo demostró al rechazar aquella gran coalición con el PP hecha para salvar al régimen, porque calculaba sabiamente que, si lo hacía, entonces no podría mantener los resultados que finalmente obtuvo.

Supongo que hay mucha curiosidad en saber cómo era negociar con Pedro Sánchez cuando yo era vicepresidente del Gobierno, pero lamento decepcionar: una negociación siempre se basa en lo mismo, en llegar a acuerdos y renuncias en función del poder que tiene cada uno. No éramos un presidente y un vicepresidente, sino los secretarios generales de dos partidos con intereses y con objetivos muy diferentes, opuestos muchas veces. Él era el presidente porque tenía más escaños, y yo el vicepresidente no porque él quisiera, sino porque era el precio que tuvo que pagar para sentarse en la Moncloa. Así de simple.

En el trato, Sánchez era impecable. En todas las reuniones que hemos tenido, que han sido muchas, fue cordial, muy cordial… y muy frío. Incluso cuando yo me enfadaba, él mantenía el tipo. Y no soy el único que tiene esa percepción. Aunque también hemos tenido algún momento divertido que demostraba su sentido del humor, como cuando me recomendó Baron noir, una serie muy buena de intriga política francesa en la que el presidente de la República recibía a sus invitados en un jardín. Como Pedro siempre me recibía en una sala pequeñita y bromeé pidiéndole que me recibiese al aire libre, en algún sitio bonito, en mi siguiente visita había preparado una mesa en el jardín.

Políticamente, no logré convencerle nunca del camino viable que podríamos haber recorrido como Gobierno de coalición. Siempre vi en Pedro Sánchez a alguien que cargaba con suficientes razones para

desembarazarse de muchos lastres que habían arremetido contra él: Felipe González, el viejo aparato del PSOE, la alargada sombra del Grupo Prisa, que tanto le maltrató. Al fin y al cabo, él le había ganado las primarias a toda la nomenklatura, y fueron sus bases, las que le apoyaron, las mismas que le habían recordado a la puerta de Ferraz que «con Rivera, no». Creo que podría haber forjado alianzas muy distintas y que podría haber llevado a su partido a tratar de ocupar un espacio distinto en el Estado. Pero Pedro amaba al partido y a los estilos políticos que quisieron destruirle. En el fondo, él está de acuerdo con Felipe González en muchas cosas y jamás va a rechazar esa figura histórica aunque González trabaje para tumbarle.

Durante el tiempo en que compartimos Gobierno, la amenaza de crisis siempre estuvo sobre nuestras cabezas porque muchas veces no se llegaba a un acuerdo, y negociar consistía en arrastrarles, continuamente, a un terreno político e ideológico en el que no querían estar. Desde el principio nos topamos con el problema de que se nos quisiera excluir deliberadamente de determinadas áreas de gobierno, las concebidas como «áreas de Estado»: Justicia, Interior, Exteriores…; esas que están reservadas a los mayores, a los prohombres, a los gestores…; no como esas «marías» que podían cederse a los perroflautas, como la igualdad o las políticas sociales… ¡Cómo iba a estar Iglesias en el CNI! ¡Cómo iba la izquierda a atreverse siquiera a pisar el Ministerio del Interior! ¿Comunistas en el Ministerio de Economía? Sánchez nos ofreció elevar tres secretarías generales a ministerios y de guinda, tener una vicepresidencia hueca, pero Irene Montero negoció competencias reales y les arrancó de los brazos esa «gobernabilidad», esa «gestión», que, en realidad, era poder. Su poder. Y si se tiene voluntad de poder, un ministerio que atesora las políticas de Igualdad puede ser la palanca para cambiarlo todo. Los siguientes cuatro años, hubo que batallarlo todos los días.

No en vano hubo un trabajo pedagógico muy profundo por nuestra parte para normalizar el hecho de que gente como nosotros y nosotras pudiéramos ser, no ya diputados o diputadas, sino ministros. Al principio, su planteamiento era no, no y no, no se puede, porque la tradición que representamos no tenía cabida en su universo y nuestra voluntad de poder era inasumible para muchos de ellos. Esas ambiciones ya habían quedado enterradas, atadas y bien atadas hace décadas. Pero nosotros normalizamos que podíamos tener responsabilidades de gobierno y que una vez que esas

responsabilidades ya son tuyas y las ejerces, la gente lo asume. He sido vicepresidente del Gobierno, lleve americana o una sudadera con capucha, y eso ya no puede cambiarse.

Nos pusieron todas las zancadillas del mundo, soportamos un nivel de presión y de ataques sin precedentes y, aun con todas esas dificultades, demostramos que claro que podíamos estar en la alta administración del Estado, y que se puede disputar la gobernanza, la institucionalidad, las políticas públicas, porque todo aquello son solo los trajes para justificar el ejercicio del poder. Derribamos esa falacia del «buen gestor» que tanto le gusta al PSOE, y que viene a decir que solo ellos tienen derecho a intervenir en los asuntos de Estado, a opositar a la alta administración o a liderar un ministerio. Una consecuencia de esta cooptación de quiénes pueden o no aspirar a la administración del Estado era que, a la hora de componer los equipos ministeriales, una parte de los nombramientos tuvieron que salir directamente de cuadros del PSOE, porque no había nadie para asumirlos. Y es que, al igual que hubo mucho funcionariado reticente a trabajar con nosotros, también se produjo el fenómeno contrario, el del oportunismo de quienes se acercaron solo cuando asumieron que, irremediablemente, íbamos a mandar. Que el alto funcionariado sean cuerpos eminentemente conservadores no es solo, ni principalmente, una cuestión de clase o de oportunidades de acceso, sino la constatación de una renuncia a esa voluntad de poder burocrático desde los sindicatos y desde la izquierda. Se desistió hace mucho tiempo de competir en esa liga, de formar a sus cuadros para ser diplomáticos, técnicos de la Administración, economistas o abogadas del Estado, dejándoles todo ese terreno al bipartidismo y sus elementos, desde los más brillantes a los más mediocres, que no son pocos. A veces fantaseo con una Escuela de Estado. Todo se andará.

Con eso y todo, demostramos que claro que podíamos aspirar a ese ejercicio del poder real y también simbólico en forma de cartera ministerial. Esa conquista es ya un legado, para que nunca se vuelva a decir que gente como nosotros —militantes de la izquierda, los herederos de los desheredados, los que no habían tenido derecho a pisar una moqueta desde hacía ochenta años— no podíamos sentarnos en un despacho ministerial.

Creo que es patente cómo la salida de Podemos del Gobierno en 2023 y las nuevas correlaciones de poder han vuelto a colocar a Sánchez,

como si hubiéramos soltado el cable de una polea, en el «malmenorismo» por sistema, que no es sino la derechización de lo posible. Mientras escribo este capítulo, escucho de fondo a Carlos Cué, que intenta justificar, en la tertulia matinal de Televisión Española, por qué esta semana caían en el Congreso la prórroga del impuesto a las energéticas, la moratoria a los desahucios, la subvención al transporte público, la revalorización de las pensiones o la prohibición del corte de suministros básicos a familias vulnerables. «Cuestión de aritmética», dicen, obviando que han sido el propio PSOE, Sumar y ERC quienes también, esta misma semana, han aprobado el retraso de la jubilación hasta los setenta y dos años. Y así estamos, atrapados entre el «No se puede», el «Que viene la derecha» y el «Menos es nada». Pero si algo demostramos durante aquellas cuatro estaciones en la Moncloa es que ninguna de esas tres asunciones, por mucho que se repitan, están escritas en piedra. Claro que se podía.

Cuando me marché del Gobierno en 2021 aún era primavera. Pedro Sánchez se despidió de mí con mucha cordialidad. Jamás fue maleducado, jamás perdió las formas, aunque nunca hubiera mucho feeling entre nosotros, y de hecho, tras mi salida, volvimos a vernos para charlar alguna vez. Nunca se lo dije personalmente, pero soy mucho más feliz ahora, en esta vida.

Índice onomástico

A

B

H

I

N

O

Este libro se terminó de imprimir

en los talleres de Romanyà Valls,

en Capellades (Barcelona),

en abril de 2025